CREMATORIO FRÍO

Una crónica de Auschwitz

József Debreczeni



Crematorio frío

Una crónica de Auschwitz

JÓZSEF DEBRECZENI

Traducción de
Eszter Orbán



A la memoria de mis seres queridos

József Debreczeni con sus padres y su esposa. Solo József sobreviviría a Auschwitz; los demás fueron asesinados a su llegada al campo.

József Debreczeni sentado a su mesa.

¿Qué sentido tiene el mundo
mientras el canalla inmundo,
el vil asesino viva?

¿Y para qué la tibia tarde,
si el que se cargó a mi madre
anda libre, el fascista?

Quizá, puede que aún viva,
acaso come y respira
bajo el sayo del cura.

Fantasmas no le persiguen,
dulces cantos le sonríen,
disfruta de la luz pura.

¿Para qué los poetas,
los sabios y los profetas?
¿Para qué ansiar la bondad?

En vano paren las madres,
si en las cámaras de gas ves
a sus bellos críos ahogar.

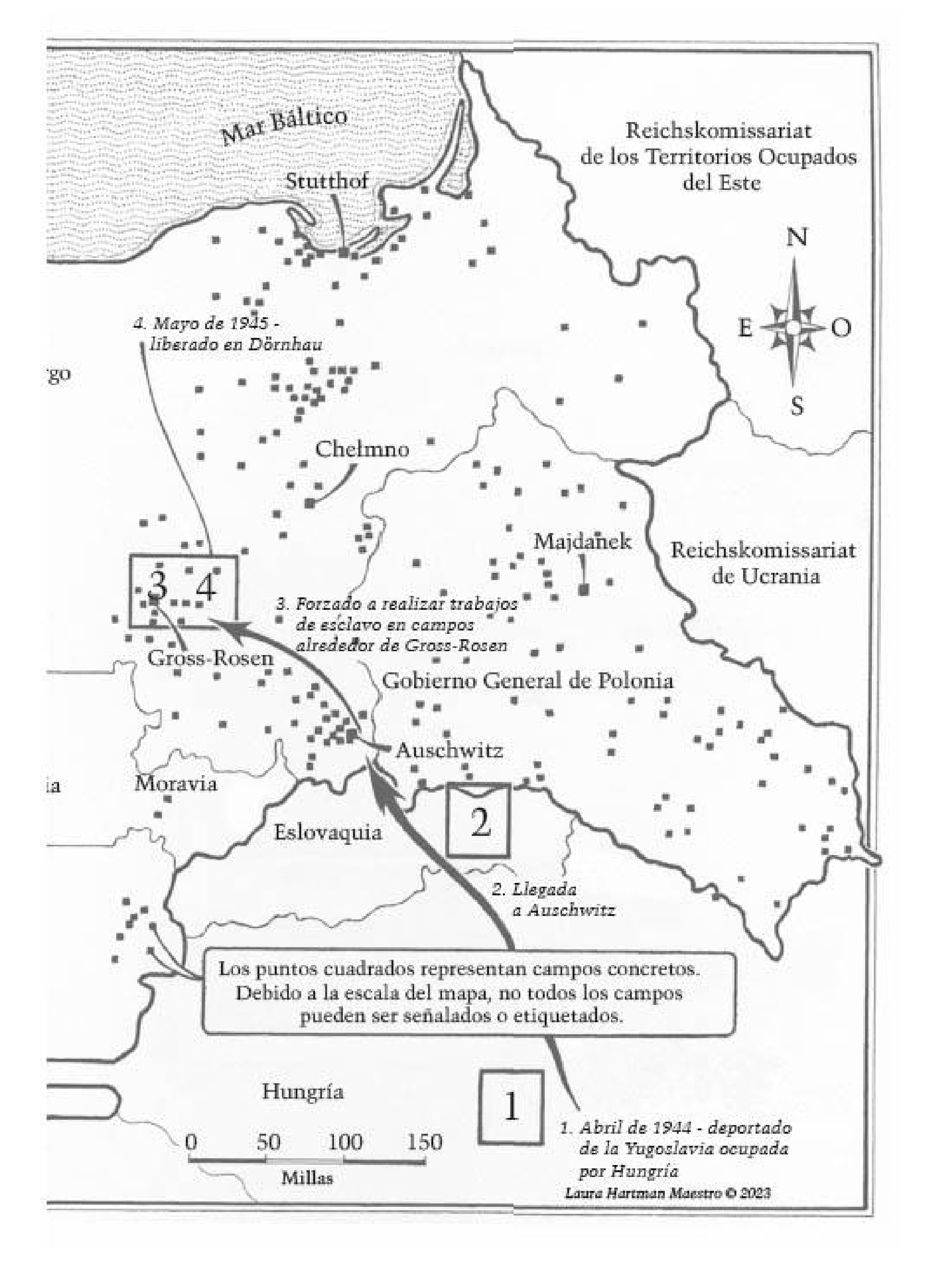
El canalla sigue riendo,
el gas está ya fluyendo,
otro cruel infierno acecha.

La daga y el átomo,
caminan lomo a lomo,
todo vuelve a la palestra.

Fuera, no queda esperanza,
adiós, tiempos de bonanza,
el aire apesta a sangre.

La culpa se ha borrado,
de uniforme ha mudado
el verdugo de mi madre.


El viaje de Debreczeni
De la deportación a la liberación
Mar del Norte
Ravensbrück
Neuengamme
Sachsenhausen
Bergen-Belsen
Uraniemburgo
Mittelbau-
Dora
Buchenwald
Flossenbürg
Protectorado
de Bohemia y Moravia
Natzweiler-Struthof
Dachau
Mauthausen
Suiza
Italia
Gran Reich Germánico
Los principales campos
de concentración


Mar Báltico
Reichskomissariat de los Territorios Ocupados del Este
Stutthof
N
E
O
S
4. Mayo de 1945 - liberado en Dörnhau
Chelmno
Majdanek
Reichskomissariat de Ucrania
3 4
3. Forzado a realizar trabajos de esclavo en campos alrededor de Gross-Rosen
Gross-Rosen
Gobierno General de Polonia
Auschwitz
Moravia
2
Eslovaquia
2. Llegada a Auschwitz
Los puntos cuadrados representan campos concretos. Debido a la escala del mapa, no todos los campos pueden ser señalados o etiquetados.
Hungría
1
0 50 100 150
Millas
1. Abril de 1944 - deportado de la Yugoslavia ocupada por Hungría
Laura Hartman Maestro © 2023

PRIMERA PARTE

1

El largo tren de bajos vagones de mercancías y con distintivos alemanes se detenía.

—Estamos parando. —La voz corrió entre una muchedumbre apenas consciente y débil.

Sospechábamos que nos íbamos aproximando a nuestro destino. Nos habían metido en el vagón dos días y medio antes, en Topolya, y desde entonces solo nos habíamos detenido dos veces, durante algo más de uno o dos minutos. En una de las ocasiones nos entregaron un caldo diluido a través de un agujero por el que apenas cabía la mano que sostenía el cuenco. La segunda vez, el tren frenó en una vía abierta. Los cerrojos rechinaron al abrirse y los gendarmes de campaña alemanes, enfundados en uniformes verde hierba, ordenaron chillando:

—*Aussteigen! Zur Seite! Los! Los!*

Estábamos al borde de un bosquecillo cubierto de flores. A saber dónde habríamos parado, en Hungría, en Eslovaquia o quizá ya en tierras polacas. Los esbirros verde hierba anunciaron que podíamos hacer nuestras necesidades.

—Prohibido entrar en el bosque. Un movimiento sospechoso y disparamos.

Cientos de personas corrieron a trompicones hacia el minúsculo terreno designado.

La mirada desvaída de las ancianas eran grotescos espejos llenos de terror. Apenas seis días antes, estas mujeres, sentadas en sus agradables y vetustas butacas, conversaban sobre la comida del domingo. Escuchaban la radio en el salón de su casa, mirando al jardín, y aguardaban noticias de sus nietos, obligados a cumplir trabajos forzosos.

Mujeres jóvenes y casadas. El día anterior todavía se rociaban el pecho y los brazos con agua de colonia y al sentarse se cubrían discretamente las rodillas con la falda.

Niñas, de quince, dieciséis, diecisiete años. Habían aprendido a hacer una reverencia educada. Habían dejado en casa sus libros de texto y quizá unas tímidas cartas de amor en cajas de chocolate adornadas con papel de encaje y cintas. Flores de campo prensadas entre hojas de álbumes de recuerdos.

Hombres. Viejos y jóvenes. Pequeños colegiales curiosos, adolescentes despeinados. Hombres. Maduros, entrados en años,

ancianos. Corren y corren. Hace dos días que no han tenido la oportunidad de hacer sus necesidades. Abren las piernas, se acuclillan. Orinan impasibles, agazapados como animales. La orina forma charcos. Alrededor de ellos los doce gendarmes con flamantes uniformes verde hierba no les quitan ojo de encima. Ni una facción de sus recién afeitados rostros se altera. No son humanos. Tampoco lo son ya los que están en cuclillas.

Creo que la asombrosa metamorfosis se produjo allí, en aquel punto desconocido de Europa del Este, al borde de un frondoso bosque, junto al terraplén. Fue allí donde las personas de aquel tren infernal se convirtieron en animales. Como todos los demás, los cientos de miles de personas que la locura había expulsado de quince países hacia fábricas de la muerte y pabellones de gas.

En ese instante nos ordenaron por primera vez ponernos a cuatro patas.

* * *

El tren frena…

En la oscuridad de los vagones se agita la vida que queda. De los sesenta seres humanos apelotonados en nuestro vagón en Topolya, cincuenta y seis muestran una tímida señal de estar vivos. La mayoría somos del sur y del centro de la región de Bácska. Los cadáveres se amontonan en un rincón del vagón. El terror animal, el hambre, la sed y la falta de aire han acabado ya con cuatro personas. El primero fue el señor Mandel, el viejo carpintero, amigo de mi padre. El señor Mandel fabricó los muebles para varias muchachas casaderas de Bácska, siempre con esmero y decencia.

Tengo la impresión de que el viejo carpintero murió porque le despojaron de sus cigarrillos. Su ración había sido, durante sesenta años, de cincuenta cigarrillos diarios. Ningún mortal había visto al señor Mandel sin un cigarro encendido. En el campo de Topolya le habían confiscado, junto con las joyas y el dinero, su reserva de tabaco. Durante veinticuatro horas, el señor Mandel no hizo sino mirar hacia delante, obstinado, enloquecido. Se sumergió en la niebla, en la vaporosa mezcla que emanaba de todos aquellos cuerpos malolientes. Su vieja mano, teñida de caoba y ajada por sesenta años de trabajo con la madera, se movía mecánicamente de vez en cuando. Lo hacía como si elevara un cigarrillo. Sosteniendo el vacío entre el dedo índice y el corazón, el señor Mandel se llevaba el cigarrillo imaginario a sus labios marchitos. Como un niño que imita fumar, incluso fruncía los labios para exhalar el humo inexistente. Tras dejar atrás Érsekújvár, la cabeza del anciano cedió. Su muerte no fue ningún

acontecimiento. Aquí, la muerte ya no podía serlo. El doctor Bakács, de Újvidék, inclinó por un instante su atormentada cabeza sobre la gastada zamarra e hizo un ademán de resignación. Él mismo tenía ya mala cara. A lo mejor pensaba que al cabo de doce horas otro médico del vagón estaría diagnosticando su propia muerte.

Dos personas enloquecieron y se tiraron largas horas bramando sin cesar. De sus rostros, pálidos como la cera, sobresalían unos ojos inyectados en sangre. Salpicaron de espumosa saliva a todos a su alrededor, arañaron la cara y trataron de sacar los ojos a más de uno. Cuando nos detuvimos para hacer nuestras necesidades, los gendarmes de campaña los empujaron sin rodeos al bosque, junto a otros a los que habían sacado de los demás vagones. Tras unos minutos oímos los disparos de las metralletas. Uno de los de verde soltó una carcajada amplia y repugnante y escupió.

No, no nos miramos. Llevábamos ya demasiado tiempo de trayecto para eso.

De trayecto… ¿hacia dónde…?

De alguna manera, me sorprendí de mí mismo. Aquel viaje… Szabadka, Budapest, Érsekújvár. Vaya, pensé fugazmente, aún sigo con vida y encima sin haberme vuelto loco. Por lo demás, no pensaba mucho. Pensar. Para pensar —por mucho que hubiera conservado mi entereza— yo también habría necesitado un cigarrillo. Pero no tenía.

Tras la minúscula ventanilla del vagón aparece el lago Balaton, de un verde inquieto, espumoso. En este ventoso y lluvioso primero de mayo, unas olas que parecen lenguas vomitan nauseabundas hacia el tren. Diviso Nagykanizsa. Pasamos de largo la ciudad, aunque en Topolya el policía número 6626 nos había dicho que nos llevaban ahí a trabajar.

—No hay nada que temer —nos susurró en secreto el 6626—; van a Nagykanizsa, y harán labores agrícolas.

El número 6626 era un amable campesino húngaro con sentido común. Pegaba fuertes gritos a los internos que vagaban por el patio cargados con calderos y sacando agua de la fuente o deambulaban fatigados por allí, y al mismo tiempo, cuando el centinela alemán miraba para otro lado, nos guiñaba un ojo y negaba con la cabeza, como un verdadero pícaro.

Corría el mes de mayo de 1944, y en aquellos tiempos pocos campesinos húngaros seguían aún tan embriagados por el vaho nazi como para no ver que políticos como Sztójay, Baky, Endre, Imrédy y los demás verdugos habían perdido la partida. Alguien tenía que pagar por la sangre y las lágrimas vertidas, por las patadas recibidas.

Con todo, 6626 estaba equivocado. No íbamos a Nagykanizsa.

El espejo del río Drava brilla absurdamente. En la otra orilla está la Croacia de Pavelić 0107 - . Es decir: la muerte. Así, sin más, vista

desde el medio de la vida. Hago un gesto de resignación, como el que hizo hace diez días mi antiguo profesor de griego, el señor Lendvai, desde la ventana de la sala de profesores, que da a la calle, del instituto de Zombor. Nos metieron en los camiones ahí delante. Yo estoy de pie en la parte trasera, con una mochila a la espalda y, cosida en el abrigo, una estrella amarilla de tamaño reglamentario que yo mismo confeccioné. El profesor Lendvai, con el que en 1924 saqué un sobresaliente, y también los demás profesores, miran helados el camión y a los apiñados allí. Nuestras miradas se cruzan y el profesor Lendvai hace un gesto apenas perceptible. Lo comprendo.

El mundo se ha acabado, todo se ha acabado, eso dice el gesto del profesor Lendvai.

Nenikekas Judaiae… *Nenikekas Judaiae*…

* * *

Paseo de prisioneros en el amplio patio del campo de internamiento de Topolya. Los de mayor edad caminan a paso moderado, con las manos entrelazadas a la espalda. Algunos se reconocen con lacrimosa sonrisa. Aquí está prácticamente el equipo editorial completo del que fuera el mayor diario húngaro de Yugoslavia: redactores y colaboradores, viejos y nuevos. Ocultamos nuestra desesperación con cinismo. La eterna sonrisa de Lajos Jávor, rechoncho y enfermo del corazón, se le ha helado en la cara.

—Ayer se llevaron a las mujeres y a los niños —dice, y sus exangües labios se estremecen extrañamente—, en Szabadka, Zombor, Újvidék, en todas partes. Se han llevado a todo el mundo.

El ex redactor jefe, János Móricz, al que en su día entregué mis primicias nervioso e ilusionado, limpia sus binóculos y refunfuña dirigiéndose a mí:

—Si eres traductor, traduce esto al húngaro.

En los ojos se desnuda la desesperanza. En el interior del feo edificio de piedra roja yacen colchones húmedos y gastados. Los perseguidos se sientan sobre pilas de maletas y mochilas, mirando hacia delante. Algunos aún tienen cigarrillos, han logrado ocultarlos a ojos de los carceleros. Ahora fuman sin escatimarlos. Aquí nadie se preocupa por el mañana. Ni siquiera por el cuarto de hora siguiente. La desesperación no consulta agendas y no conoce la planificación. El mañana se vislumbra en la distancia, nebulosa y descorazonadora, como el próximo milenio, cuando la gente a lo mejor llevará falda o túnica, no habrá campos de concentración y quizá el inocente no sea castigado.

Mañana… ¿A quién le preocupa el mañana si ayer se llevaron

incluso a las mujeres? Y a los niños. Pero ¿por qué? ¡Locura creadora!, ¿por qué? No nos atrevemos a seguir el pensamiento hasta el final. En Topolya, algunos habíamos oído de Auschwitz. Ciertamente, de vez en cuando nos habían llegado escalofriantes rumores de los horrores de los guetos de Polonia y recordábamos castañeteando los dientes las deportaciones de mujeres en Eslovaquia, pero ayer todo aquello parecía aún lejano e increíble. Y ahora tampoco nos atrevíamos a pensar que nos iban a llevar a la fuerza a través de fronteras, a miles y miles de personas inocentes. Tratábamos de consolarnos a nosotros mismos y a los otros imaginándonos dificultades técnicas.

—Ahora los nazis tienen otros problemas. ¿Dónde van a conseguir carbón, vagones, locomotoras y personal para sacar adelante una migración de tal envergadura? —preguntó en tono tajante el abogado y periodista Béla Maurer.

Sin duda, las noticias que llegaban de los frentes eran alentadoras. La mente de los obreros y los campesinos húngaros aún no estaba del todo nublada por la locura parda. Intuían que los señores se hallaban con la soga al cuello. Los más osados pregonaban en las tabernas que se estaban cometiendo atrocidades brutales. La gente sonreía incluso al oír los grandilocuentes informes de guerra o las expresiones forzadas formuladas en eufemismos tales como «maniobras de separación», «retirada flexible», «reubicación» o «reposicionamiento».

En tierras húngaras a los arrogantes alemanes les llovían miradas sombrías. El pueblo ya veía lo que sus señores no querían ver: a los soldados rasos de la Wehrmacht, extenuados y sin afeitar, a los impasibles y alelados agentes de las SS, con sus crueles ojos ya bien hundidos bajo los cascos de acero encajados en la cabeza, a los desenfrenados chavales de quince, dieciséis años, enfundados en sus camisas de lona; el ejército, con el que sus «aliados», los alemanes, habían ocupado el país. Veían que había que volver atrás, pero sabían que no era posible. Calles despobladas, ventanas cerradas, rostros tercos y huraños. El mudo e inevitable horror estaba al acecho también en los pueblos de Bácska. El silencio de la tormenta pasaba de puntillas.

Cuando nos pusimos a caminar desde el patio del campo de Topolya hacia la estación de tren, un trayecto de cuatro kilómetros, ninguno de nosotros —ni los hombres con fardos y mochilas, ni los niños con sus pasitos menudos, ni las exhaustas mujeres— sabíamos nada sobre Auschwitz. En cambio, los policías húngaros armados con bayonetas y situados por los alemanes a cincuenta metros de distancia unos de otros a ambos lados de la carretera bien que lo sabían.

Los ojos de los policías ardían de odio. De ese odio esmeradamente plantado, sobre cuyo porqué «el público» adiestrado para obedecer voces de mando raras veces indaga. Sin embargo, la inconcebible

experiencia resucitó en algunos su sobrio humanismo de campesinos. Los labios de alguna que otra estatua armada se abrieron para decir:

—Dios los proteja.

La muchedumbre medio desfallecida, que avanza dando tumbos, ni siquiera los mira, pero en mi interior aún retumba la aciaga frase de despedida cuando mucho más allá de la estación de ferrocarril, en una vía de maniobras, avisto nuestro tren. Los vagones, con la enseña DR, que indica la compañía nacional de ferrocarriles alemana, hablan un alemán más alemán que los gendarmes de campaña alemanes que nos escoltan. Así que, a fin de cuentas, nos van a deportar. En el mejor de los casos: a la cámara de gas. En el peor: a trabajar como esclavos hasta la extenuación.

¡Y nosotros, despreciando a nuestros ocho compañeros que se suicidaron cuando llegó la orden de partida y quedó patente que el campo húngaro no era sino un lugar de concentración provisional! Mientras abrazábamos la ilusión de que nos iban a dejar allí o que nos destinarían a otro lugar en Hungría, todo aquello parecía, al fin y al cabo, más llevadero. ¡Topolya, Bácska…! Esos dos conceptos unidos y tan familiares, esa idea, lograron ahuyentar de alguna manera el espectro de la absoluta falta de esperanza. Topolya era aún un pedazo de mi hogar.

Ante nuestras miradas, buscando esperanza, todavía resplandecían en los cinturones de los policías húngaros las cuatro cifras de la Gendarmería Real Húngara, promesas dudosas, y aún no del todo disipadas, de nuestra integridad personal. Nos aferrábamos al paisaje familiar como a un clavo ardiendo, teníamos la esperanza de no haber quedado todavía completamente al margen de la ley. Los nazis húngaros podían ser igual de crueles que los alemanes. E incluso igual de decididos. Sin embargo, su ingeniosidad, así nos parecía, aún no se había deformado hasta llegar al sadismo de las cámaras de gas.

2

El tren frena lentamente…

Nos apiñamos de puntillas ante la ventanilla enrejada. La ventanilla ha vuelto a cobrar importancia. En las últimas veinticuatro horas apenas hemos mirado por ella. ¿Qué podía habernos interesado? Únicamente Rubinfeld ha echado vistazos por ella de vez en cuando.

Rubinfeld llegó a nuestro vagón en circunstancias insólitas la noche anterior. El tren fue frenando también entonces, hasta que se detuvo en seco. Se abrió la puerta, y unas manos desconocidas empujaron al interior a un hombre cubierto de sangre. Acto seguido, partimos. Resultaba obvio que él era la única razón de la parada.

De madrugada se filtró dentro del vagón un poco de luz, del tamaño de la palma de una mano, y algunos reconocimos a Rubinfeld. Era un judío fugitivo de Leópolis, uno de los muchos miles de desgraciados expulsados de sus hogares y perseguidos a través de media Europa por la expansión hitleriana. A lo largo de su calvario había recorrido Viena, Praga, Varsovia, Belgrado y Budapest. Y había acabado en Bácska. Llevaba viviendo o, mejor dicho, escondiéndose allí, en Újvidék, varios meses. En parte engañaba, en parte sobornaba a los detectives responsables de controlar a los extranjeros.

Tardó unas dos horas en volver en sí y contarnos lo que había ocurrido. En Topolya los alemanes habían asignado jefes de coche para cada vagón, lo que llamaban *wagenälteste*, comandantes de vagón. La investidura del cargo consistió en gritarle al interno tembloroso más cercano en los siguientes términos:

—Cerdo judío, tú serás el *wagenältester*. A ver, ¿qué serás, cerdo judío? —añadieron en tono aleccionador.

—*Wagenältester*.

—Muy bien. ¿Sabes qué es eso?

—No.

—Ven, ya te lo explico yo. —El gendarme verde hierba se hizo el amable—. El *wagenältester* responde con su propia cabeza por cada cerdo judío del vagón. Como alguno se escape durante el viaje, te fusilamos de inmediato. *Ist es jetzt klar?* ¿Está claro?

—*Jawohl* —farfulló el desgraciado.

En nuestro vagón, fue Sonnenthal, un viejo agente comercial con arterioesclerosis avanzada, a quien le tocó semejante «honor». Ya en casa apenas quedaba algo de vida en el desgraciado, pero resultó estar más cerca de la puerta cuando el de verde hierba irrumpió para llevar

a cabo «la investidura». Sonnenthal no discutió. Se contentó con pasear por todos nosotros sus ojos, suplicantes y bañados en lágrimas, y farfullar:

—No vais a cometer ningún disparate, ¿verdad? Porque entonces…, ya sabéis…, me fusilan a mí.

En nuestro vagón, en efecto, nadie cometió ningún «disparate». Había una única forma de escapar, la cual equivalía prácticamente a la muerte segura. Forzar la reja de la minúscula ventanilla cuadrada ubicada a la altura de una persona y, si era lo bastante delgado para tal acto, uno quizá podía escurrirse a través del estrecho hueco. Así que, en teoría, existía la posibilidad de que un ser humano pudiera abandonar aquel infierno traqueteante. Lo que pasaría a continuación era obvio, pues no había forma de planificar el salto con anterioridad. Todo dependía del ángulo del terreno en el que se llevara a cabo la incontrolable caída. En nuestro vagón nadie lo intentó, pero en aquel en el que el *wagenältester* era Rubinfeld, un muchacho de dieciséis años, aterrado y fuera de sí, lo hizo. Para forzar la reja empleó los escasos minutos de la noche en que el vagón se había sumido en el silencio y todos se habían quedado entumecidos por la inconsciencia. Sabía que si lo descubrían, se lo impedirían. El plan tuvo éxito, el chaval completó el ejercicio de acrobacia; no obstante, el vigilante del coche de la guardia, al principio del tren, vio la caída.

Un silbido agudo y corto atravesó el estruendo del traqueteo. El tren se detuvo durante un minuto. Los miembros de la guardia saltaron a tierra y, tras unos instantes, comprobaron que las afiladas piedras del terraplén habían hecho trizas al fugitivo. Acto seguido, irrumpieron en el vagón de Rubinfeld.

—¿Dónde está el *wagenältester*? —gritó uno de ellos.

Rubinfeld, blanco como la pared, salió de entre la multitud.

—Habéis oído la orden. En los vagones donde haya intentos de fuga, ejecutamos al *wagenältester*. ¡Al infierno, judío de mierda! ¡A fusilarlo! ¡Adelante!

Sacaron a Rubinfeld a la fuerza. En la noche se oyó el clic de una metralleta, y luego, de nuevo, el silbido del tren. Partimos.

Ahora, los compañeros de vagón de Rubinfeld están convencidos de que su *wagenältester* ha muerto. Los centinelas, sin embargo, en un repentino ataque de magnanimidad, provocado quizá por el espectáculo del joven cuerpo destrozado por las piedras del terraplén, dispararon al aire y no a Rubinfeld. Arrastraron a la víctima hasta el coche y se conformaron con golpearle con la culata de los fusiles hasta dejarlo inconsciente. A continuación, arrojaron al azar el cuerpo inerte al vagón más cercano, que resultó ser el nuestro.

Así llegó a parar a nuestro vagón el judío polaco de ojos dolidos. Tardamos horas y horas en hacer que volviera en sí. Teníamos

algodón, compresas, líquido desinfectante. Mal que bien, le vendamos la cabeza rota, con los sangrientos mechones blancos de su ralo y pegajoso pelo pegados a ella.

Así llegó a ser Rubinfeld nuestro cicerone, la fuente de información y el profeta para el resto del viaje. Lamentablemente, resultó ser un verdadero profeta en su tierra. Se conocía aquella región como la palma de la mano. En tiempos de paz la había recorrido innumerables veces con ocasión de sus viajes de negocios, y se sabía todas las vías férreas, cruces, paisajes y construcciones. Cuando el tren traqueteaba sobre la multitud de cambios de vía, y el característico chasquido de las ruedas señalaba la proximidad de una estación, Rubinfeld se levantaba a trancas y barrancas, se acercaba a la ventanilla y clavaba su mirada en la noche.

—Todavía no podemos estar seguros acerca de nuestro destino —decía al principio—. Las vías se bifurcan a sesenta u ochenta kilómetros de aquí. —Mencionó el nombre de una estación polaca con muchas consonantes—. Por el momento puede ser Austria o Alemania, si es que hemos dado un pequeño rodeo, pero también es posible que acabemos en Polonia.

—Pero da lo mismo, ¿no? —suspiraron sus oyentes.

La respuesta de Rubinfeld fue enérgica:

—No. En absoluto. Austria significa la vida. Allí tendríamos alguna probabilidad de sobrevivir. Haciendo labores agrícolas, por ejemplo. El campesino austriaco no es cruel.

—¿Y en el Reich?

—Pues allí pocas. Muy posiblemente, trabajo en una fábrica. O en la construcción de vías férreas. O quizá en el desescombro en grandes ciudades, bajo constante amenaza de ataques aéreos. Un judío no puede entrar en un refugio. Hambre, porrazos. No, sobrevivir al Reich es difícil.

Se calló. El improvisado vendaje sobre su cabeza estaba empapado de sangre.

Más tarde traqueteamos otra vez sobre cambios de vías. A través del ventanuco una tímida madrugada nos iluminaba con su humilde luz. La tercera en aquel viaje de fuego y azufre.

Rubinfeld se esforzó por ponerse de nuevo de pie. Miramos por la ventanilla. Las ruedas se desviaban a un nuevo par de vías que se dirigían hacia el este. A la izquierda se veían los contornos del edificio de una estación de confuso nombre polaco, desvaneciéndose en la distancia.

Esta vez, el anciano volvió a sentarse en su rincón sin mirar a nadie.

—Auschwitz —dijo algo más tarde para sí mismo, quedamente, mirando adelante—, ya no hay duda. Aquí se bifurca la línea secundaria.

Muchos de los que viajaban en el vagón oyeron por primera vez esta palabra. Algunos recordaban haber leído algo de un documental americano que presentaba los horrores de las cámaras de gas. El documental, desde luego, no había sido estrenado en Hungría.

Auschwitz…

Rubinfeld ya había pasado por los guetos en 1939, tras la capitulación polaca. Era el único entre nosotros que conocía los pormenores de la gigantesca fábrica nazi de la muerte. Solo unos pocos, los que se encontraban cerca de él, escucharon sus entrecortadas palabras sin aliento. Tampoco teníamos mucha curiosidad por los detalles. De todas formas, pronto seríamos agentes pasivos de unos horrores que ayer aún resultaban vagos y remotos.

Algunos de nosotros, sin embargo, lo mirábamos incrédulos. Para nosotros, acostumbrados a las formas de vida burguesas y criados al amparo de los días ordenados, lo que habíamos escuchado se nos antojaba, incluso ahora, tan distante como una novela de terror. Y eso que nos acompañaba la realidad del chirrido de las ruedas del tren.

Pero, a fin de cuentas, teníamos que creer. Y lo hicimos. Con asombrosa indiferencia. Algunos aún llevábamos encima un poco de comida. No mucha, porque aunque en Topolya no nos habían quitado los víveres, todos habíamos consumido ya la mayor parte de nuestras exiguas existencias. Los verdugos alemanes incluso se habían cuidado, con alevosía nazi, de avisar benévolamente a las víctimas de que era suficiente llevarse alimentos para cuarenta y ocho horas, que ya se encargarían del abastecimiento en el campo. De modo que muchos de nosotros ya no teníamos comida, pero compartíamos lo poco que nos quedaba.

La tercera madrugada pronto se tornó en una soleada mañana primaveral. La luz barría el oscuro vagón con olor a sufrimiento, recorriendo la celda impregnada de la peste de los cuerpos humanos bañados en sudor.

Era primavera, pero nuestro billete de entrada en ella aparentemente ya no tenía validez.

Más tarde, todavía el tercer día, el tren volvió a correr a velocidad normal. Poco a poco fuimos dejando atrás los montes que nos vigilaban desde la lejanía. Pasamos por un paisaje llano que recordaba a Bácska y a la Gran Llanura húngara.

Junto a la ventanilla, Rubinfeld volvió a hablar:

—Media hora y estaremos en Auschwitz.

A partir de entonces, todo aquello se convirtió en una especie de sueño intermitente y agobiante, de los que se tienen tras una cena pesada. Vimos a unos seres vestidos con disfraces de carnaval caminar por extrañas alfombras de hierba verde esmeralda. Se movían como arrastrándose, con los gestos medidos de una película a cámara lenta.

Se inclinaban, se ponían en marcha, caminaban, se detenían a intervalos. Hombres vestidos con andrajos raídos, retazos de viejas prendas de paisano grises, negras y azules, mujeres enfundadas en trajes de faena de un marrón sucio. Otros llevaban pantalones cómicamente holgados. Espectros y espantapájaros. Las ropas de paisano, la pechera, la parte trasera, las perneras, estaban salpicadas de caprichosas manchas de un amarillo y un rojo estridentes. A los del tren, a unos cien metros de distancia, nos dieron la impresión de bambolearse con movimientos regulares al lento compás de una marcha fúnebre. Los espectros hacían las labores del campo.

Lo más llamativo era eso, el arrastrarse como llevando una pesada carga.

Rubinfeld nos dio una explicación más detallada:

—Deportados. Estos ya son de Auschwitz.

—¿Y los disfraces? ¿Los terribles disfraces?

—A algunos los visten con la ropa desechada de los asesinados en los crematorios. Las manchas de pintura son para dificultar la fuga también a los que no llevan traje de prisionero. Las chillonas manchas delatan al *häftling* a cien metros de distancia.

Un escaparate infinito con chimeneas de gas, almacenes, montones de barriles y chatarra de aviones corría junto al tren. Ante nosotros se extendían los negros pares de vías paralelas de una estación. En la vía de al lado había un tren compuesto por coches de pasajeros a la antigua, con puertas y ventanas. En uno de los vagones una mujer se acodó en la ventana, y en nuestros oídos penetró el berrido de un bebé. En los andenes había hombres fumando, con cajas de herramientas, bolsos o maletas en mano. Entre las vías caminaba dándose aires un oficial de tráfico con gorra blanca.

A nosotros nadie nos hacía caso. ¿Íbamos tan bien enmascarados que no sospechaban que estábamos destinados a morir, o es que ya se habían acostumbrado al espectáculo de los trenes de la muerte? Ni siquiera hoy sé la respuesta.

Ante nosotros se fue distinguiendo el edificio marrón humo de la estación. No se diferenciaba en nada de los cientos de edificios de estación provincianos por los que había pasado tan campante a lo largo de mi vida. En la fachada y a ambos lados, un rótulo solo en alemán: AUSCHWITZ. En el «Gobierno General de Polonia» Oświęcim ya no existía.

Por unos instantes vimos también destellos de la ciudad. Agudos silbidos de locomotoras dialogaron entre sí y, a continuación, se produjo una sacudida.

Eran las nueve de la mañana. Habíamos llegado.

3

Nos precipitamos de nuevo hacia la ventanilla. Al frente del convoy los gendarmes del campo que nos escoltan se bajan de un salto. Dos o tres de ellos se acercan ruidosamente a nuestro vagón y rompen los sellos de plomo. Las cerraduras crujen y chirrían herrumbrosas. Los portones se abren de par en par, y entra un sol lozano y un aire matutino dulce y fresco. Respiro generosa y profundamente y al echar un vistazo al rostro plomizo de mis compañeros veo el mío propio.

Auschwitz…

Se aproxima un oficial de las SS enjuto de carnes. Uno de los de verde taconea y procede a darle parte, tieso como un ajo. El oficial hace un gesto de asentimiento, dice algo, y al instante suena una voz de mando:

—¡Fuera, con los bultos! ¡Todos a formar delante de los vagones! *Los…!*

La brisa —llevo tanto sin sentirla…— recorre mi cuerpo. Entrecierro los ojos a la luz matutina. Visto una chaqueta corta de piel de cordero, una prenda de fiar, pues me ha acompañado a cuatro puntos de trabajos forzados, y sin embargo estoy tiritando. Quizá no sea a causa del aire, sino por el desconocido porvenir. Junto a mí, Márkus, el magnate de Szabadka, mastica obstinadamente un trozo de corteza de pan. A él tampoco le queda ya tabaco. El último Virginia que tenía se redujo a cenizas entre sus finos labios gruñones antes de Érsekújvár. Quién sabe en qué estará pensando este hombre, que se ha pasado cincuenta años persiguiendo ese espejismo expresable en cifras que es el dinero, y al que ahora el guardia espanta, como a un insecto, del saco de tesoros que había tejido con tanto cuidado.

Mientras tanto, los de verde, secundados por algunos de los embadurnados de pintura, arrojan a los inertes fuera de los vagones. Los viejos *häftling* trabajan indiferentes y entrenados. Tiran los cuerpos a unos carritos —puede haber vivos entre ellos—, y luego se ponen a empujar por el mango sin decir palabra.

Nueva orden:

—Los bultos se quedan ante el vagón. ¡A formar! ¡En filas de a cinco!

Volvemos a reproducir la columna de Topolya, pero esta vez falta bastante gente. Seremos unas mil, mil doscientas personas aún capaces de ponernos en pie.

Lanzamos miradas preocupadas a nuestros bultos. Si no podemos

llevarnos nuestras pertenencias, aumenta la probabilidad de morir pronto. Las mantas, la ropa de abrigo, los nuevos pares de botas con clavos, eso creíamos, podríamos intercambiarlos, en caso de necesidad, por comida.

La columna se resiste a emprender la marcha, pero una noticia alentadora salta de boca en boca; Dios sabe cómo, ha salido de entre los que están a la cabeza:

—Los bultos nos los llevan en camiones.

Después de unos cientos de pasos: ¡alto! Un terreno grande, en forma de rectángulo casi regular. Quizá del tamaño de la plaza Oktogon, en Budapest. Barracones con chimeneas humeantes. A la derecha, una barrera negra y amarilla separa un camino en fuerte pendiente y buenas condiciones. Una torre de vigilancia. A unos pasos de distancia de esta construcción de tablas, un centinela con metralleta se pasea arriba y abajo. Desde las aspilleras apuntan hacia nosotros las ametralladoras. Alrededor, unos quince o veinte camiones, con un soldado de las SS armado y un chófer junto a cada uno. Los de verde que nos han acompañado desde casa se han esfumado. En la plaza se ajetrean mozos de las SS, suboficiales y oficiales vestidos con uniforme gris, dándose aires.

Primero ordenan apartarse a las mujeres, que se tambalean y tropiezan entumecidas unas detrás de otras. Cientos y cientos de hombres acompañan con los ojos empañados a sus mujeres, madres e hijas, que se alejan. Madres e hijas, apretándose con fuerza las manos unas a otras, amigas caminando abrazadas. Ancianas trémulas, con el escaso pelo plateado brillando al sol. Madres haciendo callar a sus atemorizados críos, que no paran de chillar, y estrechando enloquecidas a los más pequeños. Las mujeres desaparecen para siempre en una interminable y desordenada columna. Al cabo de unos instantes, los barracones acabarán ocultándolas, pero durante un tiempo muy largo seguiremos escuchando el llanto de los niños.

Un grupo de cuatro personas se acerca a nosotros. Dos oficiales, uno alto, con gafas de montura de oro y un folio en la mano, y otro con un maletín, así como dos de mirada oscura y cascos de acero. Se detienen y se colocan unos frente a los otros a una distancia de dos pasos: tenemos que desfilar por ese pasillo. El del formulario de papel nos lanza una mirada a cada uno y hace una señal. A la derecha o a la izquierda. Los otros tres conducen a las víctimas en la dirección indicada.

A la derecha o a la izquierda. A la vida de esclavo o a la muerte por gas.

Los que hemos tornado de los campos a nuestros hogares sabemos lo que significaba ir hacia la izquierda. Pero entonces aún no lo sabíamos. El momento decisivo se desliza de incógnito entre los otros.

Los de pelo cano, los de complexión escuálida, los miopes, los cojos son enviados, en su mayoría, hacia la izquierda. En eso consiste «el examen médico». En cuestión de media hora se forman cinco columnas de igual longitud a la derecha y cinco a la izquierda. Los cuatro alemanes discuten brevemente y al rato uno de ellos se sitúa entre los dos grupos:

—Y ahora, marcha de diez kilómetros cuesta arriba hasta el campo. A vosotros —dice y señala hacia la izquierda—, los más viejos y débiles, os lleva un camión; los demás vais a pie. El que esté a la derecha y no se sienta lo bastante fuerte para la caminata, puede pasarse a la otra fila.

Largos, pesados instantes de silencio. Los condenados y sus verdugos se miran fijamente. El anuncio, pronunciado en tono imparcial y al parecer natural, no suscita mucha sospecha. Solo a unos pocos nos choca tamaña magnanimidad. Esas no son maneras nazis. No obstante, muchos se disponen a pasarse al otro grupo. Yo mismo hago un movimiento involuntario. En este momento una de las carretas que transportan los cadáveres pasa junto a nosotros, traqueteando a unos pocos pasos ante las columnas. El *häftling* junto al remolque no nos mira; solo oigo su voz ahogada:

—*Hier bleiben! Nur zu Fuss! Nur zu Fuss!*

Lo repite varias veces, pero solo unos pocos alcanzamos a oír su advertencia salvadora. Tomo una decisión. Tengo miedo de ir a pie y sin embargo me quedo. Prefiero obedecer a un instinto súbito que seguir al compañero del carrito. Al mismo tiempo, agarro del brazo a mi vecino, Pista Frank:

—No lo hagas —le susurro.

Nervioso, se zafa y se va. Y junto a él, muchos otros. La columna va disminuyendo visiblemente. Los de gris sonríen por lo bajo, susurran entre ellos y señalan hacia nosotros. Tras los cambios de fila, nuestro grupo queda rodeado por dos escuadrones con las bayonetas caladas. Estamos listos para partir.

Los de la izquierda siguen en su puesto. Pasamos muy cerca de ellos. Allí están Horovitz, el enclenque y anciano fotógrafo, Pongrác, el comerciante de cereales, y el maestro Lefkovits, de cuya prestigiosa tienda de moda masculina de toda la vida en la calle Mayor procedían las numerosas y coloridas corbatas de seda y las camisas de mi juventud veinteañera; están también Weisz, el librero cojo, y Porzács, el obeso pianista de jazz, que popularizaba con una interpretación deficiente, pero enorme ambición, las más recientes canciones de moda en un distinguido café de Szabadka. Allí está, con un mohín en los labios, mustio y con una blanca barba de tres días, el profesor Waldmann, docente de lengua y literatura húngaras y alemanas en el instituto «real húngaro» de mi ciudad. Y está también Hertelendi,

propietario de una tienda de juguetes en Szabadka y creador de problemas de ajedrez, así como Samu, el gnomo, al que todos llamamos «bobalicón de guerra», sin que nadie sepa por qué. Está Kardos, el abogado cardiópata de Szeged. Tiene mi edad, nos hemos visto cuatro veces en los alistamientos para los trabajos forzados. Ocioso de primera, siempre ha conseguido escaquearse. La última vez nos despedimos en Hódmezővásárhely en tono de guasa: «Hasta no volvernos a ver en el próximo punto de trabajos forzados». Y ahora helo aquí, con su estrambótico «traje de alistamiento» de pana amarilla. Es lo que lleva siempre, también en el último alistamiento. Sus gafas de carey resplandecen traviesas ante nuestro grupo. Sin duda se cree que esta vez también ha elegido la mejor opción. ¡Ahora tampoco va a caminar los diez kilómetros!

Y aquí están todos los demás. Mi mirada recorre los rostros, los familiares y los nuevos. Conocidos y medio conocidos, diez, cien, quinientas personas… Ya han puesto en marcha el motor de los camiones a la espera. Se abre ante nosotros la barrera pintada de rojo, blanco y negro, y cogemos el escarpado camino de pavimento, bordeado por los barracones. Las metralletas de la torre de vigilancia nos siguen.

A ellos, a los de la izquierda, nunca nadie los volverá a ver.

* * *

Los de la bayoneta situados frente a nosotros, a nuestra espalda y a los lados nos mandan caminar a marcha forzada. ¿Por qué estas prisas? Una cosa ya tenemos clara: no vamos a volver a ver los bultos que hemos dejado ante los vagones. Esas sí son maneras nazis: no le quitan a uno sus objetos de valor, es mucho más sencillo alejar a la propia persona de sus pertenencias. Es un procedimiento más apropiado y, sobre todo, conlleva menos papeleo, menos formalidades, menos administración. Los húngaros son unos aprendices, gestionan los saqueos sudando, haciendo fichas y registros y levantando actas. Mientras tanto, los nazis habían simplificado las cosas hacía bastante tiempo.

Pasamos por delante de una interminable hilera de edificios de madera abandonados. La precipitada marcha me hace perder el aliento, respiro jadeando, el aire cortante me provoca mareos. Algo después vemos gente. En patios rodeados de rejas y alambradas, ante hormigoneras que gruñen, se mueven prisioneros en trajes grises con rayas azules. Resuena el golpeteo de sus toscos zuecos desparejados, por los que asoman unos dedos cubiertos de heridas. No pienso, no quiero pensar en que al cabo de unas horas nos ordenarán también a

nosotros quitarnos lo último que evoca nuestros hogares: la ropa que vestimos.

Llegamos a una enorme plaza rodeada por una alambrada oxidada y con un montón de chatarra de aviones. De las herrumbrosas carcasas que se alzan al cielo cuelga flácida la cubierta gastada y chamuscada. En los restos de las alas, insignias alemanas, rusas, inglesas y norteamericanas. Es aterrador y desconsolador ver un cementerio de aviones justo aquí, entre barracones y tierras de cultivo de amarillas y arcillosas patatas. Apenas si aparece algún que otro ser humano. Durante media hora no oímos otra voz que el impaciente atosigamiento de nuestra escolta:

—*Los, los…!*

A continuación, vías, y luego, de nuevo, barracones. Esta vez de varios pisos. De uno de ellos cuelga una tabla de madera: HÄFTLING – KRANKENHAUS. Hospital de prisioneros. Delante, un recluso con el brazo en cabestrillo se queda mirando la marcha. Sin apenas darnos cuenta, de pronto nos encontramos en una calle transitada.

Hemos llegado a Auschwitz, en cuyas casetas de madera los desbocados asesinos de la locura racial han hacinado a cientos de miles de deportados de todos los rincones de Europa.

Encrucijadas animadas, flechas de dirección. En una de ellas pone: BLOQUE N.º XXI. Gente trajinando, carros y coches, todos los atributos exteriores de una ciudad, pero en vez de edificios de piedra, construcciones de madera, en lugar de personas, esqueletos tambaleándose, trajes de sayal a rayas y zuecos. En vez de calles, «bloques», que hay que entender como uno o varios bloques de barracones bajo un mismo mando.

Los hombres esqueleto acarrean vigas, cajas y barriles o empujan carritos. De las calles aledañas salen camiones traqueteando uno tras otro. Todo da la sensación de ser una grotesca parodia.

En una esquina nos cruzamos con algunos de los tipos vestidos de sayal, que cargan con raíles y gritan «¡Arriba!». Han de detenerse en la angosta calle para dejarnos pasar. Al vernos no muestran señales de asombro; nosotros, en cambio, nos quedamos atónitos. Nos gritan en húngaro.

—¡Vaya, a buen sitio habéis ido a parar! —dice uno con desdeñosa compasión.

Y luego nos asaltan con caóticos gritos:

—Soltad la manduca…

—Cigarrillos, peines, cuchillos…

—¿Alguien lleva manduca? ¡Rápido!

—Tabaco, tabaco…

—¿Hay alguien de Kassa?

—¿De Nagyvárad?

—¿De Losonc?
—¿Y de Budapest? ¿De Budapest?
—¿Qué hay en casa? Manduca… Rápido… Soltadla…
—¡Manduca, manduca…!
—Imbéciles, si en la ducha tendréis que entregarlo todo…

Miramos alelados y pasmados a los que gritan. Se acerca un SS, los cargadores de raíles se callan de golpe, y nosotros continuamos nuestro camino.

—*Halt!* —suena de súbito la voz de mando.

Nos detenemos desordenados ante un barracón largo, de un solo piso, el último edificio de la calle. El letrero pone: SCHREIBENSTUBE, despacho del escribiente.

Algunos *häftling* nos salen al paso. Su movimiento es orgulloso, su disfraz a rayas está inmaculado. Calzan zapatos lustrados de buena calidad. Cosidos al pecho, llevan unos triángulos de tela de un color vivo. Debajo, una minúscula placa de cromo, con un número de cuatro cifras grabado en ella. Las letras bordadas en sus brazaletes celestes tienen una floritura, como las de los manteles con bendiciones de la casa, que dicen: *Blockältester*.

Todos ellos son orgullosos, soberbios y conscientes de su poder. Son los *blockälteste*, es decir, los jefes del bloque. Desde fuera, son iguales a los demás deportados. Pero solo desde fuera.

Aquí tuve mi primer encuentro con los mandamases: la aristocracia del campo, los miserables dioses de aquel miserable mundo.

* * *

Permítaseme contar lo que en aquel momento aún no sabía, pero que más tarde, durante catorce meses, no dejaría de admirar pasmado, incapaz de salir de mi asombro. En sus campos de la muerte los nazis habían creado con una ingeniosidad sistemática un entramado jerárquico de parias. Dentro de las alambradas los alemanes por lo general permanecían invisibles. El reparto de alimentos, la disciplina, la vigilancia directa del trabajo, el terror de primer grado, en fin, el poder ejecutivo, se lo habían confiado en realidad a unos negreros escogidos a dedo de entre los deportados.

Es innegable que el sistema albergaba una psicología bien profunda. Sus inventores conocían los diferentes estratos de los instintos de la psique humana. A cambio de su repugnante trabajo, los negreros recibían de propina —además de mejor sopa, mejor ropa y mejores oportunidades de robo— el poder mismo, esa droga más embriagante que cualquier otra. Un poder infinito sobre la vida y la muerte. Habían establecido una larga serie de cargos de lo más variopinto, más o

menos los mismos en todos los campos, respetando siempre escrupulosamente el sistema jerárquico. Los oficiales del campo y los suboficiales, es decir, los mandamases, por lo general procedían de los transportes que habían llegado primero a un campo recién construido o al lugar donde se iba a levantar uno nuevo. El sargento de las SS, que era el comandante del campo, o el sargento segundo, elegían a un esclavo:

—Venga, tú serás el *lagerältester*, el comandante del campo.

A otro lo «nombraban» escribiente del campo. Estos luego se encargaban de todo lo demás. Asignaban entre sus parientes, amigos y conocidos el resto de los cargos. Así pasaba que, la mayoría de las veces, el llamado personal del campo estaba constituido íntegramente por presos procedentes de la misma región o incluso de la misma ciudad. Entre los transportes que llegaban más tarde solo podían reclutar a soldados rasos.

En el escalafón más bajo estaba el *kapo* raso. Este llevaba destacamentos de diez o quince obreros a los lugares de trabajo de las empresas particulares encargadas de las construcciones, que arrendaban los esclavos al Estado nazi. Por un esclavo las empresas pagaban dos marcos alemanes o dos con cincuenta. El *kapo* raso, asistido por el capataz civil o *meister* y el guarda de las SS, llamado *posten*, tenía a su cargo estimular al *häftling* con una porra o un látigo, a veces con una barra de hierro. Y, por lo general, no dudaba en hacerlo, pues si se mostraba más blando o indulgente de lo deseado, el *meister* lo molía a palos y lo degradaba sin más. Y eso significaba el final de la exención del trabajo de esclavo, aniquilador del cuerpo y el alma, y el despedirse de las mejores posibilidades de sobrevivir al infierno.

No obstante, el *kapo* raso no podía considerarse miembro de la exclusiva aristocracia compuesta por los príncipes del campo. Dormía en una tienda de campaña junto a los otros y él también había de hacer cola para recibir la sopa. Solo que, en vez de pala, pico y martillo, llevaba en la mano una porra.

Por encima de él, en lo alto del Olimpo, ocupaban sus tronos el primer y el segundo *kapo* de empresa. Estos ya eran privilegiados con título y de pleno derecho. Tenían acceso a los despachos de la empresa donde recibían sus tareas diarias. Oficialmente, su deber consistía en hacer recuento durante el *appell*, la revista matutina, del equipo de unas quinientas o seiscientas personas destinadas en su compañía y dirigirlas, con ayuda de los vigilantes, a los puntos de distribución. Allí ya les esperaban los capataces y los *kapos* rasos. Ellos repartían a la gente en escuadrones, que se encaminaban hacia los lugares de trabajo, ubicados por lo general a varios kilómetros.

Los *kapos* de empresa tenían abundantes oportunidades de

congraciarse con los capataces y quizá también con los ingenieros y otros hombres de la Todt, la organización encargada de gestionar el trabajo de los prisioneros para las empresas privadas. Tanto de unos como de otros siempre caían cosas: las colillas de los ceniceros de los despachos eran su botín, y de vez en cuando daban con copitas de licor, vino o cerveza, incluso con cajas enteras de tabaco, pan o ropa.

Ser *kapo* de empresa era un rango de altura, y no solo debido al poder que confería, sino porque conllevaba todas las ventajas de contar con más y mayores posibilidades de moverse y de entrar en contacto con el mundo fuera de la alambrada. Dentro del campo, el *kapo* de empresa pertenecía al entorno más íntimo del *lagerältester*, o sea, de la deidad principal. Le tocaba la sopa de mejor calidad, preparada en un caldero aparte para la aristocracia, y se llevaba su parte de los víveres robados durante el reparto: azúcar, margarina, mermelada, miel artificial, queso y sobre todo el pan, que equivalía a la vida. Es fácil de imaginar qué cantidades podía uno «ahorrarse» cada día de la ración de dos o tres mil personas, cuánto se podía uno «agenciar» de los enormes bloques y barriles que llegaban. Todo esto lo hacían rigurosamente a puerta cerrada el *ältester* y su entorno. En el hospital de Dörnhau yo llegaría a ver tres grandes sacos de azúcar granulado, varios bloques de margarina y cientos de latas de carne amontonados en el santuario del *lagerältester*.

En la mayoría de los campos había cuatro o cinco compañías que arrendaban trabajadores, así que el número de *kapos* de empresa era relativamente alto. Cada uno de ellos tenía dos o tres subalternos, por lo general críos de catorce o quince años. Incluso ser «ordenanza» suponía cierto rango. En los espléndidos brazaletes de los *kapos* de empresa lucían el nombre de la empresa y el rango del *kapo*. La inscripción KAPO I. G. URBAN TIEF-UND HOCHBAU A. G., por ejemplo, significaba para un *häftling* que estaba frente al primer *kapo* de la compañía Urban y, por tanto, obraba con prudencia si se quitaba el redondo gorro de *häftling*.

Una dignidad equivalente a la del *kapo* de empresa era el *kapo* del campo. Este era ayudante del *ältester* y comandante de los *häftling* que no trabajaban en sitios allende la alambrada, sino dentro del campo. En primer lugar, se trataba de los especialistas del *lager*: zapateros remendones, barberos, carpinteros de obra, ebanistas, herreros y mecánicos. Era de incumbencia del *kapo* del campo supervisar a la otra capa de privilegiados: el personal de cocina, los peladores de patatas y los limpiadores de calderas, aunque cada uno de estos grupos contaba con un *kapo* propio, él mismo poderoso e inalcanzable. El *schälerkapo*, el jefe de los peladores de patata, era directamente *primus inter pares*, el primero entre iguales, del mismo modo que el jefe de la Guardia Noble del Papa manda sobre una tropa cuyos

miembros son todos oficiales. La piel de patata era un valor celosamente guardado y un tesoro anhelado, mientras que la patata era la vida misma, escatimada, como el pan. Trabajar cerca de las patatas, tener que ver con ellas y, en general, acercarse a la cocina, suponía un rango y un privilegio apreciados.

Una dignidad independiente del *kapo* del campo, aunque incluso más distinguida, era la del *blockältester*, el mandamás todopoderoso del bloque. Cada bloque constaba de veinte a treinta tiendas de campaña, pintadas de verde oliva, para veinticuatro personas; se las llamaba *zelt*. En los campos en los que los deportados ya habían terminado de construir los barracones, un bloque denotaba vastos edificios de madera con capacidad para quinientas o seiscientas personas.

Una habitación propia y una hueste de sirvientes eran los símbolos del poder del *blockältester*. Él también podía acumular unas reservas considerables, ya que el capitán del campo, tras cobrar su propia aduana sobre los miserables «extras», entregaba al bloque la parte correspondiente en un lote. El *blockältester* era el encargado de racionar la comida y lo hacía favoreciendo a sus propios hombres. Sin la más mínima vergüenza mermaba la cantidad de calorías calculada con toda minuciosidad, que de todas formas no cubría más que la pura supervivencia.

Por encima del *blockältester* había solo dos cargos más poderosos: el *lagerältester*, el decano del campo, y el *lagerschreiber*, el escribiente del campo. Oficialmente, estas dos posiciones se consideraban del mismo rango en todos los campos sin excepción: el más alto. Dependía de la personalidad de los que ejercían los cargos cuál de ellos tenía más peso, cuál era más pomposo y más temible. En algunos campos, el poder más temible lo representaba el escribiente; en otros, el *lagerältester*. Había campos en los que existía también un *ältester* segundo, o bien el escribiente se rodeaba de cinco o seis escribientes auxiliares. Cada uno de ellos se consideraba, por su parte, otro poderoso más. El escribiente o el *lagerältester* ocupaba en todos los sitios una posición lo bastante alta para poder elevar a sus familiares, amigos y favoritos, y sentarlos en el escabel junto al trono.

Otra rama de la aristocracia de los campos la constituían los que trabajaban en la cocina, y una tercera, los médicos y sanitarios. La casta de estos últimos se complicaba, se dividía, echaba ramajes, sobre todo en las fábricas de la muerte, apodadas hipócritamente «campos hospitales». Allí pululaban médicos jefe del campo, médicos jefe de hospital, médicos jefe de bloque, sanitario jefe, sanitarios del bloque, del hospital, del grupo, con sus sustitutos y los sustitutos de los sustitutos. Cada uno de ellos poseía un poder verdadero, cada uno de ellos contaba con una autoridad ilimitada sobre un grupo mayor o

menor de personas, y podía asesinar, pisarle las tripas a uno, sacarle los ojos o azotarle la espalda desnuda, sin la más mínima consecuencia.

Esta jerarquía nobiliaria reflejaba la moderna interpretación que los nazis hicieron del consejo de *divide et impera*. Y la furia sádica que entonces imperaba lo llevó a su culminación en Auschwitzlandia, ese Estado fantasmagórico que apestaba a excrementos y ante cuyo edificio fronterizo, la casa del escribiente, nos encontrábamos en ese instante.

4

Los del brazalete con la inscripción BLOCKÄLTESTER hablan entre ellos en polaco. A nosotros, sin embargo, nos gritan en un alemán torpe, con acento eslavo:

—¡Al despacho, en grupos de tres! ¡Registro de nacionalidad!

Uno de ellos repara en que algunos, extenuados, se han sentado en el suelo. Como una bestia, se abalanza sobre el aterrado grupo y con su porra de goma reparte unos cuantos golpes a las atónitas caras. Los atacados, ensangrentados, lanzan gritos de dolor, los demás miramos entumecidos.

—Pandilla de cerdos judíos, ¡a levantarse! ¿Dónde os creéis que estáis? ¿En la sinagoga? ¿En el teatro? Ya lo veréis vosotros, ya lo veréis.

Esto ya formaba parte del genuino color local de Auschwitz. Un esclavo aporreando a otro. Los primeros deportados al Gran Auschwitz, la capital de Lagerlandia, habían sido polacos, la mayoría no judíos. Allí, como en todos los campos, eran los primeros colonos los que componían la mayor parte de la aristocracia.

En la oficina, sin embargo, trabajaban *häftling* húngaros.

Ingenuo, pregunto a uno de ellos:

—¿Cuándo han llegado? ¿Cómo está la situación?

La respuesta es una mirada gélida y soberbia. Me quedo sin habla. Parece que me he atrevido a entablar conversación con un mandamás.

De la oficina nos conducen ante el edificio del baño. Mientras esperamos, algunos de nosotros consiguen intercambiar unas palabras con los aborígenes que aciertan a pasar por allí, arrastrando los pies. Lo sabemos con certeza: hemos de entregar lo que llevamos puesto. Comienza un despilfarro febril y precipitado. El que tiene cigarrillos, enciende dos a la vez. Las colillas pasan de mano en mano. Repartimos apresuradamente los pocos víveres que nos quedan en los bolsillos y comenzamos a masticarlos.

Ante el baño nos entregan a otros hombres de brazalete. Son judíos polacos. Siguen unos instantes penosos. Nos quitamos la ropa y nos quedamos como Dios nos trajo al mundo en medio del viento cortante. Siguiendo la voz de mando, tiramos todas nuestras prendas, los zapatos y los objetos que llevamos en los bolsillos a un montón. Aún estamos tiritando ante la caseta de tablas, y ya llegan los camiones. Otros, vestidos a rayas, arrojan nuestras pertenencias a los camiones, que se alejan traqueteando. Cartas, fotografías queridas, unos cuantos

documentos de identidad personal que logramos salvar en Topolya desaparecen irrevocablemente en la nada. La frase es elocuente: *Lasciate ogni speranza*. De aquí no hay vuelta atrás. Si la hubiera, se habrían llevado los objetos físicos en paquetes individuales marcados con el nombre de cada uno. Pero ahora, aunque quisieran, sería imposible devolvérselos a sus propietarios. Un método bárbaro y al mismo tiempo asombrosamente simple: despojar a millones de personas de su personalidad, de su nombre, de su condición humana. A varios cientos de kilómetros de mi casa, ¿cómo voy a poder demostrar que mi nombre es uno y no otro? ¿Cómo voy a poder demostrar que yo soy yo?

Los minutos juegan a ser horas. Escrutamos con sonrisa desconcertada y amarga la desnudez mutua, cubierta de picazones por el frío. Por fin. Por fin nos dejan entrar en la mole del edificio. En la antesala del baño. En sus paredes de tablas la pesada humedad exhala un repugnante moho. En un rincón una caldera despide un vapor denso.

Los cuerpos humanos bañados en sudor y cubiertos de polvo desprenden un hedor feroz que nos presiona el pecho; sin embargo, el calor nos acaricia. Las tijeras mecánicas no dejan de restallar. Unos «barberos» con el torso desnudo están depilando a los del transporte anterior al nuestro. Es la segunda etapa. Afeitado de las partes pudendas, la cabeza y las axilas. Profilaxis contra los piojos. Contemplo estupefacto a los despellejadores. ¿No hay en ellos ni pizca de compañerismo?

Se pasan a las víctimas de mano en mano con obtusa indolencia. Nos empujan, pellizcan y dan patadas. Uno recorre las axilas con las oxidadas y desafiladas tijeras mecánicas, el otro rapa el pelo, el tercero afeita los montes de Venus y los escrotos. Salimos desnudos y sangrando de entre las toscas y chapuceras manos, la mayoría con heridas graves y dolorosas, para a continuación ser empujados por una puerta.

Un *häftling* se detiene junto a mí. Me aborda en un alemán rudimentario:

—¿De dónde sois?

—De Hungría.

—¿Qué hay de nuevo en los frentes?

Bajo sus ojos hundidos y oscuros las bolsas de lágrimas están a punto de reventársele. Su implorante voz tiembla. Empiezo a relatarle solícitamente:

—Los alemanes se retiran por doquier. En Gómel los rusos han logrado una victoria decisiva. Los occidentales preparan el desembarco. Todo indica que los finlandeses, los rumanos y los búlgaros están a punto de cambiar de bando. Ya no durará mucho.

¿De dónde vienes?

—París.

—¿Comerciante?

—Abogado.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Más de un año. Han matado a todos los míos, los animales estos.

—¿Es posible resistir? —le pregunto.

—Si tienes suerte, quizá. En cualquier caso, me llevas un año de probabilidad. Yo no he tenido suerte. Mis pulmones ya eran débiles también en casa. Ya no voy a dar mucho más de mí. —Hace un gesto de resignación y lanza un escupitajo—. A ti seguro que no te van a llevar al gas —añade—. A los que bañan en este bloque los mandan a trabajar. Partís ahora mismo. Auschwitz está abarrotado, los nuevos no se quedan aquí. Pero eso da igual. En todas las sucursales es igual.

—¿Sucursal?

Señala alrededor.

—Esto de aquí es todo un país. En derredor, a cuatro o cinco kilómetros unos de otros, se han construido o se están construyendo cientos de campos de hombres y de mujeres. Auschwitz mismo es solo el centro. La capital. Y no es el único en esta región. El otro se llama Gross-Rosen. Hay muchos países *lager* como este.

—Al bajarnos del tren nos han dividido en dos grupos. Los otros han tenido que venir en camiones. ¿No los has visto?

Una extraña sonrisa de pena aflora en el hundido rostro.

—¿El otro grupo formaba fila a la izquierda?

—Sí, dijeron que vendrían en un camión.

El del traje a rayas alza su escuálida mano y señala en la distancia.

—¿Ves aquellas chimeneas? Allí está Birkenau. La ciudad de los crematorios. Y el humo aquel, pues son ellos. Los de la fila de la izquierda.

Sí, quizá esté preparado para una cosa así. En casa había leído historias macabras sobre cámaras de gas y crematorios a montones. Pero esto es diferente. No son lecturas ni rumores. No es una amenaza lejana, sino la realidad, alzándose frente a mí. Una realidad cercana. A menos de doscientos metros. Su humo me invade la nariz. Quizá por eso me quedo mirando petrificado al pequeño francés tísico.

Todo esto es indudable y, sin embargo, increíble. Cae un sol de principios de mayo, la mañana rutila, la gente se mueve, y el cielo se extiende con un vigor juvenil sobre mí. No obstante, la realidad es aquello, aquel humo sucio que se arremolina a doscientos metros. Pienso en la chaqueta de pana amarilla de Kardos, el cardiópata de Szeged, y en sus brillantes gafas; en Weisz, el librero cojo; en el profesor Waldmann y en los demás que esperaban los camiones en la plaza rectangular, a la sombra de torres de vigilancia y soldados de las

SS, que sonreían lóbregamente. Fue hace menos de cuatro horas.

El francés mira hacia el suelo. Saca un pitillo roto y recoge el tabaco con infinita cautela. Lo divide en dos partes y lía con ellos dos finos pitillos. Me extiende uno. Me invade una profunda gratitud, ya he aprendido lo suficiente para saber lo mucho que vale aquí el tabaco. Le aprieto la mano en silencio. Los dos apartamos la mirada de la nube de humo que sigue arremolinándose.

Da una honda y jadeante calada al cigarrillo.

—Aquellas chimeneas no dejan de vomitar el sucio humo día y noche —dice en voz queda—. A escala industrial. Si un día alguien escribe lo que está pasando allí, lo tendrán por loco o por un perverso mentiroso. Solo hace falta imaginárselo: desde hace meses, años, van llegando cada día, cada hora, trenes sellados de todas partes de Europa. A los que han sobrevivido al viaje les mandan formar filas en la plaza de la muerte delante de la estación. Como a vosotros. Es posible, incluso muy probable, que en este mismo momento ya haya otros formando en el mismo lugar. Seleccionan a ojo a los que parecen más débiles y mayores, y los sitúan a la izquierda. Y luego incluso les dicen la infame mentira sobre los camiones. El que se deja engañar, allá él. Se lo ha buscado… *Tu l'as voulu, Georges Dandin*… —Se pone a cuchichear y mira alrededor. Le da una honda calada al escuchimizado pitillo, y entre sus exangües labios las ascuas resplandecen furiosas—. Los camiones van directos a Birkenau. Empieza igual que aquí: con el baño. Todo está planeado con sistematismo alemán. «*Es muss alles klappen*», todo ha de funcionar a la perfección. Lo llevan en la sangre. Hay que evitar que cunda el pánico, y para conseguirlo montan todo un espectáculo. Primero, desnudan a los pobres desgraciados. Como ahora a vosotros. Los afeitan y desinfectan. Ellos creen que se dirigen a las duchas. Incluso les dan una pastilla de jabón. También los empujan a través de una puerta. De pronto, se encuentran en una sala de baños. Pero los rociadores, en vez de agua, esparcen gas. Y eso es todo. A continuación ya no queda otra cosa que el crematorio —prosigue—. Y mientras tanto, los trenes no paran de correr hacia Alemania con ropa de mujer, hombre y niño. Y muchas otras cosas. De los huesos fabrican cola, del cabello, colchones o almohadas. Aquí hay montones de pelo infantil. Germanos elevados a la enésima potencia del nazismo. Ahora están en su elemento. Hitler conoce a la perfección el mundo de los instintos que ha alcanzado con sus «métodos», las capas del subconsciente que ha liberado. —Vuelve a toser y a escupir. Es sangre—. Yo he trabajado en Birkenau. Aunque no en la zona interior de los crematorios, claro está. Los *häftling* no pueden ni acercarse, y si a pesar de todo alguien es invitado a entrar, jamás sale. Hasta el momento, tres millones de cuerpos humanos se han convertido en humo. Es un milagro que las

máquinas aguanten. Por fortuna, estos complejos equipos son fiables. A la industria de maquinaria alemana ya la conocemos bien… Productos singulares de empresas ilustres. —El pitillo le quema las uñas. No quedarán en él ni cinco briznas de tabaco. Lo guarda con esmero en una caja de tabaco de hojalata. Se percata de que estoy tiritando—. No temas —dice—, en esta zona no hay de qué temer. Esto de verdad son duchas. Y nada más salir os ponéis en camino. Lo sé. Trabajo aquí. ¡Suerte!

El francés se va. Llega mi turno. Los verdugos me agarran con violencia, se me saltan las lágrimas de rabia. Las maquinillas desafiladas me van arrancando los pelos uno a uno. Nos afeitan al tres, y en el centro de la coronilla nos surcan una raya extra con las cuchillas al cero.

El cuarto inquisidor grita:

—¡A abrir los morros!

Entendámoslo bien. No la boca, los morros.

Una linterna ilumina intensamente la cavidad bucal. A la meticulosidad nazi no se le escapan los más nimios detalles. Nos encontramos en una estación fronteriza, y nada de nuestras vidas anteriores debe pasar a la nueva. Al fin y al cabo, el *häftling* es capaz de esconder objetos de oro minúsculos o piedras preciosas hasta —*horribile dictu*— en su cavidad bucal.

Por fin. Por fin la sala de baños. Duchas alineadas en largas filas paralelas. Esperamos el agua caliente. En su lugar, de pronto, un fuego líquido nos cae por el cuerpo. El agua es insoportablemente caliente. Intentamos huir gritando en todas direcciones, pero el líquido infernal lo invade todo, dejando dolorosas quemaduras sobre la piel. Aún húmedos, nos empujan hacia la siguiente sala. Allí hemos de pasar entre una doble fila de *häftling* cargados con indumentos. Uno nos arroja unos calzoncillos de una áspera tela azul oscuro, otro, una camisa de las mismas características, y un tercero, unos pantalones de prisionero a rayas, ya lo conocemos bien, mientras que su vecino nos lanza una chaqueta. Lo hacen todo con tal rapidez que apenas logramos agarrar las prendas. El quinto nos encasqueta un gorro, y el siguiente, literalmente nos da un golpe en la cabeza con los deformes y desparejados zuecos de madera. Al llegar a la puerta, nos arrojan unos cordones para los zuecos, y ya estamos al aire libre, al otro lado del barracón.

Producción de esclavos a escala industrial. Por un extremo se empuja al hombre y por el otro sale el *häftling*.

5

Nos apremian sin cesar para que sigamos adelante. Me echo encima los andrajos tiritando, mi cuerpo aún gotea. Hace una hora todavía llevaba unas buenas botas, pantalones de montar y zamarra, y ahora tengo los huesos ateridos de frío. Aún hace fresco, y el viento agita la fina y holgada tela. Mis zuecos, pesados por el fango, repiquetean espantosamente; camino arrastrándome, con paso de preso. En cuestión de minutos me he convertido en uno.

Ya vamos a rayas, como los otros, y proseguimos así la marcha. Nos miramos el disfraz de arriba abajo extrañados y con una sonrisa retorcida y boba. Después de diez minutos avanzando por tortuosas calles de barracones, nos detenemos delante de un edificio de madera de varios pisos. Ante nosotros, un poste eléctrico con una señal: BLOQUE XIV.

Una mujer entrada en años y con el pelo teñido de color paja está acodada en una ventana. En este barracón viven mujeres, las únicas entre los habitantes de esta ciudad de hombres. Sin duda, la prostituta más miserable de todos los tiempos es la furcia de Auschwitz. Se trata de un burdel.

Sí, de nuevo la meticulosidad. Las mujeres son de las más diversas naciones, y desde luego no están aquí para complacer a los *häftling* judíos comunes, sino para que dispongan de ellas los soldados de las SS y, en ocasiones, sus veteranos esbirros procedentes de los bajos fondos, que han conquistado ciertos derechos civiles dentro del campo. Lo mismo pasa con los cines, de los que también hay unos cuantos, destinados a entretener a los elegidos, en la capital de Muertelandia.

La mujer color paja examina a los recién llegados con semblante serio y curioso. De pronto, desaparece de la ventana y tras unos instantes vuelve a acodarse. Entonces ya sostiene un cigarrillo encendido. Le da unas caladas y, acompañándolo de una mirada elocuente, lo deja caer lenta y cuidadosamente. Justo a mis pies.

Un cigarrillo. Otra vez un cigarrillo. Un mensaje de humanismo en ese mundo inverosímil. Nuestras miradas se cruzan. Recojo la pieza de tabaco encendida y, sin saber yo mismo por qué, le digo en húngaro:

—Gracias.

Tengo la impresión de que lo ha comprendido.

Desde la esquina llega gente cargada con cestas. Víveres. El primer bocado en Auschwitz. Mi paladar aún conserva el sabor del pan de

Bácska, y contemplo con repugnancia el insípido pan de salvado, una masa gris como el polvo y pesada como el lodo, el manjar objeto de deseo en las ciudades de la muerte alemanas. Nos dan la ración de dos días. El amigo francés tenía razón, enseguida nos meten en vagones. Continuamos el viaje. Nos reparten también ciento cincuenta o doscientos gramos de chorizo de caballo y una doble ración de margarina. No serán más de cincuenta gramos. Huelo el chorizo y, como apesta, cometo la irresponsabilidad de tirarlo. No tengo dónde meter la margarina, me pringa las manos, así que termino desechándola también.

Reanudamos la marcha. Desde que llegamos no hemos tenido ni un minuto de descanso. Los zuecos de madera son pesados y dolorosos, como las esposas. La constante angustia y el agotamiento físico y emocional dejan caer una cortina de niebla ante mis ojos. El primer día en Auschwitz está declinando para dar paso a una noche fresca, y nosotros seguimos caminando. Trato de adivinar la razón de las prisas y el hostigamiento. ¿Acaso la metrópoli de barracones está ya abarrotada y no hay sitio para nosotros ni para una sola noche, o es que en otro lugar hay necesidad acuciante de nuevas bestias de carga?

Atravesamos unas interminables hileras de casas de madera. Forman calles por las que hay un tráfico intenso. Gente en trajes de preso y zuecos de madera, con minúsculos triángulos de distintos colores en las chaquetas. Bajo el triángulo, la personalidad robada, y en lugar del nombre hurtado, el número de *häftling* recibido en bautismo. El color del triángulo indica la nacionalidad del preso. Asimismo, los internados políticos de nacionalidad alemana, los criminales comunes también «nacionales» o los homosexuales lucen distintos colores. Auschwitz se ha convertido en uno de los principales puntos de recogida también de estos grupos. Abundan las prendas civiles afeadas con manchas de pintura y la inscripción OST en la pechera o la parte de atrás.

En el peldaño inferior del escalafón del infierno están naturalmente los judíos con el triángulo amarillo. Son los más numerosos y constituyen el proletariado del campo. Aquí, a la capital, han arribado antes no judíos, alemanes, polacos, franceses, holandeses, griegos y de otras nacionalidades, que judíos, en especial no polacos, y es que la formación de la aristocracia del campo se lleva a cabo conforme al orden de llegada.

Sobre esta población de parias, salida de la peor pesadilla, las chimeneas de Birkenau no paran de vomitar el sucio humo marrón. En la ciudad crematorio no se conoce la interrupción del trabajo. Desde hace años se viene arrojando el gas tóxico día y noche, los hornos calentados hasta ponerse al rojo vivo tiemblan, montes de carne ardiente lanzan chispas tiznadas. No hay manera de escapar del

espectáculo, estamos obligados a verlo todo el día. Menos mal que ya apenas se distingue algo; los funestos contornos de la fila de chimeneas se los mete en su alforja un bendito recién llegado, la noche.

Avanzamos a trompicones por los altibajos de las campiñas a lo largo del terraplén en una prolongada y desordenada fila. Nuestros guardias nos rodean de cerca, desde la distancia nos deslumbran los faroles de la torre de vigilancia. A lo lejos, sobre el terraplén envuelto en la oscuridad se divisan los contornos de un largo convoy.

En cuestión de minutos, nos hacinan dentro. De nuevo somos sesenta en un vagón. Una delgada capa de húmedas virutas cubre el suelo. Solo hay espacio para acurrucarnos unos junto a otros. Esta vez no sellan el coche, en cambio, entran dos vigilantes con ametralladora. Los más inocentes intentan entablar conversación con ellos.

—*Maul halten!* —gruñen en respuesta.

En medio del vagón hay una mugrienta caja de madera. La letrina. Es tan repugnante que dan ganas de vomitar. Reina una oscuridad negra como la pez, solo la linterna de los grises titila. Partimos.

Este viaje no resulta menos penoso que el primero. Tirito en los trapos ligeros y contemplo ávido las ascuas que bailan en la punta ardiente del cigarrillo entre los dedos del guardia. Aparece también el hambre. Le doy un mordisco al pan, que hasta ahora había estado sujetando rígidamente. Me gusta.

Tratamos de dormir arrimándonos unos a otros, pero en vano. A mi lado está Hauser, acuclillado. Nos licenciaron hace dos meses al mismo tiempo, habíamos hecho trabajos forzados. Él también saca su pedazo de pan, aún conserva su ración de margarina.

Después de Auschwitz y Birkenau, de haber sido despojados del nombre y del yo, sin saber de dónde venimos ni adónde nos dirigimos, el fantástico viaje nocturno se me antoja insoportable. Más insoportable incluso que el anterior. Los de las metralletas se alzan negros ante la puerta abierta. ¿Escurrirme entre ellos y salir a la oscuridad? Es una idea pasajera, pero tentadora como el opio. Un flotar momentáneo, y luego adiós a todo. Hauser está pensando en algo parecido. Me dice en un susurro:

—Habría que saltar. ¿Por qué no lo intentamos?

—Estás loco —le contesto—, ¿quieres huir o estirar la pata? Y con este disfraz es imposible huir.

—¿Quién quiere huir? Morir, morir…

Llora. Mastica maquinalmente.

—Para morir siempre tendrás tiempo —le digo, aunque mi voz no me suena convincente ni a mí mismo.

—Dime, ¿se puede soportar algo así? —pregunta.

—No.
—¿Entonces?
—No se puede, pero se debe.
Hauser calla. Por fin el cansancio se apodera también de mí, y una inquieta duermevela me entumece. A cada rato me despierta gente saltando sobre mi cuerpo a trompicones. La letrina en el centro del vagón está ocupada en todo momento. El pan de salvado al que no estamos acostumbrados y el chorizo de caballo podrido provocan diarrea. De cuando en cuando, un profundo letargo se adueña de mí; ojalá me durmiera para siempre. Pero no es posible. Sobre mi pecho baila un agudo frío nocturno.
¿Cuánto tiempo dura el viaje? ¿Dos horas? ¿Cinco? Por las puertas abiertas se cuela el alba. Atrás queda la llanura, traqueteamos entre laderas pobladas de bosques. Los guardias nos observan vigilantes e inmóviles. Ellos tampoco han dormido, fuman cigarrillos, en pipa, se han pasado toda la noche conversando entre dientes. Ahora rebuscan en sus sacos para encontrar comida. Sacan un pedazo de pan igual al nuestro. Los untan cuidadosamente con una fina capa de margarina y beben de su escudilla.
Una maraña de cables eléctricos corre junto a nosotros. ¿Dónde estaremos y qué hora será? Hace tiempo que partimos de Auschwitz, pero el tren avanza muy despacio. Del paisaje se ve poco, está estrictamente prohibido acercarse a la puerta. Otra vez es la minúscula ventanilla con rejas la que nos ofrece cierta vista, igual que ayer —hace un año, hace cien años—, de camino desde casa a Auschwitz.
El viaje se me antoja una eternidad. Estoy deseando llegar a donde sea, en las condiciones que sean, pero llegar ya, tumbarme en algún lugar y librarme de mí mismo de alguna manera, como de un mal abominable.
De súbito traqueteamos sobre unos cambios de vías, como tantas veces, y el tren empieza a frenar. Hemos llegado. Hemos llegado a alguna parte.
En efecto. La locomotora se detiene jadeando, nuestros hombres de metralleta se bajan de un salto. Nos agolpamos ante la puerta, embebiéndonos del mundo exterior. Fuera, un diminuto edificio de una sola planta: Mühlhausen.
Detrás, delante y alrededor se levanta un tupido bosque vestido de verde oscuro, y a lo largo de los tres pares de vías, resplandecientes montículos de carbón, un espectáculo insólito y bello. El sol cae desde atrás, a través de una infinita cortina de follaje, sobre las miríadas de partículas de carbón. Aquí también hay un enredo de cables eléctricos.
La pequeña estación de montaña está completamente desierta. En una de las vías hay unos cuantos vagones de mercancías, que parecen

llevar olvidados allí desde hace años.

—Baja Silesia. —Se corre la voz de boca en boca—. Región de canteras y de minas de carbón.

Echamos a andar hacia un calvero cercano en escuadras de a cinco. Nos alineamos formando un cuadrado sobre la hierba creciente, el arcilloso lodo pegado a nuestros zuecos pesa como plomo. Nos esperan. En un rincón de la explanada hay unos soldados de las SS plantados ante dos mesitas. Alrededor, otra multitud de oficiales. Nos examinan con desparpajo, como los chalanes a los caballos en la feria. Gesticulan, señalan hacia nosotros.

Sigue un breve procedimiento. Hemos de desfilar ante las dos mesas. En una de ellas nos cuelgan en el cuello un medallón de cartón unido a un tosco cordón; en la otra, tenemos que dictar el número impreso en el cartón.

33031. Es el número que me dan. Y, a partir de ahora, yo no soy yo, sino 33031. Mucho más un simple número que un preso condenado a cadena perpetua, cuyo nombre y bienes muebles aún se conservan en los registros de las oficinas del presidio.

Nunca me han gustado los números. No creía en su magia. Mi medida de valor eran más bien las palabras. Mi memoria numérica es tan débil que he olvidado mil veces mi propio número de teléfono. Ahora, sin embargo, se me graba en cuestión de segundos para siempre el único signo distintivo de mi futura existencia. El nombre y el apellido, pretenciosos datos del libro de familia, o los cariñosos apodos que usaban mi madre y mi novia para dirigirse a mí, quedan hundidos en la nada. De ahora en adelante, me llamarán «*Dreiunddreissignulleinunddreissig*». Es lo único que me distingue del 74516 o del 125993.

La siguiente estación: un enorme antro vacío. Una especie de taller abandonado. Y aquí también mesas con oficiales. Nos mandan quitarnos los andrajos. Subimos desnudos a una plataforma y damos una vuelta completa, como maniquíes. Junto a la mesa, un médico de las SS nos va clasificando. El reconocimiento médico aquí tampoco consiste en otra cosa. Dicho sea de paso, en lo sucesivo no experimentamos ni una sola vez que esa clasificación tenga consecuencias o deje alguna huella.

Tras el alistamiento nos ponemos la ropa acuciados y extenuados. Vuelta al calvero. Ha pasado el mediodía, y desde anteayer todo mi alimento ha sido un mendrugo de pan de salvado. Me atormenta el hambre, me tambaleo por la inanición. Hasta hoy sigo sin comprender cómo después de todo eso fui capaz de aguantar los veinte kilómetros de marcha forzada cuesta arriba que teníamos por delante.

Partimos a breves intervalos, divididos en grupos de doscientos. Depende del puro azar a qué unidad me van a destinar y al personal

de qué campo de la muerte voy a pertenecer.

Cuidadas sendas forestales y grupos de casas aquí y allá señalan que hemos llegado a una aldea. Las aldeas aquí no se componen más que de unos pocos edificios bien lejos unos de otros y alguna que otra fábrica o mina, pero la caja de ahorros, la fonda, la botica y la sede de los nazis locales, emperifollada con un sinnúmero de carteles, banderas y arbustos plantados en barriles, no pueden faltar en ninguna. Nuestros nuevos vigilantes de Mühlhausen ya no son los de las SS con metralletas. Los que aguijonean la marcha que avanza tambaleándose penosamente y languideciendo son soldados rasos ya algo mayores de la Wehrmacht, enfundados en gastados uniformes de un verde desteñido. No hay descanso, los alemanes están frescos. No así nosotros. Los zuecos de madera me hacen sangrar los pies cubiertos de heridas, la áspera superficie se me clava en los tobillos a cada paso que doy.

—*Los…! Los…! Bewegung!*

A cada rato suenan aguijonazos. Al final de nuestra fila se oye un gemido animal. La voz primero grita, luego prorrumpe en quejidos. Hacen entrar en razón con la culata a alguien que se detiene para quitarse las botas pegajosas por la sangre. Las fuerzas se nos están agotando a todos. Otra vez tenemos la impresión de que este penoso camino no acabará nunca.

A ambos lados de la carretera dejamos atrás algún que otro campo. Todos tienen un aspecto espantosamente idéntico, con las tiendas redondas pintadas de verde, la torre de madera con los vigilantes armados; fuera de la alambrada, las barracas de los guardias, varios *häftling* moviéndose con lentitud vacilante, un centinela alemán fumando en pipa, y encima de todo eso, el cielo de Silesia, agitado por el constante ir y venir de las nubes —todo desoladoramente idéntico en todas partes.

El camino desemboca en la pronunciada pendiente de una colina. Por la ladera de la loma, de unos treinta o cuarenta metros de alto, se mueven unos hombres en ropa con rayas azules. Como nosotros. Cavan con picos y palas un surco de arcilla amarillenta en el monte. Desde el fondo de los hoyos arrojan la pesada tierra fangosa en unas vagonetas de hierro con forma de artesa. Otros empujan los carros con esfuerzo cuesta arriba. Cargan con barras de hierro, ruedan piedras. Sobre otro altillo a la izquierda, las familiares tiendas verdes. Aún más arriba, una torre de madera con vigía y metralleta. Los carros de hierro chillan encrespados, en la distancia traquetea una hormigonera invisible. Gritos prolongados:

—*Los…! Bewegung…! Los…!*

Parece que hemos llegado.

6

La localidad en cuyo territorio está ubicado el campo se llama Eule. Es considerada el punto más pintoresco de la Baja Silesia. Pese al carácter minero de la región, en sus alrededores abundan los sanatorios de montaña. En su día era el refugio para los enfermos del corazón durante los días de bochorno veraniego. Aquí el tiempo suele ser fresco, caravanas de nubes filtran en todo momento el calor del sol. Bien abrigado y provisto de nombre, dinero, cigarrillos y un periódico no debe de estar nada mal ser huésped de alguno de sus balnearios.

Todo esto lo sabemos por los que llevan ya tiempo aquí. Nuestro campo está en construcción, somos el tercer transporte. Encontramos a unos pocos cientos de habitantes. La novena parte son griegos, el resto, holandeses, franceses y polacos. Hay unos cuantos de Budapest. Naturalmente, todos son judíos.

La jerarquía del campo, por el momento poco desarrollada, se ha configurado según la distribución nacional de los presos. El *lagerältester* es un judío francés, bajo y de hombros estrechos, pendenciero y soberbio. Él sí tiene nombre. Se llama Max y, según cuentan, en París era propietario de un local nocturno de irreprochable mala fama. Es el señor absoluto del campo. Un señor siniestro, cruel y caprichoso. El silbido de su fino bastón es tan terrorífico como el látigo y el revólver del suboficial de las SS.

Michel, el escribiente, es de Ámsterdam. Aquí operan tres empresas. La compañía de construcción civil Georg Urban S.A., de Waldenburg, realiza principalmente labores de transporte de arena, Kenma S. A. construye túneles, mientras que Baugesellschaft, compañía de construcción de barracones, se encarga de levantar, con la mano de obra de los *häftling*, la extensa ciudad de barracones concebida según los planos. Toda la aristocracia local está constituida por los tres *kapos* de las empresas y unos pocos *blockälteste*. Aparte, desde luego, del *lagerältester* y del escribiente. Cocina no hay, así que tampoco hay aristocracia de cocina. Por el momento faltan también los mandamases sanitarios. La sopa la traen unos camiones en calderas térmicas desde un lugar desconocido.

Nuestra llegada no causa mayor revuelo. En la pendiente, los esclavos nos echan un vistazo fugaz, sus ojos reflejan un desdén apagado. El jefe de los guardias entrega al flaco decano del campo una lista. Este lee en voz alta los números. Arriba en la colina, las tiendas expuestas al viento nos esperan vacías. Es la primera vez que veo de

cerca una instalación así. Son tiendas redondas, de un plástico parecido al cartón piedra. Por dentro, a lo largo de la pared corre un suelo de tablones dividido en veinticuatro triángulos agudos alrededor de un círculo cubierto de tierra y semejante a la pista de un circo. La superficie de los triángulos es la justa para que una persona enjuta de carnes pueda acaso tumbarse en ella. Y, aun en ese caso, los «inquilinos» estarían obligados a hacinarse como sardinas en lata. No obstante, nos arrean en grupos de treinta a las tiendas. Ni hablar de un descanso relajante.

Llevamos adentro las virutas que sirven de lecho. En los campos de la muerte las virutas son los sucedáneos de la paja. Nunca he visto paja en ellos. Es un forraje muy apreciado por estas tierras pobres, arcillosas y sódicas. Nos entregan dos balas de virutas por tienda, lo justo para espolvorear con ellas la húmeda lámina de madera. Nada más tender unas delgadas mantas de algodón sintético sobre el miserable lecho, suena por primera vez la temible palabra que tantas veces nos pondrá el exhausto corazón en la garganta:

—*Appell…!*

Appell significa «¡A formar!», es una orden, una distribución del trabajo, un informe, una amonestación, un juicio penal y la ejecución de una sentencia, todo condensado en una misma expresión y en un mismo acto. El *appell* tiene lugar por lo general de madrugada, antes de ir al trabajo, así como por la tarde, al regresar. Por lo general. Pero casi a diario durante las horas de descanso que tenemos a nuestra disposición antes del toque de retreta suena también la oxidada barra de hierro colgada de un árbol: la campana del *lager*. Indica un *appell* extraordinario. Nunca podemos saber cuántas horas habremos de pasar esperando de pie, extenuados, bajo el viento y la lluvia, en posición de firmes y, sobre todo, sin saber en qué momento seremos testigos, o quizá cómplices, de la emisión o ejecución de una sentencia de muerte.

Nos alineamos para el primer *appell* sin sospechar nada. Formamos un gran cuadro ante las tiendas. Los presos que llevan más tiempo allí se colocan en distintas columnas, según las empresas. A un extremo está el pequeño grupo de limpiadores del campo. En el centro del cuadro humano, el *lagerältester* y el escribiente. Los *kapos* de empresa corretean pavoneándose ante sus columnas y enderezan las filas a porrazo limpio. Los hombres hambrientos y agotados hasta casi perder la conciencia lanzan miradas de entumecido pavor hacia el centro. El *lagerältester* grita a voz en cuello:

–*Achtung! Schmützen ab…!*

La muchedumbre adopta una rígida postura de firmes. Los redondos gorros de preso salen volando de las cabezas rapadas acompañados de los movimientos reglamentarios. El comandante del campo sale de su

barracón.

Es un suboficial de las SS. Tendrá unos cuarenta o cincuenta años. Tras los *appell* vespertinos saca su violín para tocar, titubeante y en tono áspero, melodías sentimentales a los astros que lo escuchan. Hasta el momento ha matado a palos durante los *appell* a veintidós personas y a nueve a tiro limpio, a la vista de todos. Es un teutón membrudo, de acuosos ojos azules, rubio y con gafas. Y posee un matadero en una pequeña ciudad de Pomerania. Ahora es su mujer quien lleva la tienda. ¡Qué remedio!, hay una guerra, y el deber está por encima de todo…

Un revólver le abulta sobre el cinturón, debajo se esconde el látigo. Se pone en el medio y hace una señal al escribiente y al *lagerältester*. Erguido y con sus subalternos pisándole los talones, desfila ante las columnas. Pasa lista de cinco en cinco y arrea un ligero golpe con su látigo sobre los hombros del primero de cada quinteto.

Esta vez no falta nadie. Dios y todos los diablos nos guarden de que no sea así. A continuación, ya solo sigue la tortura de la Inquisición. El *lagerältester* echa un vistazo al folio que lleva en la mano y grita:

—¡21825!

Alguien sale de la fila y se dirige arrastrando los pies hacia el centro. Sus lánguidos pasos personifican la resignación encorvada. Sabe lo que le espera, pues la amonestación por lo general se produce como consecuencia de una denuncia por parte del capataz civil o del guardia de las SS.

—Cerdo judío, entre las diez y doce y media has faltado al trabajo. ¿Dónde te has metido? ¿Qué te crees, que os cebamos a cambio de nada?

No se oye la respuesta, solo el chasquido del látigo. Es el calentamiento.

El 21825 ha de ponerse a gatas. Esto, dicho sea de paso, es pura formalidad, mera tradición, porque la mayoría de los golpes se asestan en la cabeza.

—Cincuenta —deja caer el violinista.

El *lagerältester* ejecuta la sentencia. El carnicero de Pomerania no se ocupa de nimiedades, pero supervisa escrupulosamente, y es que el *lagerältester* pone toda la carne en el asador. Tanto más porque si el dios del campo sospecha alguna engañifa, es frecuente que la ejecución de la sentencia continúe sobre la cabeza del verdugo.

Ya al tercer golpe, 21825 se derrumba cuan largo es. Al principio brama sin freno, como un animal, pero al vigésimo golpe la repugnante voz se convierte en un gemido. El vigésimo primero, el vigésimo segundo y el quincuagésimo caen ya sobre una masa inerte. El *lagerältester* hace una señal, tres personas del grupo de los limpiadores salen de la fila y se llevan a rastras a la víctima.

—¡27111! —se oye de nuevo en el trémulo silencio.

Sale el siguiente. Otra lluvia de golpes. Toma forma en mi interior la escena del falansterio de la *Tragedia del hombre*. Es lo mismo y, sin embargo, ¡menuda diferencia! El viejo del falansterio solo obliga a arrodillarse sobre guisantes; el pomerano de gafas asesina. Madách solo soñaba, Hitler vuelve el sueño realidad.

El látigo chasquea sobre el cuerpo de tres víctimas más, luego se da por terminado el *appell*.

Me tambaleo mareado. Siento náuseas. La cola para obtener el rancho diario: pan y una cucharada de mermelada acidulada. Nosotros, los nuevos, no recibimos sopa, aún no han avisado a la cocina. Devoro el pan en unos pocos bocados; después, el hambre resulta aún más atormentadora. En los campos de la muerte hay dos cosas desconocidas: la sonrisa y la saciedad.

Nueve y media de la noche. Falta media hora para el toque de retreta. Nos presentamos apáticos ante las tiendas. Entre los escasos veteranos de Pest está aquí el hijo del judío János Vázsonyi, antiguo ministro de Justicia de Hungría, que en su día también hizo una incursión en la política práctica, con poco éxito, pero con ambición tenaz. Creo recordar que una vez nos presentamos en alguna cena social.

En su macilento y hundido rostro la eterna y ligera sonrisa se ha quedado petrificada convirtiéndose en una mueca dolorosa. A todas luces está moribundo, aunque lleva aquí solo unas cuantas semanas. Se rumorea que ha intentado suicidarse tres veces. Fumador empedernido, le cuesta sobremanera soportar la privación de nicotina. Con un ansia loca, no para de fantasear sobre montones de cigarrillos y tabaco en abundancia. Solo consigue recuperar su condición humana al agenciarse, de cuando en cuando, alguna que otra colilla o unas hebras de tabaco. En esas ocasiones reúne a su alrededor a los húngaros y emprende una larga disertación, que siempre termina con un acorde optimista:

—Ya no van a poder aguantar más de un par de semanas. No, de ninguna manera. En cuanto empiece la invasión, les espera un colapso vertiginoso. La liberación está cerca, ya veréis, nos iremos a casa.

Ahora dice algo parecido. En su enflaquecida y temblorosa mano arde la barata colilla de un Caporal. Hoy un prisionero de guerra inglés le ha regalado un Caporal recién encendido en la estación, donde ha trabajado, en un grupo de cargadores de vagones. Nos relata su buena fortuna con gestos amplios y vivos. Está feliz.

Nosotros, los recién llegados, nos afanamos ya en las tiendas de campaña, preparando las yacijas. Los de Zombor, Szabadka y Újvidék se dirigen a las tiendas compartidas. Aparecen el *lagerältester* y el escribiente. Se interesan condescendientes por las noticias del frente.

Más tarde, el escribiente golpea una barra de hierro que resuena con un repique áspero y, de pronto, la inmóvil noche de los esclavos se cierne sobre nosotros.

7

Cuatro de la madrugada. Una patada en la pared de la tienda:

—*Auf!*

Los encargados de despertarnos corren por las tiendas a grito pelado. El escribiente golpea furioso la barra de hierro colgada de un árbol. Los esclavos, aún ebrios de sueño, se levantan de un salto. Aquel que la noche anterior se ha despojado de los andrajos a rayas, ahora se los pone a toda prisa. Las posibilidades de aseo son mínimas. Los escasos grifos que hay en el patio se ven asediados por cientos de personas, pero solo unos pocos logran humedecerse las manos y la cara con la gélida agua. Beber agua, dicho sea de paso, está tajantemente prohibido, ya que está contaminada. Como en todos los campos, sin excepción.

Un nuevo repique hace de preludio del *appell* matutino. Hay que apresurarse porque el que no se haya puesto en la fila durante los segundos posteriores a la orden se juega la vida. Perderse el *appell* es uno de los pecados más graves, muchas veces castigado con la muerte.

Es difícil imaginarse algo más desesperanzador y deprimente que el despertar a tan tempranas horas de la madrugada en circunstancias tan míseras. La certeza de la llegada de otro día infinito, repleto de tormentos y peligros, hambre y latigazos, mugre y piojos, le llena a uno a cada instante de la exacerbada ansia por perecer. Acabar con todo, de nuevo esa cantinela en nuestras aturdidas conciencias. Y eso que estas son madrugadas primaverales. Más tarde, en medio de la desesperación de los aún más desoladores amaneceres de noviembre y diciembre, el *häftling* recordará los de ahora como unos alegres entrenamientos matutinos. Porque ahora, pese a todo, hay esperanza de que, aunque sea durante unos minutos, horas o días, salga el sol y recorra nuestros trajes de lienzo espolvoreados con escarcha.

Pero ¿quién pensaba entonces en los amaneceres de noviembre? Aquello era más que suficiente. Apurábamos los tormentos del presente, no podíamos ni imaginarnos que pudiera sobrevenir algo aún peor.

No hay desayuno. Solo se oye la voz de los superiores, los *kapos* de empresa arrastran a las filas a sus hombres atormentados por una tos asfixiante. Me levanto más cansado que al acostarme. La dura yacija con virutas no permite el descanso, y el estómago vacío nos hurta el sueño.

En torno a la letrina, espantosamente mugrienta, el estiércol se va

acumulando hasta formar un charco hediondo. Los que hacen sus necesidades se pringan unos a otros en la ciega oscuridad. En el repugnante lago chapotean unas sombras que maldicen, se empujan y suspiran. En alguna que otra mano arde una colilla. Los demás no le quitan ojo a la ínfima colilla que se consume y suplican por poder darle una calada. Los fumadores, acuclillados sobre el estiércol con la soberbia del propietario, gimen y dan profundas y ávidas caladas. En Auschwitzlandia, lo primero que decae es el instinto de la repugnancia. Los más frugales, que aún conservan el mendrugo del día anterior, venden los bocados a cambio de caladas. Se realizan intercambios apresurados, el del pan traga el humo sediento y el fumador mastica el trozo de pan aún en cuclillas.

Se oye el grito del *lagerältester*:

—*Antreten!*

Comienza la carrera. En la gélida madrugada nos alineamos a una velocidad increíble. Nosotros, los nuevos, nos situamos en una columna aparte. Llegan unos civiles acompañados por el jefe del *lager*. Son los capataces de los empresarios esclavistas. Empieza la selección entre los recién llegados. Aquello se parece ostensiblemente a un mercado de esclavos.

Cada empresa solicita un número determinado de esclavos. Cada una trata de acaparar, por un lado, a los más vigorosos; por el otro, a los que hablan alemán. La más terrible de entre las tres empresas es la Kemna, y no solo por sus encolerizados esbirros civiles, de cuyas atrocidades nos han contado historias espeluznantes, sino también porque es la empresa dedicada a excavar túneles. En nuestra situación, excavar es lo peor de lo peor. Por el momento, la Urban S. A. se encarga de las labores sobre suelo, como cavar, picar piedra o colocar rieles industriales, pero pronto también esas obras acabarán bajo tierra. Según los veteranos, la mejor, en comparación, es la Baugesellschaft, la compañía que construye los barracones. En parte porque el lugar de trabajo es el propio territorio del campo, así que a la faena diaria no se le añade una caminata extenuante de varios kilómetros hasta el lejano trabajo y otra de vuelta al campo. De modo que, naturalmente, también los veteranos aspiran a ser admitidos en la Baugesellschaft. Así pues, nosotros llevamos una considerable desventaja; los recién llegados son solicitados por la Kemna y la Urban. Consigo librarme de la Kemna, y a partir de entonces soy parte de los esclavos de la Georg Urban S. A. La empresa paga por mi trabajo dos marcos diarios al Estado de Hitler que, por su parte, costea mi «manutención» e «indumentaria», y yo no me hago ilusiones al respecto de que por ese dinero tengo que dejarme la vida.

Los esclavos de la Urban S. A. se alinean por separado, y los *kapos* rasos seleccionan a sus grupos. Hoy se crean nuevas secciones para los

nuevos lugares de trabajo. Acabo en una de ellas al azar. Los grupos de veinte o veinticinco personas, acompañados de un guardia de las SS y un maestro civil, se dispersan a los cuatro vientos. Tengo suerte, mi lugar de trabajo no está lejos. Acarreo raíles ferroviarios industriales. Nos colocamos en el cuadro formado por rieles de hierro en forma de cruces, y cuando el *kapo* suelta «arriba», los levantamos o cargamos con ellos. Son insólitamente pesados. Los metros se alargan sin fin, y los griegos, junto a los que camino bajo el mismo yugo, zanganean. De pronto me doy cuenta de que, tras hábiles maniobras, han conseguido que yo lleve el peso de dos. Cada instante tengo la sensación de que mi brazo se ha separado de mi cuerpo, sigo llevando la carga con el rostro enrojecido, mareado y con los ojos nublados.

Esta es mi iniciación en Eule.

8

Se suceden catorce días de calvario. Mi vieja vida, el mundo más allá de la alambrada, me parece un bello e inverosímil sueño soñado antaño. Quizá ni siquiera en esta vida. Me toco la cara, no necesito espejo para ver lo demacrada que está. Mi piel es flácida, el organismo consume cada gota de grasa. Camino arrastrando los pies y, como los demás, me lanzo cual fiera sobre una sopa marrón negruzca, llamada «búnker». El hambre constante aumenta mi rabiosa e impotente ansia de tabaco. Con mi ración de pan diaria le compro tabaco a los griegos, siempre y cuando tengan.

Los griegos son los mercaderes del campo. Unos especuladores pasmosamente hábiles, hipócritas y ladinos. Se hacen con todo y exigen precios de usura. En su mayoría, son judíos traídos a la fuerza de Yánina y de Patras, así como de las islas griegas. Judíos orientales. De pelo negro, embravecidos, inhumanos, llenos de instintos extraños e insólitos, que nosotros no podemos comprender y de los que quizá nos zafamos hace ya siglos. Me quedo mirándolos con incertidumbre y alarma, son la refutación viva de las estupideces que los nazis han pregonado sobre la solidaridad universal judía, las ostensibles características raciales y la homogeneidad internacional del alma judía.

Apenas unos cuantos han recibido educación. Los más de ellos son asombrosamente ignorantes, como los bárbaros. En cuanto a su oficio, en su mayoría son feriantes ambulantes, mercaderes con fardos. Su constante sonrisa alelada nos destroza los nervios. Saben muchas cosas que nosotros desconocemos. Gozan de un impresionante don para conquistar los favores de los nazis en cuestión de días. Son hábiles sobre todo en conseguir que la zanganería parezca un ajetreo febril, un trabajo serio. Y lo hacen con tal maña que logran engañar incluso a los desconfiados y espabilados alemanes. Haraganes por instinto, vagos que se agotan en un tris, y sin embargo son ellos a los que nuestros guardias y los capataces nos ponen como ejemplo. Suplican al verdugo alemán hasta que este acaba regalándoles la colilla. Todos la observamos furtivamente y cada vez más tensos, esperando el gran momento en que le empiece a quemar los labios y la tire, pero los griegos siempre se nos adelantan.

No son capaces de aprender ni las más sencillas expresiones alemanas, pero haraganean en todo momento en torno al capataz, lisonjeándole, dándose aires y denunciando. Con gestos, a falta de

conocimientos mínimos del idioma.

—*Ungar nix arbait, grek gut arbait* —farfullan los griegos diez o veinte veces al día a los oídos del capataz. «Húngaro no trabajar, griego buen trabajar». Y el alemán se lo cree, el reconocimiento y el tabaco le tocan siempre al griego.

Son unos artistas del hurto inigualables. Hurtar —sobre todo el pan, que significa la vida— es un pecado capital en el campo. En la mayoría de las ocasiones los propios prisioneros se vengan de ello, de inmediato y sin piedad. Ocurre muchas veces que la multitud sedienta de sangre se lanza sobre el ladrón de pan cogido con las manos en la masa y lo acaba linchando. Una acción tan infame como el hurto despierta de inmediato el sentido de comunidad, el reconocimiento de que hoy me hurtan a mí mi tesoro envuelto en un trapo o un saco de cemento, mañana a ti.

Diez meses más tarde, en la fábrica de la muerte de Dörnhau vi varios casos en los que se administró justicia de esta forma. Fui testigo de cómo arrastraban, desgarraban, empujaban y pataleaban hasta la muerte a tipos que deambulaban en una fase terminal de inanición y habían sido pillados robando pan.

Sin embargo, sorprender a los «compañeros de fatigas» griegos resultaba difícil. Sigo sin comprender sus arteros métodos, sus artimañas. Nunca llegaré a saber cómo eran capaces de apropiarse del pan escondido en el interior de mi áspero saco de paja, que incluso me colocaba bajo la cabeza. En la tela del saco no se percibía ni rastro de corte, así que debían de meter la mano profundamente por el agujero que había en el costado de la funda y rebuscar bajo mi cabeza, y además hacerlo con una refinada cautela, para no despertarme de mi sueño. Eso requería una asombrosa sangre fría y, sobre todo, una habilidad manual deslumbrante. Los *häftling* griegos eran capaces de tales maravillas.

Catorce días en Eule…

Me voy envileciendo a una velocidad siniestra hasta quedar hundido en la mugre de la colonia. Chillando y amenazando con gestos rabiosos lucho por un zapapico más ligero, un puesto de trabajo de cargador de rieles más fácil, un potaje más denso o un palmo de yacija. Me revuelco en el fango junto a los otros gritando inarticuladamente y combatiendo por conseguir una zanahoria hallada al borde del camino, me lanzo rechinando los dientes sobre cada colilla arrojada por alguien.

Tras el toque de diana, a las cuatro de la madrugada, ya a las cinco estamos en el tajo. La jornada dura hasta las seis de la tarde, con un descanso de media hora a mediodía. La vuelta al campo, las llamadas a fila de la tarde y el desbarajuste en torno a la distribución de la comida nos roban otra hora y media. A las siete y media ya puedes

empezar a pensar en ti. Con la escasa agua que chorrea de unas tuberías puedes humedecerte la cara y las manos, cubiertas de una gruesa capa de tierra, polvo, cemento y mugre. También puedes vendarte las heridas, si logras dar con el hosco y desconcertado polaco que hace de médico aquí, aunque en su hogar, en el mejor de los casos, sería enfermero. O incluso trapero o calderero.

Estamos en pie diecisiete horas al día, al menos catorce de ellas trabajando a ritmo forzado. El litro de aguachirle frío que nos echan a la roñosa lata de conserva que nos sirve de escudilla no calma la atormentadora hambre. Trago el cuarto de pan ávido, sin masticarlo. Pesará unos cuatrocientos gramos, pero es pesado, escaso y encima está soso. No llena. Siento lástima por los ahorradores, los cautelosos. Cortan rebanadas muy finas, de unos pocos centímetros. Cuando se da la oportunidad de comprar cigarrillos, la mayor parte de mi ración de pan acaba, desde luego, en los estómagos de los griegos.

Hay también lo que se llama *zulage* o extra: de cincuenta a doscientos gramos de margarina, mermelada o una rebanada finísima de chorizo de caballo, por lo general ya fétido. Una vez a la semana recibimos la estrella de las sopas: sopa de leche sin nata. Es dulce, caliente, tranquilizadora. Con tiras de macarrones nadando en ella. En esas ocasiones, nuestro paladar percibe exultante la rara sensación del sabor. Hacemos voto de, una vez en casa, pedir sopa de leche cada día. Organizaremos orgías de sopa de leche, abundaremos en la sopa de leche. Las patatas nadando en salsa constituyen otro banquete. Cinco o seis escuchimizadas patatas cocidas con piel y cincuenta centilitros de salsa. Este plato raro, en cambio, compensa por su densidad. En realidad, es el único alimento que, aparte del extra y el pan, no recibimos en forma de líquido. Los dos son manjares excepcionales; las más de las veces, el menú consta de sopa de zanahoria, salsa de acedera o la llamada sopa búnker. Las calorías de cada ración están minuciosamente calculadas: la sopa, el pan y el extra contienen la cantidad justa de nutrientes imprescindible para mantener el organismo. Mantener, y no cuidar. Esto último es lo que menos cuenta. La capacidad de trabajo y la esperanza de vida de un *häftling* se estima en unos meses. Si revienta, ya vomitarán los trenes sellados mercancía fresca bien cebada. El cálculo de las calorías para los campos de la muerte es obra de diligentes e ineptos científicos alemanes, y resultado de unos experimentos escrupulosos y sistemáticos, propios de alemanes. Satisfacer el hambre… eso es otra cosa. De eso no hay necesidad.

Ellos han inventado la sopa búnker, un brebaje con sabor a moho, el queso en polvo, la mermelada de melaza, de un olor terrible, y los demás manjares para el *häftling*.

A las ocho de la tarde ya es noche cerrada, en el centro de la tienda

titila una lamparilla. Gente rendida de fatiga se tumba sobre los triángulos de la tienda. Expulsamos con repugnantes eructos el líquido caliente, nos aplicamos compresas en los forúnculos. Nos rascamos.

Vivo en la tienda de los de Újvidék. Llevo días trabajando junto a Béla Maurer, abogado y periodista, viejo amigo mío, antaño redactor de un diario húngaro de Yugoslavia. No lo había vuelto a ver desde Topolya. Se equivocó de lo lindo al poner en tela de juicio que nos fueran a deportar del país. Es él quien me hace un hueco en la tienda. Aparte de mí y el pequeño Bolgár, aquí todos son de Újvidék.

Maurer es un hombre amable y avispado, les cae bien a todos. Al llegar pesaba ciento veinte kilos, y como desde hacía mucho tenía problemas de estómago, le llenaba de pavor todo bocado que no fuera de régimen. Se pasó semanas sin tocar la comida, abasteciéndose de su panículo adiposo. Hoy en día ya ha aprendido la lección. No pesa más de setenta kilos y engulle la búnker como cualquiera de nosotros. En cuanto a su estómago, según afirma, ya no le duele.

Escuchamos sedientos su quimérico razonamiento:

—Hay que hacer como hago yo. Valorar la situación, sencillamente. ¿Y cuál es la situación? La situación es que cuatro meses se pueden soportar.

—Puedes soportarlos tú —dice Gleiwitz, larguirucho y siempre triste —, tú llevas encima el pote de manteca.

—Anda ya, tú también lo puedes soportar. No hay persona medianamente sana que no goce de unas reservas de fuerza vital suficientes para cuatro meses. Y en cuatro meses esto terminará con certeza matemática. Cuando salimos de casa, todo hombre en su sano juicio tenía claro que los alemanes estaban perdidos al fracasar en la guerra relámpago en el este.

Imhof, el abogado, se opone con voz queda:

—Obvio, están perdidos. Y nosotros con ellos.

El temperamental Maurer monta en cólera:

—Nosotros nos vamos a casa. ¿Entiendes? A casa. Quizá mientras tanto los anglosajones ya hayan desembarcado incluso. Y tras la invasión, los sucesos se irán desenvolviendo a una velocidad vertiginosa. Los tiempos sin novedad están por terminar. En el este, los soviéticos están tomando la iniciativa, los pequeños satélites vacilan. ¿En qué puede confiar Hitler?

—En nada. Como nosotros —insiste Imhof.

—¡Bah! El colapso está cerca. A cuatro meses, a lo sumo.

La tienda lo escucha con la respiración contenida. La esperanza despliega sus alas. Otra vez somos capaces de creer, hasta el *appell* de la mañana siguiente. Maurer, fuerte y sugestivo, siembra confianza. Soy el único que pone peros.

—Mira alrededor, Béla. Echa un vistazo a esta abundancia de

materiales. La cantidad de tablas, hierro, acero, cemento de excelente calidad que llega aquí a diario. A la multitud de hombres vigorosos y jóvenes, de los que el frente puede prescindir aun en el quinto año de guerra. ¿Dónde está la escasez? ¿Dónde la sombra de un inminente colapso?

—¿Dónde? Ya te lo digo yo… Antes que nada, en los estómagos… Segundo, en las almas. Ayer hablé con Jozef en confianza. Ya sabes, el rubio ese bajo. El capataz de los picapedreros. Nos llevamos bastante bien. Es un auténtico alemán. Con mentalidad de rebaño. Para él es una necesidad psicológica achantarse ante los de arriba y ser cruel con los de abajo. Pero yo le metí en la cabeza que era juez de tribunal, y él sucumbió ante la autoridad. Me asignó como *kapo* raso de su grupo. El tal Jozef me confesó que como obrero que realiza un duro trabajo físico recibe dos huevos al mes. Además, le tocan doscientos cincuenta gramos de pan de salvado y dos cigarrillos al día, sí, dos. O la cantidad equivalente en tabaco de pipa. Jozef es un fumador empedernido y como no puede pagar el marco y medio que cuesta un cigarrillo en el mercado negro, fuma hoja de fresa.

—¡Toma castaña! —lo interrumpo—, y ayer yo estuve secando cagajón.

—Lo escribiré un día. —Maurer se burla de mí malicioso con la superioridad de los no fumadores—. Cuando regrese a casa, escribiré la novela de Auschwitz. Seiscientas páginas.

»En fin, que nuestro Jozef ha acabado fumando hoja de fresa —prosigue—. Hoy aún es un nazi convencido, pero quién sabe qué traerá el mañana. Los dictadores no pueden ser vapuleados. Y sobre todo no han de bromear con el estómago de sus súbditos. Este Jozef todavía es un hombre de Hitler. Las descabelladas teorías y las vacías y nebulosas frases aún trabajan en él, pero con doscientos cincuenta gramos de pan no se puede gritar «*Heil, Hitler!*» durante mucho tiempo más. Y a Jozef quizá se le ocurra también que su mujer y su hijo, allá en su casa de Sajonia, reciben solo ciento cincuenta gramos. Hay clavos, tablas, cemento y acero. Aparentemente. Pero el estómago no se llena con clavos. Con tus propios ojos puedes ver que los de las SS tampoco comen mucho mejor.

No termina de convencerme.

—Les dan una sopa diferente —objeto—. Con carne. Y una mayor ración de pan, café y cigarrillos. Ropa, zapatos y dinero. No trabajan catorce horas al día. ¡Anda ya, Béla! Estamos frente a ochenta millones de asesinos, que si le ven los cuernos al toro, primero acaban con nosotros.

Gleiwitz añade en tono seco:

—Y eso que esto solo es un servicio de tercera clase, detrás del frente. Los soldados del frente, tú tranquilo, reciben incluso chocolate.

Y tabaco, todo lo que quieran. Por no hablar de lo que les está permitido robar.

—No hay ochenta millones de asesinos —replica Maurer, gesticulando vivamente según su costumbre—, como mucho…

—Como mucho, diez millones. —Gleiwitz acaba la frase—. Tantos seguro que hay, que el diablo se los lleve…

Sus palabras son recibidas con una amarga sonrisa. Maurer no se da por vencido. No se debe identificar al pueblo con una pandilla sanguinaria y enloquecida.

Mientras tanto, yo razono así para mis adentros:

—De acuerdo. Una gran nación, que desde tiempos inmemoriales ha desempeñado un papel decisivo en todos los aspectos de la historia, un pueblo que ha dado al mundo a Goethe y a Koch, a Beethoven y a Röntgen, no puede ser condenado colectivamente en parte por asesinato con ensañamiento, en parte por latrocinio. No solo la razón analítica, sino también los instintos protestan contra ello. Sin embargo, es un hecho que de la multitud de ochenta millones de personas de ese «pueblo de pensadores», unos diez millones (haciendo una modesta estimación) son parte interesada, directa o indirectamente, de la maquinaria de ese gran crimen contra la humanidad, o incluso son empleados por ella. De un modo consciente o inconsciente, a millones de personas les toca el papel de cómplice. ¿Por qué son tan pocos, pues, los que se dan cuenta de estar cometiendo un delito? El terror no explica satisfactoriamente la casi completa falta de resistencia. Quizá no se pueda hablar, en efecto, de ochenta millones de asesinos, pero de algunos millones sí. Se puede, por supuesto que sí.

»Es un pueblo peculiar. Lleno de contradicciones internas, de asombrosos extremismos. Un pueblo extraño que no solo ha dado a Robert Koch, sino también a Ilse Koch, la bruja de Belsen, la asesina en masa más perversa de todos los tiempos; no solo a Kepler, sino también a Himmler. A los obsesionados por conocer el mundo y a los sepultureros de la civilización. A humanistas y a destripadores, alternativamente. Los soldados de Napoleón llevaban en el macuto un bastón de mariscal; los pequeñoburgueses de Hitler, un cuchillo para castrar.

Pero no digo nada. Por el ventanuco sin vidrio de la tienda se cuela una brisa vespertina de finales de mayo que hace titilar la llama de la lamparilla. Somos treinta, enseguida sonará el toque de retreta. Esperamos al pequeño Bolgár, estudiante de la Universidad Politécnica en la ciudad de Szeged y que ahora trabaja en el barracón de planificación que tienen los hombres de la Todt. Vaya una suerte loca, su situación es extraordinaria. Vive en un El Dorado de sobras de comida y colillas, trabaja junto a una mesa. Delinea y lleva los

aparatos de medición en pos de los ingenieros.

—A este tampoco le matará su buen corazón —dice Maurer, porque el joven bajito, de un metro cincuenta, aún no ha compartido con nadie sus tesoros. En cambio, tiene la posibilidad de echar un vistazo a los periódicos, y sí se complace en suministrarnos noticias fidedignas.

Tras la llegada del pequeño Bolgár apagamos la lamparilla y el muchacho, sin que nadie se lo pida, se pone a contar. Tiene una memoria fabulosa, cita casi literalmente los informes de la agencia de noticias alemana publicados en el *Schweidnitzer Beobachter*, el diario local de la ciudad cercana. Luego nos relata lo que le han contado los hombres de la Todt. Siempre trae alguna novedad alentadora. El desembarco occidental aún no ha comenzado, pero el gran acontecimiento está al caer. Se espera todos los días. Los propios alemanes van sopesando las posibilidades y las eventuales consecuencias de ello.

—Gaedicke, el gordo, ya sabéis, ese ingeniero berlinés, padre de cuatro niños, del que os he hablado, hoy me ha ofrecido de su cerveza. ¿Y qué pensáis qué me ha dicho? «Oye, *häftling*, pronto nos iremos a casa». Es lo que me ha dicho. ¡Palabra de honor!

—Imaginaciones suyas. —La voz de Gleiwitz cruje en la oscuridad.

—¿El qué?

—Que se va a ir a casa.

Maurer se incorpora en su yacija:

—Él quizá no se vaya, pero nosotros sí.

—Bien dicho —lo aprueba Grosz, el millonario de la industria textil.

—¿Y qué pasa si antes de la capitulación simplemente destruyen los campos de concentración? ¿Si nos encierran en los barracones y los incendian? ¿O si nos envían al gas? ¿O nos ametrallan en masa?

Esto lo dice Gleiwitz. Grosz se desanima de inmediato:

—Por desgracia, es más que probable —reconoce preocupado—. Si se retiran, no se andarán con remilgos. A ellos, de todas formas, ya les dará igual.

La voz del industrial se vuelve lacrimosa. Él también pertenece a los ahorradores, que se cuidan y escatiman fuerzas. Reparte su ración de pan entre el desayuno, la comida y la cena, y en el fondo de su alma espera tembloroso que un día, pese a todo, pueda deducir en sus libros de contabilidad esta pequeña carga de Auschwitz.

La campana del campo toca las nueve. Gleiwitz es el *stubenältester*, el decano de habitación, y habla con todo el peso de su autoridad:

—Buenas noches, compañeros. Que Dios nos guarde a todos. Buenas noches…

Este lugar común, en cuyas profundidades semánticas en casa nunca se adentraba la razón mecánica, suena aquí como una burla

disparatada. ¿Se puede tener una buena noche? ¿En un lugar como este?

Maurer, tumbado a mi lado, me toca el hombro.

—Oye, creo que tenías razón antes. ¿Te acuerdas de *El caso Mauricio*?

—¿De qué?

—De *El caso Mauricio*, la novela.

—Sí, vagamente. ¿Cómo se te ha ocurrido ahora?

—Pensando en los varios millones de asesinos. Me refiero a esa parte con Klakusch, el viejo carcelero. Klakusch, el de la barba amarilla. El tal Klakusch, al quedar convencido, por el relato y toda la personalidad de Mauricio, de la inocencia de este, de que lleva dieciocho años en la cárcel siendo inocente, responde ante la sociedad ahorcándose.

—¿Y?

—Por eso habrá algo de verdad en que, si bien no existen ochenta millones de asesinos, tal vez sí unos cuantos millones. Sé que muchos alemanes quizá se solidaricen con nosotros, pero hombres como Klakusch, que expresen su opinión en público, que llamen por su nombre a la masacre más bestial del último milenio, asumiendo riesgos, aun a costa de su propio pellejo; pues personas como Klakusch no existen o existen infinitamente pocas. Pero a estos de aquí no les reveles que yo también…

—¿Qué quieres?, ¿no esperarás que la gente se ponga en medio de la plaza, en la Alexanderplatz de Berlín, a espetarle a Hitler la verdad?

—No precisamente. Pero algo así. Diez justos en Sodoma y en Gomorra, por los que pudiera perdonar a los otros.

—No hay solo diez, hay incluso diez mil personas así. ¿Se te olvida que en Auschwitz no solo hay judíos, sino que también sufren alemanes? Internados políticos. Y no solo los encuentras en Auschwitz. Los campos de Dachau, Mauthausen, Buchenwald, Bergen-Belsen, Gross-Rosen están llenos de ellos.

—No se trata de eso. En el caso del viejo Klakusch, no fue su convicción política lo que lo llevó a ponerse la soga al cuello. Es más, y a la vez menos que eso: la simple compasión humana. Y de ella carecen los teutones de Hitler, y por eso se ha podido desatar de tal manera la locura. No puedes obligar a millones de personas a asumir una responsabilidad moral por semejantes actos si en esos millones no opera cierta aprobación inconsciente, tácita. Los alemanes son el pueblo de los músicos, de los pensadores, y también de los sádicos. Las furgonetas para gasear o los mataderos humanos de Birkenau no habrían podido ser inventados por una mente rusa, francesa, inglesa, serbia o de ninguna otra nación. Solo la alemana. Igual que una foca no puede dar a luz a un canguro.

Maurer se calla. Yo me digo: vaya, hemos intercambiado los papeles. Está atacando lo que defendía hace un rato.

Nos revolvemos en el catre rodeados de cuerpos humanos agitándose entre gemidos. Dormir es imposible, pero un trance vertiginoso acaba abrazándome.

Incluso estas conversaciones entrecortadas son poco frecuentes. En el campo apenas hay noches que se puedan pasar de un modo digno propio de una persona. Hace falta un día más o menos tranquilo, un *appell* sin palos y unas caladas de tabaco para que nos apetezca al menos abrir la boca.

El hecho de que la primavera rehúya establecerse definitivamente solo agrava el mar de miserias que padecemos. Como si el campo también estuviera maldecido, solo de vez en cuando nos tocan dos o tres horas de sol. El continuo ir y venir de nubes hace que el tiempo sea inconstante. Al sur, nuestro campamento está protegido por unas colinas, pero los devastadores vientos del norte lo atraviesan con libertad, azotando furiosos las ligeras chabolas.

Ya estamos bien entrados en junio. Llegamos hace seis semanas, el campo, a ojos vistas, se está levantando. Los soldados y los negreros de paisano de la empresa de construcción Baugesellschaft trabajan a brazo partido. Bajo nuestras tiendas, al pie de la colina, dos grandes barracones, de veinticuatro habitaciones, ya están listos. Se están construyendo otros veinte barracones más como este. Prometen ser mucho más cómodos que nuestras tiendas actuales. Por el momento, los barracones ya construidos permanecen vacíos. Han llegado calderas de trescientos litros para las cocinas que se están por montar. Han traído más guardias, y más allá de la alambrada están levantando a una velocidad febril barracones similares a los nuestros para los soldados y el creciente número de empleados de la Todt. Todo indica que vamos a ser un campo grande.

Los pobres excavadores de la Kemna llegan a casa cada día más pálidos, con los párpados inflamados e inyectados en sangre. Excavan descomunales túneles subterráneos a cinco kilómetros del campo. El túnel les va consumiendo a un ritmo desenfrenado lo poco que les queda de salud. Tienen ya diez muertos. Dos fueron arrastrados por una avalancha de piedras y ocho abatidos por el insoportable trabajo a marchas forzadas de las últimas semanas.

Nosotros, los esclavos de la Urban, por el momento realizamos labores en superficie. Colocamos rieles industriales, cavamos, picamos piedras, manejamos las vagonetas, construimos canales. Por lo que parece, trabajamos sin ton ni son, un día aquí, otro allí. Para un lego en la materia, de momento es imposible adivinar qué es lo que en realidad estamos construyendo. No obstante, los ingenieros de aquí afirman con plena convicción que estamos levantando una línea de

defensa de gran envergadura. Quizá los alemanes se retiren hasta aquí, por eso están improvisando en estas tierras una segunda línea Sigfrido. Toda labor aquí es parte de los preparativos para construir una red de fortificaciones subterráneas. Más tarde, en Fürstenstein, quedé convencido de que nuestras sospechas eran certeras. El palacio del gran duque local fue, a ojos vistas, acondicionado como cuartel general. No es muy alentadora la idea de que Hitler y los suyos en 1944, el quinto año de la guerra, dispongan de material y de mano de obra suficientes para unas nuevas líneas Sigfrido. La apariencia no encaja de ninguna manera con nuestra única esperanza: la posibilidad de un colapso inminente.

Y en efecto se estaba construyendo un país de fortificaciones subterráneas. Eso estábamos levantando. Y no de cualquier manera. Cientos de miles de deportados nos dejábamos la vida, afluían miles y miles de vagones de madera, hormigón y acero. Regimientos enteros de las SS y la Wehrmacht, divisiones de la Todt, una multitud aterradora de negreros civiles, maestros de obras, obreros cualificados, capataces de mina, expertos en explosivos, albañiles, mecánicos, herreros y carpinteros hacía planes, bregaba y faenaba en torno a todos los campos. Eule también cobró una nueva faceta poco a poco. En la segunda mitad de junio fueron entrando uno tras otro transportes humanos de refresco. Primero llegaron mil deportados de Eslovaquia, la mayoría judíos de Kassa y los alrededores. Les sucedieron judíos polacos, unos desgraciados supervivientes de pogromos y de guetos, embrutecidos por completo. Llevaban en manos nazis ya desde 1939. Morían docenas al día, caían como moscas. Llegó también un grupo de varios cientos de presos de Transilvania, de Kolozsvár y de Nagyvárad. Y fornidos campesinos de los Cárpatos ucranianos, deportados de Ungvár y Munkács. El campo se llenó de voces en yiddish, esa lengua pausada, de una melodía peculiar. Cada empresa completó su personal de obreros. Una nueva aristocracia estaba naciendo, emergieron nuevos *kapos*, nuevos *blockälteste*.

Los barracones se construían a marchas forzadas. A finales de julio todos nos mudamos ya a las nuevas casas de madera. Cada construcción de veinte habitaciones constituía un bloque independiente, con su *blockältester* como jefe. Literas y colchones de virutas de madera esperaban allí a los presos. Dormíamos treinta en una habitación, muchos habían de compartir catre, así que en «comodidad» no superaba a las tiendas.

Yo me convertí en inquilino de la habitación 5 del Bloque I. Mis compañeros eran ucranianos de los Cárpatos.

9

Los que mayor carrera hicieron en Eule fueron dos *häftling* de apellido Weisz. Uno de ellos, un dependiente rechoncho y de frente baja de una provincia del norte de Hungría, se convirtió en el primer *kapo* de la Urban. Sus compañeros le tenían terror. Sobre su conciencia recaía, directa o indirectamente, un buen número de infames fratricidios. Más tarde me enteré de que antes del colapso lo mataron a golpes en uno de los campos. Nunca volvió a casa.

Era un arribista abominable, y cruel, casi como un hombre primitivo. Un ejecutor escrupuloso, o incluso apasionado, de las tenebrosas intenciones de los esclavistas de la Urban. Recorría sin descanso los lugares de trabajo, rebosaba de una fuerza indestructible; bien cierto es que comía mil veces mejor que nosotros. Recibía la pitanza de la cocina de la empresa y disfrutaba de todos los favores, menores y mayores, de los renegados elegidos. Ese tipo taimado y petulante, era considerado un verdadero «judío de la chusma». Hablaba húngaro con un acento extraño y desagradable.

—Hazlóóó o la palmááás… —chillaba en todo momento. Cuando lo veíamos acercarse con su porra de goma, apretábamos con más fuerza el mango del pico o la pala que cuando se presentaba el jefe del *lager*.

Esa fiera desbocada de malvados instintos y revestida de poder era el ejemplar de la raza pura creada por el sistema nazi, diabólicamente artificioso y basado en el viejo supuesto, innumerables veces comprobado, de que el mejor esclavista es el esclavo aupado a una posición de privilegio. La mayor parte de la aristocracia de nuestro *lager* eran individuos del mismo palo.

Curiosamente, los mandamases de Auschwitz se componían por individuos que en casa ocupaban las capas más bajas de la sociedad burguesa judía. Individuos que «no habían llegado a nada»: pordioseros, muertos de hambre, mentecatos, gorrones, fulleros, haraganes y zánganos, todos florecían en aquel muladar.

Por otra parte —y eso, asombrosamente, era la regla—, industriales, abogados, comerciantes, directores, propietarios vitalicios de asientos en las sinagogas, todos los que afuera, en la vida burguesa, habían hecho carrera, aquí resultaban ser los más desvalidos. Aquí sin duda se había hecho realidad la mojigata frase bíblica: los últimos serán los primeros y al revés: los primeros, los respetables y pudientes, serán los últimos de los últimos.

El otro Weisz era una excepción en muchos sentidos. Ocupaba la

posición más envidiada del campo: era el administrador del almacén de reservas. Se llamaba Pál, y había ejercido de oficinista en Transilvania. No sé si llegó a sobrevivir al gran torbellino de acontecimientos. En todo caso, tenía todas las papeletas para que fuera así.

Su situación era sumamente particular: podía hacer pequeños favores tanto a los de gris como a los hombres de la Todt. A cambio, tenía derecho exclusivo para vaciar los ceniceros en las oficinas de la Todt, le correspondía, en no poca medida, la sopa de los soldados, que contenía algo de grasa, y contaba con todo tipo de tesoros, como cajas de tabaco en lata, botas de suela de piel, jabón, una toalla, pañuelos, lápices, que para nosotros eran inalcanzables. Además, trabajaba en un recinto cerrado y lo trataban más o menos como a un ser humano. Todo esto hacía que gozara de unas condiciones privilegiadas que, si bien no le reportaban ninguna distinción o título, equivalían a cualquier puesto de importancia, con la diferencia de que ni siquiera había de golpear a sus compañeros de fatigas para conservar su puesto. Comparado con él, una posición similar como la del pequeño Bolgár parecía apenas una minúscula suerte.

Pál Weisz era una rara avis entre la multitud de pequeños dioses. De vez en cuando nos hacía caer algo también a los que carecíamos de nombre, incluso a aquellos con los que no tenía el menor parentesco o amistad. Yo mismo le debo muchas palabras de consuelo y cigarrillos.

Desde la llegada de los nuevos, la situación empeoró. Nos habíamos convertido en un campo de una extensión considerable; ya éramos más de tres mil, lo cual se reflejaba en la disminución de las raciones de comida, ya de por sí mínimas. Los mandamases encargados de repartir el pan y los extras robaban cada vez con más descaro. Los barracones de cocina ya se habían construido, estaban allí también las calderas; sin embargo, el transporte de víveres no acababa de llegar. Seguían transportando la comida en camiones con calderas térmicas de cincuenta litros.

El primer reparto corría a cargo del *lagerältester* y sus ayudantes. Ellos entregaban las raciones a cada bloque. Dentro del bloque, el *blockältester* se encargaba del racionamiento de la comida, que finalmente nos entregaba el jefe de habitación. Mucha mano larga, mucha comida evaporada. La porción original de doscientos gramos de grasa, el principal alimento destinado a mantenernos con vida, quedaba reducida a una cantidad microscópica.

Max, el *lagerälteste*, el granuja de París, no dejaba de cometer insoportables atrocidades. La principal atracción de los *appell* eran los bárbaros apaleamientos. Los SS, los hombres de la Todt, los vigilantes civiles y los *häftling* competían entre ellos para torturarnos. Vegetábamos entre los barracones, que se multiplicaban como hongos,

bajo la apariencia delirante de vida.

Maurer también se apeó de su burro. Sus kilos traídos de casa se habían desvanecido definitivamente, y aquel hombre, antaño corpulento, se había vuelto su propia sombra. Descorazonado, afirmó:

—Lo retiro todo. Esto, en efecto, es imposible aguantarlo durante cuatro meses.

Habían pasado tan solo dos. El calendario marcaba ya verano, sin embargo el tiempo —como si fuera cómplice de la masacre— no quería mejorar de forma duradera. Las nubes vagaban infatigables por el cielo silesiano, chaparreaba sin cesar y las desoladas madrugadas de la desesperación aparecían aún espolvoreadas de escarcha.

Estamos cada vez más mugrientos, definitiva e irreparablemente. Hace tiempo que se nos ha acabado la pastillita de jabón cubierta de arena que nos entregaron al llegar, los sucios jirones de ropa interior se han pegado a nuestros andrajos de mendigo de un color irreconocible. Las suelas de nuestros zuecos se han desprendido y chapoteamos todo el santo día con los pies desnudos en el omnipresente lodo.

Como culminación lógica de todo esto, de pronto aparecen los piojos. Las colonias de larvas, de un destello argénteo, se dibujan en nuestros harapos, en nuestras mantas. En cuestión de horas, esas manchas plateadas, del tamaño de la palma de una mano, empiezan a moverse y a pulular, como confusas maravillas de una pesadilla, y se extienden pavorosamente, de modo que resulta imposible erradicarlas. De un momento a otro, acaba la relativa tranquilidad de las noches. Pasamos las horas destinadas a descansar maldiciendo y rascándonos entre tormentos. Incluso de día, aun a costa de exponernos a los palos de los esclavistas o quizá a los golpes de culata del centinela, nos vemos obligados a cada rato a dejar las herramientas de trabajo y a rascarnos con expresión furiosa hasta las más diminutas partes del cuerpo.

El falso médico de aire indiferente ha ascendido a médico jefe del *lager*. Entre los recién llegados hay muchos médicos de verdad, y algunos consiguen hacerse con un puesto como tales. Uno de los mandamases convence a Max de que un campo tan extenso como el nuestro no puede carecer de enfermería o *krankenstube*. Gracias a la mediación del *lagerälteste*, por fin nos ponen unos veinte catres a disposición de los moribundos, para los que han sufrido un accidente y los que han sido molidos a palos. Algunos de nuestros médicos se las han ingeniado para entrar como sanitarios en el paraíso de la enfermería. Desde luego faltan medicinas, material de vendaje e instrumental, así que una intervención médica efectiva resulta imposible. Solo son ingresados los que están, a ojos vistas, en las últimas. Nadie abandona la enfermería curado, los ingresados parecen

estar en la antesala de la muerte. Evitamos incluso sus inmediaciones. Por fortuna, hasta ahora no se ha dado ningún caso de tifus con erupciones. La opinión general es que en primavera y en verano los piojos no son tan contagiosos.

Actualmente, la enfermería ya no para de vomitar cadáveres. Incluso en el mismo trabajo está a la orden del día que caiga muerto algún *häftling*. Unidades especiales de obreros del *lager* arrojan los cadáveres en gigantescas fosas de cal viva cavadas fuera del campo. Antes, el médico jefe polaco extrae con unas tenazas las muelas de oro de los muertos. Tras cobrar una considerable comisión y compartir parte del botín con el *lagerälteste*, entrega el resto al jefe del *lager*. De esta manera ambas partes consiguen unos bonitos ingresos extra. Esta es más o menos la práctica habitual en todos los campos.

Han pasado tan solo dos meses, y nuestras filas están ya espantosamente mermadas. De entre los conocidos, el primero en irse fue Freund, el canijo propietario de una mercería. El hombre, enfermo del intestino, pereció entre horrorosos tormentos. Le siguió Kende, el contable optimista y calvo. El día anterior aún nos había soltado un discurso de media hora sobre su adorada hija pequeña. Nos habló de cómo transcurriría su reencuentro. Bokor, de Újvidék, acabó en la fosa de cal viva, horriblemente hinchado. Y otras decenas y veintenas de personas a las que solo conocía de forma superficial. Durante los últimos días de junio, la muerte ha tenido una cosecha récord. Parece que para los alemanes resulta una empresa poco rentable forzar a labores duras a personas no acostumbradas al esfuerzo físico y crecidas en unas circunstancias de vida diferentes.

Aquí lo que decide es la fuerza muscular. En los lugares de trabajo, los guardias de las SS se agazapan siniestros. Está severamente prohibido entablar conversación con los esclavos. La vigilancia del trabajo corre en su mayor parte a cargo del capataz civil de la empresa, el maestro. La jurisdicción del centinela y la del capataz están tajantemente separadas unas de otras. El centinela es responsable de velar por que los *häftling* no escapen mientras trabajan al otro lado de la alambrada. Pero entre ellos algunos, por iniciativa propia o bien por tedio, participan también en el hostigamiento. La mayoría de los guardias son jóvenes. Es desolador pensar que a los nazis aún les va tan bien que pueden prescindir de esa mano de obra en los frentes.

Los centinelas se turnan sin cesar, cada día aparece otro guarda en el tajo. Se esmeran por que no pueda brotar ni el contacto o relación más superficial entre vigilantes y vigilados. Es inútil buscar en el rostro de nuestros guardias indicios de pena o de compasión. Por lo general, esta gente, civiles y soldados, ni siquiera se pregunta quiénes son en realidad los desgraciados deportados lejos de sus casas,

hambrientos, extenuados y harapientos.

Estoy convencido de que el nazi medio que tenía contacto con nosotros se imaginaba que todos los que tenía delante éramos unos criminales ordinarios con antecedentes penales y que todos los judíos éramos, cuando menos, homicidas. Quizá les hubieran hecho creer algo así. Por simplificar.

Recuerdo una sola excepción, Herman, el soldado raso de las SS y camarero del barracón de Breslau. Herman era un tipo con el rostro en forma de pera, espantosamente flaco. No nos miraba con el odio feroz de los otros. Ay, Dios… era camarero en un bar… A lo mejor un camarero de bar es incapaz de odiar, aunque le enfunden un uniforme de las SS. Trabajé numerosas veces en escuadras en las que nos vigilaba Herman. Siempre se paraba a hablar con alguno de nosotros y, como el sembrador bíblico, dejaba caer a nuestros pies algún que otro cigarrillo ardiente. Yo también me beneficiaba de los regalos de Herman. Incluso ahora evoco en mi interior la felicidad y el alivio que sentía al alzar los cigarrillos y mirar a la sonriente cara con forma de pera de Herman. Un cigarrillo entero, bien cargado… Con este tabaco podría liarme hasta seis barritas finas, y seis veces sería mía la ilusión del hogar evocada por la magia de la nicotina…

Mucho más tarde me acordé también con frecuencia de Herman, el camarero de bar de Breslau. Se convirtió en un punto de consuelo y solidez en medio del gran cataclismo.

Ese mismo Herman era quien nos vigilaba cuando apareció el Manco. El pánico se apoderó tanto de los esclavos como de los esclavistas. La alarmante noticia se propagó de grupo en grupo. ¡Ha llegado el Manco!

Los veteranos que ya habían sobrevivido a algunas visitas de inspección suyas nos contaron enseguida quién era. El Manco era el inspector principal de la red de campos de Gross-Rosen. Un capitán de las SS que llevaba un brazo en cabestrillo debido a una herida sufrida en el frente. Durante su última visita había disparado a dos personas y asestado unos cuantos latigazos a todo el que pasaba ante sus ojos. Diez o doce desafortunados llamaron su atención sin pretenderlo. Los derribó al suelo y les pisoteó las tripas durante varios minutos. También el guardia de las SS recibió lo suyo. El Manco encontraba defectos en todo y no escatimaba en castigar a todo quisque con el calabozo.

De eso hacía tres meses. Antes de nuestra llegada. Y ahora está aquí otra vez.

—*Oh weh…!* —Los polacos alzan el grito al cielo por todo el campo. Los demás esperamos lo que va a suceder. Yo trabajo ese día en unas obras de alcantarillado, a unos ciento cincuenta o doscientos metros del campo. Arrojo desde el fondo de una profunda fosa a una vagoneta

la pedregosa tierra amarilla, que primero hay que desmenuzar con un pico. Es un trabajo duro, pero Herman no me falla ni siquiera ese día. Hace caer su regalito a mi fosa, esta vez un diminuto paquete de corrosivo tabaco ucraniano llamado *majorka*.

Con un cigarrillo humeando entre mis labios, recibo con relativa calma las historias de horror sobre el Manco. Toda la zozobra me parece histeria. Al fin y al cabo, ¿qué más puede suceder? De todas formas, nos encontramos cada hora de cada día al margen de la ley, al alcance de tiro de unos asesinos.

No obstante, resulta que los veteranos tenían razón. El Manco trae algo nuevo. En lugar del infierno gris cotidiano, un drama relámpago aparatoso y hortera.

Llega en un coche del campo. Lleva el brazo izquierdo vendado con una gruesa faja blanca, con una cinta de seda negra encima. Su cabeza bajo la gorra de plato con la calavera es delicada, como la de un profesor. Entre los finos labios de línea recta sostiene un cigarrillo encendido. Sobre su nariz de corte refinado destacan unos anteojos de una frágil montura dorada.

Un capitán de las SS con un sinnúmero de condecoraciones. Un asesino *made in Germany*. Cuenta con título de diplomado, y a lo mejor interpreta a Bach al piano de manera aceptable.

Se baja del coche junto al jefe del *lager* y dos oficiales desconocidos. Nuestro verdugo cotidiano dobla el espinazo a la sombra del poder superior. La mano de uno de los oficiales sostiene una brillante cámara Leica. Saca fotos al terreno. Herman informa. El Manco, déspota de toda una red de campos, que reina sobre cientos de miles de hombres, camina con andar pausado e indiferente entre nosotros.

Ya nadie levanta la mirada. Nos refugiamos en el esfuerzo físico. Apretamos con fuerza el pico, la tierra golpea bruscamente contra el interior de las vagonetas, y los encargados de empujarlas presionan todo el cuerpo contra ellas. Los minúsculos coches corren rechinando sobre los tambaleantes y estrechos raíles.

—*Kapo!* —dice el Manco.

Nuestro grupo se compone en su mayor parte de judíos de los aledaños de Ungvár y de Munkács. También en casa hacían trabajo físico, tenían algún oficio o eran transportistas, leñadores o estibadores. Trabajan bien. Ni siquiera saben trabajar mal. Su herramienta les guía.

El *kapo*, que está hecho de la misma madera, sale de un brinco, todo pálido. De acuerdo con el reglamento se quita el redondo gorro de prisionero. Le tirita todo el cuerpo, pero no por eso deja de cuadrarse.

—¿Cómo va el trabajo, *kapo*?

Habla casi amistosamente. Sin levantar la voz. Nada de un tono autoritario. El hombre alto, con el brazo en cabestrillo, baja la mirada

hacia el esclavo. Los harapientos pantalones de tela a rayas del *kapo* cuelgan holgados y desamparados. Ahora también nosotros alzamos la vista.

—Le informo humildemente de que el trabajo va bien.

Habla alemán con un marcado acento yiddish. El Manco asiente con la cabeza, aprobatorio.

—*Schön*. Muy bien. ¿Cuál es tu mejor hombre?

—46514 —grita el *kapo* sin titubear.

El 46514 es sin lugar a dudas el mejor del grupo. Antes trabajaba talando bosques. Tiene veintisiete años. En su redondo y bronceado rostro de campesino nada recuerda sus orígenes judíos. No es en absoluto el tipo de intelectual pelagatos, más familiar para nosotros. Es de esa variante que ni siquiera los propios judíos conocen. En la región de los Cárpatos la diversidad laboral entre los judíos es mucho más sana. Trabaja por amor al trabajo. Queda claro en el momento en que agarra su herramienta de trabajo.

El 46514 es un *häftling* galardonado. Y es que ser galardonado es una distinción rara e importante. Los galardonados reciben a la semana un bono equivalente a dos marcos, que pueden canjear por mermelada extra y *majorka*.

Sale de la fosa de un brinco y se quita el gorro.

El Manco le echa una mirada sin preguntar nada. Da un paso a un lado. Lentamente, se lleva la mano a la pistolera, saca el revólver y lo pega a la sien de 46514. Resuena un disparo. El hombre, tieso como un ajo, se tambalea y vuelve a caer en la fosa boca abajo.

El cuerpo ya inerte golpea contra la tierra con un ruido seco. El oficial con la Leica se la mete en el bolsillo; el Manco sonríe quieto y distraído.

—Una pequeña demostración —dice—. Una ilustración de que hasta el mejor judío debe diñarla.

Una horterada. El horror siempre es hortera. Incluso cuando es real.

El Manco se guarda el revólver y se sube al coche junto a su séquito. A quince pasos de nosotros, 46514 toca con sus labios cada vez más fríos la enloquecida tierra empapada de maldición.

El coche se aleja traqueteando, y el capataz sigue con su tono de siempre:

—*Los…! Bewegung!*

Los picos comienzan a moverse, las vagonetas arrancan.

Es el 6 de junio de 1944, el día del desembarco en Francia.

10

El inicio de la invasión en Occidente supuso para Eule un régimen nuevo, incluso más inhumano que el anterior. La coerción fue en aumento, las cuatro quintas partes de los habitantes del *lager* trabajaban ya bajo tierra. La Baugesellschaft fue liquidada y así se desvaneció la posibilidad de realizar un trabajo menos extenuante. Sus trabajadores fueron absorbidos por la Urban y por la Kemna. Sobre el territorio del *lager* zumbaban bombarderos y helicópteros alemanes.

La multitud de barracones acabó por construirse. Nos convertimos en una ciudad provinciana de tamaño medio de Auschwitzlandia. También en nuestra ciudad se iban perfilando ya las calles, delineando la plaza del mercado, el cementerio, las letrinas y el patíbulo: los núcleos de las ciudades de la muerte. La cocina estaba ya lista, pero no funcionaba aún porque las reservas de alimentos necesarias tardaban en llegar. La bazofia que traían los camiones era cada día más mísera. El cuarto de pan se redujo a un quinto. El precio del tabaco estaba por las nubes. A nadie le quedaba ya nada para fumar. Los griegos, esos magos tunantes, cobraban con usura la ración de un día entero a cambio de una única *majorka*, que en cuestión de unos instantes quedaba reducida a cenizas. El sistema de premios cesó, con lo cual se agotó la principal fuente para adquirirla. Tampoco en la estación de trenes nos cruzábamos ya con prisioneros de guerra ingleses, que de vez en cuando nos hacían caer alguno que otro Caporal y nos saludaban con un afable «*Hello*». Parece que los *tommies* habían sido destinados a otra región.

Los extras iban mermando, desaparecieron de nuestro régimen la sopa de leche y las patatas con salsa, dos «platos festivos». En su lugar recibíamos con cada vez mayor frecuencia piel de patata cocida en agua, una «comida» que incluso los animales habrían rechazado con repulsión.

Nos arrastrábamos deshidratados, en los huesos, con el cuerpo cubierto de dolorosos forúnculos. Tomábamos nota con indolencia de las crecientes noticias de fallecidos. Llegamos al punto de empezar a urdir planes de fuga, aunque nadie en su sano juicio se habría podido imaginar que en aquel estado y con aquella vestimenta pudiéramos alejarnos a más de quinientos metros de la alambrada.

El chaval griego de quince años que a duras penas consiguió llegar una noche al otro lado de la alambrada fue capturado de madrugada en una casa de un guarda rural a ciento cincuenta metros del campo.

No acabaron con él en nuestro *lager*. Lo castigaron de una forma aparatosa y ejemplar. En la espalda de su chaqueta pintaron con torpes letras rojas: *flüchtling*, fugitivo. Luego lo encerraron durante tres días en una caseta para guardar cemento, sin darle de comer ni de beber. Al cuarto día, dos SS con metralletas se lo llevaron a Gross-Rosen, el centro regional. No cabe ni la mínima duda acerca de su destino.

Todo aquello no nos aterró. Una especie de desesperación suicida se había apoderado incluso de los más enteros. Creo que durante aquellos días no había entre nosotros ni siquiera cien presos que estuvieran del todo en sus cabales.

Fue entonces cuando salió a escena Feldmann, que en su día fuera oficial de Estado Mayor del ejército checoslovaco. Su barracón se convirtió en nuestro lugar de reunión clandestino tras los *appell*. El hombre, de porte militar y entrado en canas, se conservaba con admirable vigor. Derrochaba una fuerza vital indestructible. Quizá fuera el *häftling* con mejores condiciones físicas de entre los tres mil prisioneros. Había obtenido un puesto menor, el de *kapo* raso en alguna unidad de construcción del túnel.

Cuando Maurer me introdujo también a mí, alrededor de Feldmann se congregaban más de cien personas a diario. Las reuniones ejercían un efecto beneficioso sobre la gente, ya descorazonada. Antes que nada, el exoficial de Estado Mayor evaluaba con profesionalidad las noticias del frente del pequeño Bolgár y de Pál Weisz. Improvisaba mapas y daba charlas sobre pueblos que habían tomado el mando de su destino, de trabajadores que habían conseguido lo que les correspondía. Nos hizo vislumbrar la posibilidad de una vida que a lo mejor nos esperaba incluso a nosotros, y hacía que valiera la pena enfervorizar nuestros impotentes corazones y flaqueantes fuerzas para que perseveráramos.

No había discursos políticos muy marcados que nos movieran a tomar partido. De todas formas, para el análisis o la discusión estábamos demasiado abajo, nos habíamos convertido en unas criaturas instintivas dominadas por el deseo animal y primordial de comer, tumbarnos, descansar, fumar… Estoy convencido de que por aquel entonces la mayoría de nosotros ya no pensábamos mucho ni siquiera en la familia.

Los encuentros rituales de Feldmann de ninguna manera se parecían, ni podían hacerlo, a los planes de acción urdidos en los campos de prisioneros de guerra, ni a la construcción consciente y objetiva de un futuro. Comparados con nosotros, los internados en los campos de prisioneros de guerra debían de ser unos veraneantes despreocupados.

Por primitivo y torpe que fuera, en cuanto al efecto, al menos al

efecto momentáneo que producía, era una medicina. Vázsonyi, Maurer, Gleiwitz, Grosz, Bolgár, Weisz o yo mismo, todos los que aún estábamos más o menos en nuestros cabales, interveníamos o escuchábamos su charla tendidos en los catres del inhóspito edificio en tinieblas. Hablábamos en húngaro, pero a veces lo traducíamos al polaco y —por consideración a los contados compañeros de Occidente — también al alemán.

Una noche, Feldmann pasó a hablar de algo concreto. Hizo una proposición formal.

—Más o menos todos comprendemos —dijo— que una vez comenzada la invasión, el curso de los acontecimientos se va a acelerar. En este momento, sobre todo en nuestras circunstancias, es imposible prever en qué grado lo va a hacer, y tampoco las acciones concretas en las que esto se va a manifestar. Sin embargo, una cosa es cierta: un giro imprevisto no ha de pillarnos desprevenidos. Y solo existe una única manera de lograrlo: unir nuestras fuerzas.

A continuación, expuso el plan al detalle. Los participantes originales se agruparían en células de diez. Las células tratarían de convencer a los demás. Cada miembro de ellas organizaría un grupo de treinta miembros. A los griegos no les revelaríamos nada. En caso de percibir indicios inequívocos de la proximidad de tropas de liberación, siguiendo una señal antes acordada, intentaríamos darnos a la fuga. Frente a las doscientas personas de la guardia SS, nosotros éramos unos tres mil; eso sí, sin armas ni fuerzas. Todos sabríamos que se trataba de nuestras vidas, y una voluntad tenaz multiplica las fuerzas. Las primeras armas había que conseguirlas abatiendo por sorpresa a los centinelas solitarios.

Era una idea desesperada, pero, efectivamente, no había otra opción. Parecía la única forma de prevenir un supuesto intento de los nazis de aniquilar el campo y a sus prisioneros en caso de peligro.

Todos aceptamos el plan. No obstante, con eso al mismo tiempo cesó aquel esfuerzo incipiente. La propia ejecución del plan, es decir, el comienzo de la agitación, nunca pudo llevarse a cabo, ya que al tercer día nos destinaron a otro *lager*, y las dos terceras partes del campo fueron puestas en camino de inmediato. Con ello, desde luego, acabaron las sesiones de Feldmann, y el plan de fuga se fue a pique.

Gracias a una insólita casualidad, la gran noticia se anunció justo durante el *appell* nocturno que siguió a nuestra reunión.

Tras despachar los asuntos corrientes, entre los cuales se entendía el apaleamiento brutal de los delatados, Max y el escribiente se situaron en medio de todos.

—Voy a leer números —anunció—. El que oiga el suyo, mañana de madrugada, en vez de unirse a su escuadra, se coloca en una columna aparte.

El pavor nos atravesó a todos. ¿Qué significaba aquello? No nos gustaba que nos distinguieran, y teníamos terror a «ser señalados con el dedo».

La lectura de los números duró dos horas. Incluso tras el toque de queda, Max continuaba gritando inalterable. Señalaron a unas dos mil personas. Yo estaba muy al principio de la lista. ¿Había de alegrarme o de tener miedo? Lo que enseguida tuvimos claro era que debíamos abandonar aquel lugar. «No me pueden llevar a otro mucho peor», pensé. ¡Trágica equivocación! El peor caso era Birkenau, con su bosque de chimeneas lanzando humo. Y aquello, pensándolo bien, al fin y al cabo, no era una solución de las más detestables.

A la mañana siguiente nos pusimos en camino a pie y con una ración de pan para dos días. Mira por dónde, allí, entre nosotros, estaba el mismísimo Max, el terrible dios del *lager*. Nuestro odiado *ältester* había sido víctima de un golpe de Estado. Los autores intelectuales del golpe eran Weisz, el *kapo* de la empresa Urban, y Michel, el ladino escribiente. La lista la habían elaborado ellos mismos, al azar. Mientras tanto consiguieron denunciar a Max ante el comandante. Convencieron al matarife de despacharlo también a él.

Infernal ironía… en el mismo infierno.

Max lee los números a voz en grito. De pronto, descubre el suyo. También ha de gritarlo, no tiene otro remedio. El propietario del burdel en París, asesino y renegado, queda rebajado en un abrir y cerrar de ojos a la categoría de un *häftling* común y corriente. Aunque no del todo. El jefe del *lager* se compadece de él y nombra *kapo* de la columna a su verdugo caído en desgracia.

¿Adónde vamos?, nos preguntábamos todos los que estábamos a punto de partir. La ración de pan de dos días apuntaba a una marcha prolongada, y el elevado número de escoltas de las SS y hombres de la Todt tampoco eran una señal favorable.

Siguió una verdadera larga marcha, como tantas veces desde que estábamos en aquella tierra condenada. Nos arrastrábamos descalzos, ya que los zuecos de Auschwitz habían acabado en la basura hacía tiempo. Ni siquiera las cuidadas carreteras de macadán alcanzaban a aliviar considerablemente los tormentos que nos causaban los sangrantes pies, cubiertos de heridas. La doble ración de pan, desde luego, nos la zampamos todos nada más recibirla. El *häftling* que padece un hambre crónica no es capaz de disciplinar los músculos masticadores.

Esta vez —a perro flaco todo son pulgas—, el sol también recobró fuerzas. Quemaba de lo lindo, cocía nuestros andrajos cubiertos de polvo y sudor, mientras los piojos cumplían con su doloroso cometido.

Otra vez pasábamos junto a unos campos y dejábamos atrás pequeñas y desiertas ciudades. A la caída de la tarde nos detuvimos en

una callejuela de una plácida ciudad, al pie de un monte. Entramos por escuadras en un edificio que resultó ser el baño municipal. De nuevo hubimos de arrojar nuestras ropas a un montón. Nos pusimos bajo las duchas, y al mismo tiempo desinfectaron nuestros trapos. Cuando nos expulsaron del paraíso del agua caliente, por supuesto, entre tanto guiñapo idéntico nadie era capaz de dar con el suyo. Hubo que combatir por cada prenda de vestir. Tras la sesión de puñetazos me encontré más andrajoso que nunca. Hasta el momento me había esforzado en tener al menos una camisa y unos calzoncillos más o menos cuidados; ahora, en su lugar me habían tocado unos colgajos.

Así llegamos a la nueva parada, ya a la noche siguiente: ante la alambrada del *arbeitslager*, el campo de trabajo hitleriano de Fürstenstein, señalado con el número tres romano.

SEGUNDA PARTE

11

Un inmenso castillo, rodeado de un magnífico parque de más de mil hectáreas, mira hacia abajo silencioso, como quien lo entiende todo, a seis largas filas de tiendas de campaña redondas y verdes, a la torre de vigilancia armada con una ametralladora, a la sinuosa línea de la alambrada y a los otros atributos de los campos de la muerte. Fürstenstein es la sede de la antigua casa ducal alemana de los Fürstenstein-Pless. El *lager*, a ojos vistas, se ha levantado aquí debido a la presencia del imponente palacio de tres pisos y cuatrocientas cincuenta habitaciones. Esta obra maestra de la arquitectura medieval, tal como lo indica la inscripción grabada en una placa de mármol en la fachada sobre la puerta principal, se reconstruyó a finales del siglo XIX; no obstante, con excepción del ala residencial central, por fuera se ha conservado en su forma original. Torres esquineras poligonales de piedra sin labrar y murallas salpicadas de aspilleras evocan la atmósfera de la Edad Media. Desde luego, no de esa Edad Media que los lunáticos de Hitler impusieron en la década de 1940, sino algo mucho más auténtico y más humano. En aquella Edad Media, cuyos caballeros y damas eran contemplados por estas piedras, aún había siervos, pero ya no esclavos, al menos en Europa.

Dicen que el actual duque de Fürstenstein-Pless se casó con una inglesa y se exilió a Londres para huir de Hitler. Puede que siga allí ahora. No obstante, la estrategia hitleriana condenó a muerte la hermosísima edificación. Cientos de salas atiborradas de inestimables pinturas al fresco, muebles y objetos de decoración, auténticas obras de arte, quedaron arrasadas en cuestión de días. Legiones de obreros alemanes y ucranianos, miles de deportados judíos se dedicaron día y noche a la destrucción. Quebraron muros, redujeron a polvo a los atónitos ángeles de los frescos, los orgullosos baluartes se desmoronaron bajo el hierro de los picos.

Desecaron el estanque del enorme parque y talaron áreas enteras de bosque. El sedoso césped tan bien cuidado fue horadado por herrumbrosos rieles industriales y los paseos de grava se volvieron intransitables debido al barullo de hoyos y fosas.

Bajo el ancestral edificio de piedra se extendían vastos espacios subterráneos. Era un auténtico sistema de catacumbas ensanchado ahora kilómetros y kilómetros en longitud y profundidad.

Sin lugar a dudas, se estaba construyendo una zigzagueante ciudad subterránea. De modo que parecía bastante creíble la versión que

circulaba por ahí según la cual nos encontrábamos en el corazón de la gran línea de defensa, y el castillo y los dominios pertenecientes a él estaban siendo habilitados como cuartel general de Hitler, para el caso de una eventual retirada. En cuanto a la ciudad cueva, allí se instalarían fábricas de armas de importancia vital.

Nosotros, los dos mil deportados, solo servimos para completar la hueste de obreros, de por sí respetable.

Así que no toca el gas, sino la esclavitud. Sin solución de continuidad. Tomo nota de la certidumbre sin especial satisfacción. No me anima otra serie más de días que no prometen, que no cumplen nada. Dos jornadas de marcha sin comer ni beber, vestido con harapos, es un lapso de tiempo lo suficientemente considerable para que uno vaya haciéndose a la idea de una muerte inmediata.

Nuestra primera impresión tampoco es muy prometedora. El *lager* es mucho más grande que Eule, su población ya antes de nuestra llegada alcanzaba los cuatro mil habitantes; no obstante, la comodidad de los barracones es un concepto desconocido aquí. Ya la idea de volver a sumergirnos en el insoportable hedor de las tiendas es poco halagüeña, y cuando veo la primera tienda de Fürstenstein, Eule pronto se me antoja el paraíso perdido.

Tras nuestra llegada, en las tiendas destinadas originalmente a veinticuatro personas se apiñan cuarenta o incluso cincuenta. Hay pocas tiendas de campaña vacías. Nosotros, los recién llegados, aterrizamos en la vida de nuestros compañeros de fatigas como huéspedes nada gratos.

Acabo en la 28, la tienda de peor fama. Sus inquilinos están en cuarentena. Aquí residen los criminales comunes, desde luego también judíos, deportados a Auschwitz desde la prisión de Sopronkőhida, en Hungría. Así que tengo mala suerte. Dar con los huesos entre cuarenta malhechores de siete suelas, cínicos y dispuestos a todo, es más que un accidente.

Son presos condenados a largos años de cárcel por homicidio, robo o tráfico de objetos robados. En la 28 no hay ni un criminal de guante blanco. Los años de presidio han marchitado lo que quedaba en ellos de humanidad; no requiero mucha fantasía para imaginarme qué cotas ha alcanzado su salvajismo aquí y con qué pasión reciben a los recién llegados, a causa de los cuales han de apretarse más aún, porque ocupan una parte de los pocos centímetros que constituyen su madriguera.

Su decano de habitación es Sanyi Róth, un famoso criminal reincidente. Ladrón en serie, la última vez le cayeron cuatro años por robo. Justo estaba cumpliendo la condena cuando sobrevino la ocupación nazi.

Sus compañeros constituyen otra refutación más de las vociferantes

teorías nazis sobre la existencia de una raza judía independiente. Estos tienen poco de judío y tanto más de criminal nato a lo Lombroso.

La noche de nuestra llegada me encuentro en la 28. Aparte de mí, solo el pequeño Bolgár ha sido asignado al «Markó», como llaman a la tienda, en alusión al centro penitenciario de la calle Markó, en Budapest. Este es el apodo que se usará en el *lager* para referirse al escenario de lo que será mi vida en adelante.

Sanyi Róth me mira de pies a cabeza con repugnancia:

—¿Quién coño os ha enviado aquí?

El pequeño Bolgár le contesta ingenuo:

—Creo que el *lagerältester*. A juzgar por su brazalete.

—¡Que se pudra junto con todos vosotros! A las tiendas de los señores seguro que no ha mandado a nuevos pringados, el muy cabrón. Y eso que allí son solo veinticuatro repantigándose a sus anchas.

—Hacednos un hueco en los catres, compañeros —les pido.

La tienda entera estalla en una carcajada sardónica:

—¿Los venerables señores desean retirarse a sus aposentos? ¿Y encima dormir tumbados? ¿Sentados no les vale?

Miramos alrededor. Algo de razón tienen, sin lugar a dudas. Es inimaginable que en esta pocilga nos hagan un hueco a diez personas más.

Por fortuna aparece el *lagerältester* segundo, un individuo regordete que no para de vociferar. Controla si los nuevos han podido instalarse. Y entonces ocurre un milagro. Los aborígenes de la 28 recogen huraños, pero obedientes, sus trastos. Evidentemente temen al hombrecito gritón, que da órdenes como si estuviera domando animales.

De alguna manera logramos tender nuestras mantas. Seguimos sin recibir alimento, pues hemos llegado «provistos de comida» para dos días. A los otros justo les están repartiendo su ración en estos momentos. Los rayados de la 28 atrapan los pedazos de pan que les arrojan. Al fondo de la tienda cuatro personas forcejean desesperadas, rechinando los dientes. Toca una hogaza para cuatro personas, y pese al meticuloso racionamiento, los combatientes son incapaces de ponerse de acuerdo. La encarnizada discusión degenera en una lucha cuerpo a cuerpo y se aviva por momentos.

Sin siquiera mirar allí, Róth lanza un latigazo al aire con su vara y al instante todos enmudecen. Uno de los combatientes se levanta a duras penas, con la frente sangrando, fijando su animalesca y apagada mirada en el mendrugo. Ávido, le arranca un trozo y lo engulle de inmediato.

Me froto los ojos, ardientes y sin embargo pesados. Estos episodios me son desconocidos, incluso después de Eule. ¿Adónde he ido a

parar? Mi mirada se cruza con los ojos bañados en lágrimas del pequeño Bolgár.

Los de la tienda mastican, sorben y lanzan chillidos. Se ceban gimiendo con placer, como si participaran de un acto sexual. Róth saca una lámpara mugrienta y la coloca con cuidado sobre el tablón que sirve de estante encima de los camastros. Un haz de luz escuchimizado y lánguido recorre la tienda. Como en un drama de Gorki.

Nuestro jefe de habitación rumia un colinabo. Se ríe:

—Me he agenciado tres, de dos kilos cada uno.

Extiende el brazo hacia el tablón sobre él y saca de su cofre de madera el tesoro.

—¿Dónde? —le preguntan.

—Detrás de la cocina. Lo trajeron ayer. También margarina, col y remolacha. Los de la cocina se ponen ciegos.

Unos ojos llenos de envidia, aunque también de devoción, acompañan la ruta del colinabo hasta la boca abierta de Sanyi Róth.

—¿Te has escabullido hasta la cocina?

—Imbécil. Trabajo allí desde hace dos días. Lavando calderas. Un curro fácil.

—Qué potra —comenta su vecino con un respeto casi tierno.

—¡Narices! De haberla tenido, ahora sería mío un cuarto de paquete de margarina —se jacta Róth—. Escucha, tío. Entro en la cocina con dos calderas. No hay nadie. La manduca está en la mesa. Yo, con lo estúpido que soy, me pongo a dudar. De repente aparece el *kapo* de las patatas y me da una patada en el culo. Si el maldito llega solo un segundo más tarde… ay…

—¿Cuántas raciones son un cuarto de paquete?

—Al menos veinte.

La tienda 28 se queda meditabunda. Unos dedos rosados acarician la imaginación predispuesta a fantasías gastronómicas. Veinte raciones de margarina…

Aquí no se tejen quiméricos planes de futuro, como en Eule. Las explicaciones del pequeño Bolgár acerca del campo de batalla despertarían escaso interés. Es un grado más bajo aún en la escala de bestialidad. La 28 ya no sueña con la liberación.

Ignoran nuestra presencia. Mi vecino se repantinga descaradamente junto a mí. Me cuesta incluso respirar, pero por el momento no me parece sensato protestar. Discuten los acontecimientos del campo, vuelan nombres y sucesos desconocidos levantando pasiones. Entre juramentos hablan de túneles, de turnos nocturnos, enumeran a los muertos.

De pronto, Róth se percata de nuestra presencia.

—¿Tenéis cigarrillos?

—Piojos es lo que tienen —contesta un aborigen por nosotros.

Róth suelta un bufido:

—¿Alguien te ha preguntado, Jaksi?

Jaksi, un joven con el rostro picado de granos, se encoje. Ahora, el jefe de la habitación se dirige a mí:

—¿De dónde venís?

—De Eule.

—¿Y eso dónde está?

—No lo sé. Hemos estado caminando dos días.

—¿Por qué ciudades habéis pasado?

—Solo se me ha quedado el nombre de Waldenburg.

—¿Cómo era el campo?

—Terrible.

—¿Un tercio o un cuarto de pan?

—Un cuarto.

—¿Y extra?

—A veces.

—¿Trabajo? ¿Trato?

—Terrible.

El hombre corpulento y ya canoso añade con voz más queda:

—Pues aquí también vas a ver cosas.

Y las vemos. Ya al día siguiente. En el *appell* matutino reina un ambiente aún más desconsolador que en Eule. Avanzamos por entre las tiendas hacia la puerta, a trompicones, encharcados en el lodo hasta los tobillos, en la más absoluta oscuridad. Es allí donde hemos de formar filas.

Älteste y *kapos* corren de aquí para allí. Resuena el ruido sordo del instrumento de comunicación y convencimiento: la porra de goma. Los de aquí, si cabe, están aún más harapientos que nosotros. Aunque es posible que solo sea una impresión mía. Las sombras que danzan y se rascan en las tiendas delata que los piojos tampoco escasean.

Los *kapos* empujan a la gente a sus grupos. Los poderosos del campo observan el desbarajuste con los brazos cruzados ante la tienda n.º 1, la residencia común de los *lagerälteste* y los escribientes. Las voces de mando restallan en alemán y en húngaro:

—*Hegerfeld, antreten!*

—*Lagerarbeiter zu mir!*

—*Sänger und Lanninger! Sänger und Lanninger!*

—¡Trabajadores de la Pischl! ¡Arriba!

—¡Trabajadores de la Kemna! ¡Trabajadores de la Kemna! ¡Primera calle!

—¡Los que llegaron ayer! ¡Los nuevos! ¡Aquí!

De la frenética vorágine se forman columnas listas para marchar.

Nosotros quedamos aparte. Dos *häftling* del grupo de los

mandamases se dirigen hacia nosotros. Un tipo grueso de unos cuarenta o cincuenta años, con una porra bien grande, y un joven calvo y esmeradamente afeitado. Son el *lagerältester* primero y el escribiente. Los *kapos* entonan su cantinela:

–Achtung! Schmützen ab!

Los gorros vuelan de las cabezas ante dos esclavos aseados y enfundados en ropa limpia. En Fürstenstein la posición de firmes no solo procede con los alemanes, sino también con los esclavistas judíos.

Berkovits, el *lagerältester* primero de Fürstenstein, que anda siempre agitando un garrote, es más temido incluso que Max, de Eule, que ahora corretea de un lado para otro ante nosotros, dándose aires, como jefe de los recién llegados. Vocifera, da órdenes, hace gestiones. Es inútil, intenta apañarse al menos un cargo medio. Nadie lo conoce, no conoce a nadie.

Esforzándose por aparentar imparcialidad, se acerca a Berkovits:

—Permítame, señor colega. Soy Max, el *lagerältester*.

Sin titubear Berkovits golpea con su garrote en la mano extendida. Max lanza un quejido y, estupefacto, da un paso atrás. De entre nuestro grupo se oye una risita queda y tímida, y eso que tenemos pocas ganas de risa. Somos testigos de un ejemplo clásico de némesis.

—Aquí somos solo dos *lagerälteste*. Y el que no quiera comprenderlo, que se vaya preparando. *Verstanden?*

Max se encoje. Intenta salvar lo salvable.

—Pero a mí en Eule me nombraron *kapo* del grupo que acaba de llegar.

—*Kapo*…, eso quizá sí es posible. Ya veremos.

Berkovits es de una provincia del norte de Hungría. Un tipo oscuro, dicen que es comerciante. Ha pasado largo tiempo en la cárcel por quiebra fraudulenta. Es un ejemplo clásico de las invertidas leyes para hacer carrera en el universo concentracionario. Abusa de su poder a base de bien. Se rumorea que él y el checo Röhmer, el escribiente, ingeniero de profesión, ejercen un control absoluto sobre el jefe del campo.

Este tal Röhmer es el que se detiene ahora ante nosotros. Lleva una lista en la mano. Habla alemán. Lee nuestros números y nos alista en los grupos ya establecidos. Yo acabo entre la gente de la Sänger y Lanninger. Me pongo en la larga fila. Mi vecino rompe a hablar en voz queda. Es un hombre encorvado y pálido.

—La has cagado.

—¿Por qué?

—¿Sabes qué es eso de la Sänger y Lanninger?

—No.

—El túnel más chungo. Ya lo verás.

—¿Y tú lo aguantas?

—Solo la Kemna es peor que la Sänger y Lanninger —dice a modo de respuesta, con profunda convicción—. Y el infierno. ¿Eres de Budapest?

—De Bácska.

—A mí me han deportado aquí desde Budapest. Me sacaron del tranvía 44 cerca de la Estación del Este. Mi nombre era Farkas. Doctor Farkas.

Yo también le digo mi viejo nombre. Es la primera vez desde que estoy aquí. Nos estrechamos la mano.

Mientras caminamos hacia la zona de trabajo, situada a cuatro kilómetros, el doctor Farkas, el médico de Budapest, me presenta Fürstenstein. Me habla de la Sänger y Lanninger y sus esclavos. Es la compañía encargada de la construcción de las cuevas en el mundo subterráneo. Un trabajo de esclavos que acaba moliendo el cuerpo y devastando el alma. Los trabajos de explosión y perforación y la retirada de escombros transcurren en dos turnos sin cesar a lo largo de las veinticuatro horas del día. El ruido es ensordecedor. Las obras son dirigidas por obreros italianos. Italianos seguidores de Badoglio. Prisioneros de guerra e internados, capturados por los alemanes tras la caída de Mussolini. Dicen que los italianos son los mejores excavadores de túneles.

La Sänger y Lanninger S. A. es una compañía privada, con sede en Berlín o tal vez en Düsseldorf. Aquí, en Fürstenstein, mantiene una sucursal con una nutrida plantilla. Trabaja para el Estado y paga un modesto dividendo a sus accionistas. Al mismo tiempo, aquí, a diario, unos veinte o treinta parias revientan trabajando para la lucrativa compañía. A la Compañía de las Indias Orientales o a los propietarios de las plantaciones de Ceilán les importaba más la suerte de los esclavos que faenaban en sus tierras que nosotros a los accionistas de la Sänger y Lanninger. Nosotros no somos siquiera propiedad de esos venerables inversores y empresarios. Nuestra desaparición no les causa el menor perjuicio económico. Y al Estado aún menos. Mano de obra hay de sobra.

Aquí, el esclavista principal de la empresa es el ingeniero jefe. Un alemán típico: arde por la furia de trabajar y por el odio. Para él, la victoria y los beneficios son igual de importantes. El mismo se comporta movido por ese ideal. Y encima con un método eficaz. Tocado con su gorro verde de cazador adornado con plumas y con su estrecha chaqueta mal cortada parece una caricatura de una revista de humor. No obstante, desprende un aura de terror, como el Manco.

No, no asesina con sus propias manos. Asesinar, a fin de cuentas, no pertenece a las tareas de un ingeniero jefe con salario fijo. Tampoco apalea. En cambio, prepara listas. Toma notas. Recorre infatigable los pozos en medio de la estridencia de las máquinas taladradoras y, sin

ser notado, aparece de pronto a la espalda del *häftling*:

—Su número, por favor —le dice en tono cortés al recluso que quizá se haya parado justo en ese momento para darse un respiro.

Sí, trata a la gente de usted. Toma nota y continúa su camino sin decir palabra. Los números anotados acaban, sin embargo, en manos del jefe de campo y son leídos en los *appell*. El del gorro verde a veces llega a cazar incluso a veinte o treinta víctimas.

Yo trabajo en el túnel. Una dilatada red de cuevas se extiende a todo lo largo de la cadena de colinas que rodea al castillo. Diez bocas de pozo agujerean la ladera de cuarzo. En el estómago del monte, galerías y más galerías, cada vez más largas y anchas, hasta formar auténticas salas o plazas. Las cuevas están conectadas por pasajes.

Trabajar en un túnel es una ardua tarea. Eso ya lo sabía de antes. El obrero que batalla bajo tierra con implacables piedras está bien pagado y es tratado con especial atención en todo el mundo. Aquí, el principio fundamental es justo el contrario.

Las titilantes linternas, las bombillas sucias, colgadas de unas rocas salientes, apenas mitigan la deprimente oscuridad. Las taladradoras penetran chillando en la roca, trozos de piedra de cientos de kilos caen al suelo con un sonido sordo, el techo se desmorona. El eco, cual megáfono, amplifica el traqueteo de las vagonetas abarrotadas de trozos de roca.

Por doquier, una humedad que cala hasta los huesos. Las piedras emanan humedad, la empapada tierra bajo nuestros pies exhala humedad.

En algunos puntos ya se está hormigonando, en otros se llenan de sacos de cemento los insaciables estómagos de las hormigoneras. Se transportan vigas, en andamios de varios pisos unas sombras se tambalean. Es la primera vez que trabajo en un túnel. En Eule me libré, pero ahora, al parecer, he acabado zambullido en ello irremediablemente.

El *kapo* hace un embudo con las manos para gritarme:

—Tú, a cargar *bohres*. *Los!*

—Fortuna en el infortunio —comenta Farkas junto a mí, como si dijera amén—. Afánate en conservar ese puesto.

No tengo ni idea de qué es un *bohre*, y no me parece aconsejable hacer preguntas. Por suerte Farkas, antes de desaparecer como un rayo con la vagoneta hasta los topes, me ilumina. Los *bohre* son unas barras de hierro, largas o cortas, con los dos extremos en forma de cincel. Estos cinceles eléctricos van despegando capas de la pared rocosa previamente ablandada por medio de voladuras. El *bohre* solo se usa durante unos minutos, ya que pronto se vuelve romo. En la herrería lo calientan y lo vuelven a afilar con el martillo.

Voy tambaleándome de andamio en andamio, recogiendo las barras

usadas. En algunos puntos, los italianos casi me las tiran a la cabeza. Cargo con cuatro o cinco y me arrastro al sol. Subo unos cincuenta metros por la colina hasta el taller del herrero. A mi espalda, el guardia de las SS me vigila. Arriba recojo las barras afiladas y emprendo el camino de vuelta. Y así, sin cesar durante toda la jornada.

Sin duda, no es un trabajo de topos, como transportar piedras bajo tierra, pero tampoco es ningún juego de niños. Sin embargo, no consigo conservar mucho tiempo el privilegiado puesto. Al cabo de unos días me degradan, y a partir de entonces estaré meses acarreando piedras como parte de la hueste de parias.

Desde luego, en los túneles no hay ni rastro de instalaciones de seguridad. El desprendimiento de rocas está a la orden del día, y raras son las jornadas en las que no haya que sacar de algún pozo a uno o dos *häftling* aplastados por las piedras.

El espectáculo ya no nos sorprende. Ni los esclavistas ni los esclavos les echan ya siquiera un vistazo a los cadáveres. Los atropellos también son frecuentes. Los camiones cargados de arena, cemento, ladrillos, escoria y vigas llegan uno tras otro y se apiñan en el angosto espacio bordeado de montones de arena y piedras. Muchas veces sacan a algún que otro *häftling* de debajo de las ruedas. En ninguna circunstancia se levanta acta o se investiga el caso. Atropellar a un *häftling* no conlleva ni la menor consecuencia, como si el chófer atropellase a un perro o a una oca.

Hay víctimas que acaban bajo las ruedas no sin cierta intencionalidad. ¿Por qué no hacerlo? Pocas oportunidades más rápidas y sencillas de suicidio se nos ofrecen.

Los grises y los capataces de mina italianos, que hablan poco pero golpean mucho, disfrutan de las escalofriantes escenas. A veces incluso gastan bromas:

—Anda, judíos, ¿hoy no se va a suicidar nadie? Quiero ver cadáveres.

De vez en cuando incluso ayudan a los indecisos con un empujón imperceptible. Solo por amor al cachondeo.

Poco a poco las casamatas de Fürstenstein me acaban volviendo un piojoso. En el sentido literal de la palabra. El baño y la desinfección dejan de surtir efecto ya el primer día; los que llevan allí más tiempo están mucho más piojosos que nosotros. En general, todo es uno o dos grados peor que en Eule. La comida, los trabajos, la situación sanitaria, la jerarquía. Esta última es mucho más complicada. Como hay cocina, se ha creado la casta privilegiada de los encargados de cocina; en vez de uno, hay dos *lagerälteste*, *kapos* de *lager* especiales que disponen de los obreros internos como si fueran dioses, una hueste de escribientes…

La mayoría de los médicos faena como obrero común. Solo unos pocos han logrado por medio de contactos personales encaramarse y hacerse un hueco entre los mandamases. Su jefe, Katz, el médico del campo, que supuestamente en casa ejercía de dentista, nos recibe con el siguiente discurso:

—Escuchadme, compañeros. Soy el médico del *lager*. No soy malo, pero para que sepáis a qué ateneros he de deciros que aquí no hay enfermos. El que sea capaz de moverse tiene que trabajar. Aunque no pueda ponerse en pie. Aquí no existe eso de estar convaleciente, ni hay medicamentos; en cambio está Bulldog, el sanitario de las SS, que si encuentra a más de diez personas en la enfermería me apalea a mí. Y esos diez tampoco pueden ser sino moribundos inconscientes, con una esperanza de vida de no más de dos horas. ¿Alguien tiene tabaco?

Ahora mismo no tenemos tabaco. Una pena, porque según nos enteramos más tarde teniendo tabaco se pueden pactar negocios de confianza con el dentista nicotinómano.

De hecho, en este campo de seis mil reclusos, el agente de las SS apodado Bulldog solo tolera a diez o quince personas «indispuestas», que quedan eximidas de ir a trabajar. El nazi, desde luego, no tiene nociones de medicina; sin embargo, con una terquedad necia, se dedica a «examinar» en persona a todos los que falten del trabajo. Si no los encuentra lo bastante enfermos o la presentación del doctor Katz no es lo bastante convincente, apalea al médico y expulsa al paciente con unas vigorosas bofetadas. Entonces, el desgraciado intenta unirse a la sección de obreros más cercana, ya que, ¡ay de quien es encontrado sin tarea en plena jornada laboral! Significa la muerte. El jefe merodea todo el día dentro de la alambrada y, si pilla a algún ocioso, no espera al *appell* nocturno. Allí mismo lo muele a patadas y palos, de modo que el infortunado pocas veces sobrevive hasta el día siguiente.

Esta es la situación en el frente «médico». En cuanto a la alimentación, no es mucho mejor, aunque tenemos una enorme cocina operando. Aquí es del todo desconocida la llamada «sopa espesa», que simplemente significa que lleva un poco más de contenido, zanahoria o piel de patata, en el agua caliente. Contadísimas veces recibimos sopa de leche y, aun entonces, sin azúcar. En las escasas cenas con patatas se cobra su comisión implacablemente una multitud de manos intermediarias, desde el *lagerältester* hasta Sanyi Róth, que reparte la comida en la 28. El menú dominical está integrado por cuatro o cinco patatas podridas y medio cocidas.

Y para colmo tenemos una maldición propia de los campos: la bolsa de valores. Tras el *appell* vespertino, pese a que estamos todos agotados, el campo se convierte en una colmena. La gente, extenuada, pulula por el «mercado» montado ante la puerta. Compran y venden.

¿Qué? El fumador canjea su ración de pan por unos gramos de pésima *majorka* o un cigarrillo. Se ofrecen a gritos pedazos de zanahoria cubiertos de lodo, lonchas de remolacha forrajera, cebolla, col, patatas, incluso tomates. Se venden trapos que pueden ser utilizados como pañuelo o tirantes, bramante, papel de periódico para liar cigarrillos, primitivos cuchillos y cucharas de fabricación propia o latas de conserva vacías. Todo lo que es basura se convierte en un artículo con un valor de cambio. Los objetos que acaban en el mercado son, desde luego, robados. Los vendedores son aquellos que tienen los trabajos más afortunados: los escasos privilegiados de la granja que abastece a los trabajadores de la empresa Todt, los obreros cualificados que faenan en los talleres y hombres de la compañía Pischl encargados de las obras en el interior del castillo. También entre los que trabajan en los suburbios hay muchos espabilados que trafican con los ucranianos, cambiando pan por tabaco, que luego revenden dentro del campo con pingües ganancias. Los más espabilados se ganan a diario dos Uman. El Uman es un cigarrillo ucraniano sin boquilla, bastante grueso. Con el tabaco de uno se pueden liar varias barritas finas, por eso es muy apreciado, pese a que su tabaco pica la garganta como si fuera veneno.

Uman…

Al mencionar el nombre, vislumbro el recuerdo de unas lecturas. El objeto de nuestro deseo, el maldito cigarrillo, lleva el nombre de una ciudad ucraniana en la que a mediados del siglo XVIII tuvo lugar una masacre de judíos bastante masiva, al menos considerando las proporciones de la época. Alrededor de 1760 fueron aniquilados unos veinte mil judíos.

El otro cigarrillo que circula en el mercado está, asimismo, fabricado en Kiev. No tiene marca. Por la larga boquilla, que ocupa las dos terceras partes de la barra, todo quisque lo llama Vaina. En el mercado de trueque, un Uman equivale a tres Vainas.

A veces también se cierran «negocios» en *majorkas*, esos restos de tabaco insípido de rápida combustión, así como en un tipo de tabaco negro húngaro. Las divisas: pan, sopa, patatas, margarina y demás extras. En caso de una oferta mayor se vende tabaco también a cambio de objetos de uso. Naturalmente, los *häftling* no solo compran tabaco. De todas formas, pocas veces hay suficiente tabaco para que llegue también al mercado. Los trabajadores del huerto venden remolacha, colinabo, berza o zanahorias a cambio de pan.

Somos víctimas de una ilusión óptica. Nos cuesta resistir al hechizo de enormes coles de dos o tres kilos. Podemos devorar tres kilos a cambio de media ración de pan —así razonamos por lo general—. Desde luego, se nos olvida incluir en el cómputo el factor más importante: el valor nutricional.

Sin duda, la bolsa del campo acelera nuestro decaimiento ya de por sí vertiginoso. Muchas veces, los dueños de coles o remolachas, los no fumadores, se agencian con todo tipo de chanchullos cinco o seis porciones de pan, dejando a los demás sin ese alimento vital. Los extras, que son casi los únicos alimentos que contienen calorías, son los que con mayor frecuencia van a parar, como valores de cambio, a manos de los que nadan en la abundancia.

Este intercambio trastornado e histérico es una pesada maldición. Por si eran pocas las miserias que padecemos, una más. Los ansiosos de fumar son explotados por los desalmados propietarios de tabaco. Se agrupan en cárteles improvisados y suben los precios. A veces exigen una ración entera de pan a cambio de una pizca de *majorka*.

Unos segundos antes de las nueve la multitud se dispersa de la plaza de mercado y da comienzo el tráfico individual. Los que no han conseguido comprar o vender en el mercado, ahora tratan de cerrar negocios yendo de tienda en tienda. A cada minuto se abre una puerta. Los desvaídos y piojosos hombres esqueleto apenas pueden tenerse sobre sus pies, hinchados y cubiertos de heridas, y sin embargo van recorriendo las tiendas infatigables, repitiendo como un loro en tres o cuatro lenguas:

—¡Margarina por tabaco!

—¡Repollo por pan!

—¡Compro *majorka* por trapos de toalla!

—¡Doy patatas por Vaina!

—¿Alguien tiene *majorka*?

—¡Sopa de *kapo*, espesa sopa de *kapo*!

—*Schöne Suppe, schöne Suppe!* ¡Bonita sopa, bonita sopa!

Los vendedores alaban descaradamente sus mercancías. Los interesados se levantan a duras penas y hunden sus oxidadas cucharas de hierro en la «espesa sopa de *kapo*». Así determinan la cantidad de materia sólida que contiene. A continuación, comienza el desesperado regateo. Los que no entienden la lengua del otro, se comunican por gestos. El vendedor de pan pasa una uña por el mendrugo para mostrar el tamaño del trozo que está dispuesto a vender. El vendedor de sopa indica un pedazo unos milímetros más grande. Comprador y vendedor ululan en sus respectivas lenguas maternas y no paran de lanzar juramentos.

Los mirones observan la batalla rascándose entre serios y pensativos. Ellos también hunden la cuchara en la apetecida sopa: alaban, denigran, aconsejan.

Todo esto es un atormentador tira y afloja. En su día, incluso la comida que le daban a sus perros era mejor, y ahora esa misma gente, abandonándose a sí misma y centrando sus deseos en un único punto, ya no quiere otra cosa que menos piojos, menos golpes y más bazofia.

Esto también es el resultado de los experimentos de la barbarie científica. Cientos de miles de personas puestas a cuatro patas ya ni se afanan por vencer al animal en su interior.

12

La situación en la 28 es insoportable. Parece que Sanyi Róth me odia. Siempre me da a mí el extra más exiguo y el pan más minúsculo. Mi catre me lo robaron, en el sentido literal de la palabra. Ya me siento afortunado si logro apretujarme entre los hediondos cuerpos para sobrevivir a la noche acurrucado, medio tumbado y con los muslos apretados. En dos ocasiones han arramblado con mi pan, pese a que lo había puesto en el estante de encima de mí mientras engullo la sopa. Demostrar un hurto es imposible. Los bandidos roban con una rutina diablesca. Visto y no visto, reparten el botín entre ellos y lo devoran. Su respuesta a cualquier protesta es una indignación fingida magistralmente orquestada.

El pobre Bolgár tampoco lo tiene más fácil. En un momento de descuido le desaparecen del techo de la tienda 28 su camisa y sus calzoncillos, puestos a secar. Cuando arma bronca, ya es tarde. Los compinches de Róth «se lo han levantado» hace mucho, quizá incluso lo hayan vendido ya. La 28 ha tenido una buena pesca; luego la pandilla se ha pasado fumando tres días. Han dejado al pobre chaval malparado de verdad. Los calzoncillos estaban en unas condiciones relativamente aceptables. Le habían quedado de los tiempos de Eule, cuando aún trabajaba en la Todt. En efecto, guardaba celoso sus tesoros. Incluso entre los mandamases hay pocos que puedan jactarse de sus calzoncillos. Durante los días dedicados a quitarnos los piojos y a lavar nuestros trapos, cada tres domingos, Bolgár se pasaba horas arreglándoselos. Se había hecho incluso con una aguja y no se cansaba de extirpar las larvas agazapadas en los bordes.

Ha sido un duro golpe, al pequeño Bolgár le cuesta recobrarse. Hay que hacer algo, así no podemos seguir. Esta misma noche agarro a Róth:

—¿Puedo hablar contigo, compañero?

—¿Qué quieres?

—¿Por qué os estáis metiendo con el pequeño Bolgár y conmigo? Nosotros también queremos vivir. Llegar a casa, si puede ser. ¿Qué queréis de nosotros?

—No te gusta, vale, ¿y quién te ha invitado? —Se encoge de hombros.

—Ya sabes que no nos hemos hecho sitio entre vosotros por voluntad propia. Si no nos dejáis un hueco en el catre, si nos quitáis la comida y los harapos, la palmamos. ¿Es que no hay en vosotros ni

pizca de compañerismo? Antes los granujas tenían corazón. Honor de ladrones. Lo sé porque en su día ejercí también de reportero de tribunales.

La curtida cara de Róth se despeja:

—¡Coño!, ¿eres periodista? Creía que eras de esos empresarios estúpidos.

—Era periodista. Y Bolgár estudiante. Sus padres son muy ricos. Un día podrá sentirse agradecido…

—Lo del agradecimiento me la suda. —Frunce las cejas—. Sanyi Róth nunca ha necesitado del agradecimiento de nadie. Por cierto, ¿sabes quién era Sanyi Róth en el mundo del hampa? Desde el legendario Vili Medvegy no ha habido un revientacerrojos como yo.

Doy un grito de júbilo en mi interior. Sin querer he tocado el punto débil del ladrón. A partir de ahora se desvivirá por convencerme. Sanyi Róth está conquistado. Parece que yo me equivocaba. Sí que tiene corazón, quizá incluso más que la gente sin antecedentes penales. Solo que está un poco calloso. Venga, vamos a quitarle los callos. Le interrogo astutamente:

—¿Cómo caíste siendo tan de órdago? Tengo entendido que sois de Kőhida.

—Imbécil, ¿no creerás que a mí me iban a pillar así como así? Enchironaron a mi perista y el muy cabrón cantó. Hice cuarenta y siete atracos sin despeinarme. Iba a Viena en coches cama a ver la hípica. —Se le suelta la lengua. Se ablanda, está cambiado—. ¿Por qué no has dicho que eras periodista? Ya te contaré yo cosas.

—Muy bien —le contesto—. Y en adelante, me dejaréis en paz.

—Tú tranquilo. Ya hablaré yo con los compañeros.

Con su cuchillo de fabricación propia corta un buen trozo del colinabo, que no ha cesado de masticar durante la conversación.

—Toma. Y habrá más. Curro en la granja de la Todt. Podré traeros más. Ya le daremos a la lengua por las noches.

Capto el significado simbólico del regalo. Por esa parte, a partir de ahora el pequeño Bolgár y yo podemos estar tranquilos.

Nuestra conversación, milagrosamente, surte un efecto inmediato. Misi, el saltimbanqui y carterista tuberculoso y pálido como la cera se aparta junto con su manta sin que se lo pida nadie. Por fin puedo tumbarme. El lacayuno Jaksi empieza a tratarme de «señor redactor» y me ofrece virutas. También sus compañeros dejan de torturarnos. El atracador goza de una autoridad incondicional dentro de la tienda. Y los pequeños no solo lo respetan como al mayor granuja. Róth, a su manera, se considera un mandamás. Cierto es que no tiene ningún cargo, pero siempre le sale algo. Tiene una impresionante facilidad para acabar en los mejores puestos, y raras son las noches en las que regresa sin una buena «pesca».

Bajo las protectoras alas del jefe de habitación, la posición de Bolgár también se estabiliza. Nacido de pie, la suerte se ha puesto de nuevo de su lado. El tipo bajito ha logrado de alguna manera ganarse la simpatía del escribiente jefe, un ingeniero. Le han prometido colocarlo en la oficina de la Todt, como en Eule.

Dentro de la tienda los tormentos van amainando. Pero solo dentro de la tienda. El túnel sigue asesinando, y el tiempo se ha convertido definitivamente en nuestro verdugo. Llueve sin cesar. Es raro que el sol salga aun durante media hora, es como si fuera diciembre. El jefe del *lager*, un asesino gris salido de una cadena de montaje, como su colega de Eule, tiene el gusto de presentarse ante nosotros y comienza con sus sofisticados ensañamientos. Eso sí, revela más ingeniosidad a la hora de inventar nuevas torturas. Es un campesino de unos treinta o treinta y cinco años, subsargento de las SS. En el campo no hay ningún oficial de rango superior al suyo que, como él, sea responsable de la vida y la muerte de unas cinco o seis mil personas. Su broma favorita es hacer el *appell* en plena lluvia. El tiempo se ha convertido en un excelente cómplice para él.

Appell en la lluvia…

Más atormentador que el látigo y más letal que una bala.

El paso de revista vespertino, sobre todo si llueve a cántaros, dura horas. Nuestro subsargento y verdugo es capaz de hacernos esperar de pie en medio de una lluvia torrencial más de tres horas. Mientras tanto, él se dedica a rascarse las uñas o a hojear el *Völkischer Beobachter* en el despacho del comandante, fumando en pipa. Es una forma de tortura preconcebida y perversa, un tormento devastador. Tiritar en la lluvia hambrientos y piojosos, cubiertos del negro polvo de piedra. Y eso tras trece horas de ir y venir a duras penas metidos en el agua y el barro. Catorce hasta que llegamos a nuestras tiendas sin calefacción y por fin podemos quitarnos la ropa mugrienta y empapada de agua y escurrirla. A la madrugada siguiente volvemos a ponernos tiritando y a toda prisa los andrajos empapados. No es ningún milagro que tras unos pasos de revista tan ingeniosos esté a la orden del día una neumonía galopante…

Una variante perfeccionada de la inquisidora idea es que todo esto ocurra un domingo, día de descanso. En esas ocasiones pasamos medio día bajo la lluvia.

El jefe del *lager* tiene imaginación, y sus ideas encuentran sus solícitos ejecutores en la persona de los *lagerälteste* y los otros mandamases. La aristocracia no espera de pie a la intemperie. Ellos pueden resguardarse en sus tiendas; solo de vez en cuando recorren las filas para controlar las columnas de a cinco.

El tema de los piojos es, en el sentido físico de la palabra, candente. En nuestras nucas pululan argénteas colonias de larvas. Protegernos es

imposible. Desde que estamos aquí no hemos visto ni jabón ni polvo contra los piojos; no obstante, barberos circunstanciales, en su mayoría griegos, dibujan cada semana con sus desafiladas maquinillas la reglamentaria raya de prisionero en nuestras cabezas cubiertas de una gruesa capa de polvo. Esto y solo esto lo cumplen celosos.

El repugnante bicho termina con la relativa tranquilidad de las noches. Todos nos revolvemos rascándonos entre terribles tormentos en la pestilencia de la 28. Tenemos más espacio, a principios de septiembre contamos ya con cinco muertos.

En el *lager* estalla una epidemia de gastroenteritis. Casi todo el mundo se contagia. Quedarse en la tienda, desde luego, es imposible. El doctor Katz y sus asistentes despiden a los que se presentan ante ellos animándolos sin mucho convencimiento y, mientras duran las existencias, con dos pastillas de carbón.

Ante nuestros ojos, unos círculos ardientes bailan diabólicamente. Durante las horas de trabajo nos tambaleamos en una lánguida embriaguez. Cada dos minutos nos apartamos para acuclillarnos; evacuamos pus. Los ataques se suceden con tal rapidez que los atormentados se ensucian hasta veinte veces al día. Hacemos experimentos con «medicinas». Disolvemos trozos de madera carbonizados en agua contaminada, carbonizamos piel de patata. Los de la cocina hacen magníficos negocios con los posos del sucedáneo de café, lo venden a puñados.

Al final, unos se curan, otros mueren. Por lo que a mí respecta, tras quince días de tormentos, se puede decir que estoy recuperado. No pesaré mucho más de cuarenta kilos.

Mi cadavérico rostro está cubierto desde hace meses de espinas, me sobresalen los huesos, mis rodillas son puntiagudas. No tenemos acceso a ningún espejo, aunque tampoco hay mucha necesidad de ellos. Pasamos juntos todos los días; sin embargo, es fácil notar en los demás los aterradores cambios.

Y para colmo, un nuevo horror hace acto de presencia.

De pronto, los alargados rostros se vuelven anormalmente redondos. El líquido no procesado se amontona bajo la piel, en el rostro, el vientre, los brazos, las piernas, por todas partes. Nos inflamos. Mis rodillas, mis muslos se hinchan. Cada movimiento lo pago con un dolor atroz.

Nuestros médicos se encogen de hombros.

Edema de hambre. El corazón y los riñones pagan cara tal retención de líquido. Ya no son capaces de procesarlo. Y sin embargo, tenemos que ir al tajo.

De madrugada se presentan unos esqueletos hinchados al paso de revista. La terapia sería sencilla: comida más sólida, menos agua caliente con la etiqueta de sopa, descanso y más descanso… Pero ni

hablar de eso. En realidad, cualquier movimiento supone un riesgo mortal para el sobrecargado corazón. La mortandad diaria alcanza proporciones inimaginables. Los cadáveres son simplemente apartados, y el trabajo continúa. Los muertos siguen allí durante días, hasta que por fin los llevan a una fosa de cal viva.

Nuestros agentes de las SS reflexionan. Si esto sigue así, no habrá suficiente mano de obra. Últimamente resulta complicado solicitar nuevos transportes. Las compañías también lo notan. La Sänger y Lanninger reparte doscientos cincuenta gramos de carne de caballo entre sus hombres. Pero todo eso surte poco efecto.

Nos miramos los rostros, ya del todo ajenos, unos a otros. La muerte despliega sus alas sobre la maldita ciudad de tiendas. Los de gris toman medidas. Como de costumbre, no abordan el problema donde deberían: mejorando nuestra alimentación. En lugar de ello adoptan una medida aparente. Tal vez como consecuencia del informe del jefe del *lager* se presentan los llamados destacamentos de desinfección y comienzan a fumigar las tiendas, en una acción ridículamente inútil. Es obvio que con los instrumentos primitivos de los *häftling* es imposible aniquilar los piojos. En cualquier caso, por el momento no es ese el mayor problema.

Entre los desinfectadores está János Vázsonyi. A él también lo trasladaron aquí desde Eule, unas semanas más tarde que a nosotros. Está en el campo número 6, a unos kilómetros de nosotros.

Trae una noticia estremecedora. En Eule ha muerto Béla Maurer. Aparto la mirada, mis ojos se llenan de lágrimas. En mi interior pronuncio un discurso fúnebre sobre el cadáver arrojado al pozo negro de Eule: sobre el cuerpo ya inerte de un hombre todo corazón, amante de la risa y de la vida.

«En fin, resulta que te has equivocado, Béla. Has juzgado erróneamente la situación. Espera, ¿cómo solías decir? Que todos llevamos en nuestro interior reservas de fuerzas para cuatro meses. Y que dentro de cuatro meses esto terminaría con certeza matemática. ¿En qué mes estamos, Béla? Me temo que en octubre. Hace ya seis meses que la liberación se retrasa, se hace esperar cada vez más. En cuanto a las reservas, lo estimaste correctamente, resististe más o menos cuatro meses. El libro ya no lo vas a escribir, amigo Béla, aunque tenías razón. Aquí lo que puedes es dejar el pellejo, pero eso no hay forma de escribirlo. Nos ponen a prueba, nos humillan… Los vivos envidian a sus muertos. Te tengo envidia, Béla, alegre amigo. ¿Ves cómo nuestra edad viril ha acabado prostituyéndose? Adiós, feliz compañero, que ya te has desembarazado del yugo de la percepción, hasta siempre…».

Sin querer, pronuncio mis últimas palabras ya a media voz. Estamos por ahí, en el patio, con la vista clavada en el suelo, desvalidos. Ya no

nos interesa el cielo, miramos la tierra, la maldita tierra teutona, en cuyo suelo yermo el cuerpo consumido de Béla Maurer se está convirtiendo en polvo. A nuestro alrededor, las tiendas resuenan con los ayes y las maldiciones; delante y detrás, como una desesperación encerrada en sí misma, se extiende hacia el infinito la alambrada. Es octubre. Béla Maurer está muerto, y a nosotros…

—A nosotros tampoco nos queda mucho. — Vázsonyi comenta lo no pronunciado.

Su cara también está hinchada de manera antinatural, sin embargo parece más equilibrado, más sosegado. No le pregunto cuántas veces ha intentado suicidarse desde entonces. No le pregunto qué ha quedado de su optimismo encendido por la nicotina. Me habla de Eule. Desde luego, nada más empezar el gran traslado, las sesiones de Feldmann cesaron. A nuestro desplazamiento le han seguido otros, muchos más; parece que en la zona de Eule las obras están a punto de llegar a su fin.

Lo interrogo acerca de noticias del frente. Aquí vivimos en el vacío. Aparte de unas noticias inciertas que han pasado por varias bocas antes de llegar a nosotros, no sabemos nada.

—Por esa parte no hay problemas —dice—. El desembarco de los occidentales va viento en popa, los acontecimientos se están acelerando. En el este, los soviéticos mantienen la iniciativa en todos los puntos. Los carros de combate de Hitler se retiran a la desbandada. El Ejército Rojo está a las puertas de Prusia Oriental. Los rumanos han cambiado de bando. Pest está siendo cercado. Los cruces flechadas están liando los bártulos.

Saca una hoja de periódico algo rasgada, un fragmento de la portada de la *Waldenburger Zeitung*. Un titular de tres columnas: *Wachsender Druck der Feind gegen Budapest*. Creciente presión enemiga sobre Budapest.

—Quizá sí —mascullo al verlo.

No obstante, allí, mirándonos la hinchada cara unos a otros, no acabamos de creérnoslo.

Se guarda el periódico cuidadosamente y pronuncia con énfasis:

—Para papel de cigarrillo, si un día consigo tabaco. En el *lager* tenemos solo sacos de cemento de tela gruesa. Hace tres semanas que no trago humo. Veo que aquí lo tenéis más fácil.

Cosas del azar, llevo encima un cuarto de bolsa de tabaco de pipa. Se la compré a un italiano a cambio de la carne de caballo especial de la Sänger y Lanninger. A Vázsonyi se le ilumina la cara. Echamos el tesoro con sumo cuidado en el papel de periódico. *Wachsender Druck der Feind*, creciente presión enemiga… Lo envolvemos en él.

Nos miramos a través de una ventana de humo. No, después de todo, no es en absoluto imposible… Nos iremos a casa. Compraremos

tabaco en el estanco. Bolsas de tabaco. Todo lo que nos apetezca…

* * *

Mucho, mucho más tarde, tras la liberación, el 12 de septiembre de 1945 leí en un diario de Budapest:

«János Vázsonyi falleció ayer en un hospital en Alemania».

13

Gran acontecimiento en el *lager*: llega ropa de invierno. La traen camiones cargados con las ropas de abrigo más diversas. Bajo la inspección del *lagerältester* la trasladan a un barracón aparte. Nuestros oficiales se pasan el día clasificando y seleccionando, así como asegurándose para sí y para sus favoritos las mejores prendas.

Piezas de trajes de paisano, prendas desechadas de los deportados. La mejor parte se la han llevado hace tiempo al Tercer Reich. Tanto el frente como el Winterhilfswerk, la beneficencia para ciudadanos alemanes, necesitan ropa de abrigo y, después de todo —en la guerra no se anda con remilgos—, ¿qué hay de malo en que el jersey o el abrigo de pieles se los acabe de quitar alguien en Birkenau? Todas las piezas están primorosamente salpicadas de pintura roja y amarilla. De camino a Auschwitz ya vimos prendas así.

Aguardo con esperanza el cambio de ropa. Es hora de desprenderme de mis trapos piojosos.

Dolorosa desilusión. A falta de contactos me toca tan solo un caftán. Uno genuino, con los botones a la izquierda. Es a la vez holgado y de tela fina, no ayuda mucho. Pantalones ya no quedan.

Me echo el caftán encima de mi viejo traje y me convenzo de que ya no estoy helado.

A finales de octubre, como es habitual, irrumpe el otoño. Día tras día tengo peor cara. Yo no lo noto, es Sanyi Róth quien se fija en ello. En el curso de estas semanas me he dado cuenta de que, en el fondo, es un tipo decente, y que, más que nada, alberga una buena dosis de orgullo. Orgullo profesional. Agradecido por la ferviente paciencia con la que escucho sus relatos sobre su glorioso pasado como atracador, a su manera termina tomándome definitivamente y de forma duradera bajo su protección. Me suministra remolacha y col con regularidad, pese a que ya no trabaja en la granja de la Todt. A veces incluso deja caer una colilla para mí. Todo esto no es moco de pavo, sino una verdadera buena acción. El ladrón sigue apañándoselas, como antes. Come el doble que los demás, siempre acaba en otra sección, siempre «levanta» alguna vianda u otro valor canjeable por comida.

—Dentro de dos semanas estarás en el otro barrio —constata sin permitir la menor objeción y con poco tacto—. ¿Por qué no intentas dejar la Sänger?

—¿Y cómo?

—Pues eso, hijo, no se aprende en la escuela. Tendrás que inventar

algo.

Desde hace dos semanas mi situación ha empeorado, ya que me han asignado al turno de noche. Trabajamos desde las ocho de la tarde hasta las seis de la mañana sin descanso. Es el puesto más duro, más abominable. Los *kapos* del turno de noche son incluso algo más sanguinarios que los del turno de día, y los maestros y los obreros italianos, más salvajes. Los incesantes derrumbes de rocas amenazan con aplastarnos cada segundo de la interminable noche. El estruendo de las taladradoras me ensordece, mis rodillas hinchadas reaccionan a cada movimiento con un dolor insoportable.

Los del turno de noche duermen de día. Entonces solo los obreros que trabajan dentro del *lager*, el *ältaste*, el escribiente, los oficiales y el vándalo del comandante permanecen en el campo que, por lo demás, está bastante desierto. Movido por la siniestra advertencia de Sanyi Róth determino acercarme al escribiente para pedir su mediación.

Vamos a hacer una prueba. Me aproximo a él y —resulta grotesco solo imaginármelo— antes que nada me presento. No con mi número, sino con mi nombre. Según una vieja experiencia mía de cuando estaba libre, así puedes marcar a tu antojo el tono de la primera conversación con una persona desconocida. Si yo me presento, quizá se le escape sin querer su nombre. Inconscientemente el interlocutor adopta el estilo de la conversación. Y, por regla general, una presentación no va seguida de patadas.

Además, el escribiente jefe no parece un mal intermediario. En una ocasión lo espié mientras sorbía la sopa de leche sentado en el banco delante de su tienda. Un diminuto grupo de hambrientos *häftling* observaban boquiabiertos la operación, por supuesto a una distancia respetable. El escribiente —que a lo mejor percibía en su paladar la silenciosa súplica— le comunicó con un gesto a uno de ellos, elegido a dedo, que se acercara y sin decir palabra vertió el resto de su sopa en la lata del otro.

—Discúlpeme por molestarle, señor ingeniero —digo, pues sé que allá en Checoslovaquia era ingeniero—, se trata de una petición de vida o muerte…

Le hablo de esa manera, y entonces él también me dice su nombre. Que, por cierto, conoce y teme todo el campo.

El hombre, inseparable de su porra de goma y amoldado a la brutalidad de las voces de mando, me lanza una mirada, paralizado por lo insólito de la situación.

—Adelante —dice.

Le enseño mis pies hinchados y le pido que me destine a otro grupo. Si he de seguir en el túnel, estoy perdido.

—¿Qué número tienes?

—El 33031.

Se lo apunta. En la revista de la madrugada ya lo leen a voz en grito.

El resultado es inmediato, salgo de debajo de la tierra. Me envían a la empresa Pischl, encargada de la reconstrucción del palacio. A partir de entonces, los lugares de trabajo cambian con frecuencia. Un día estoy paleando arena en la cinta transportadora, cargando con grava o cebando la hormigonera. Al día siguiente me encuentro en un bosque de varas de hierro transportando carga hasta romperme los ligamentos. A la mañana siguiente estoy empujando con todas mis fuerzas junto a mis compañeros unas vagonetas abarrotadas y terriblemente pesadas. Nuestro *kapo* de la empresa es Max, el antiguo *lagerältester* de Eule. A saber por medio de qué habilidades se ha hecho con ese puesto y, ahora, en el ocaso de su pasajera gloria, procura recuperar su autoridad ultrajada.

En fin, es una enorme ventaja trabajar sobre tierra. Sobre mí está el cielo, y no una roca. Me emborracho de luz y me atiborro del avaro sol. Una firme determinación se gesta en mi interior: quiero vivir, vivir otra vez… Me hago una seria promesa: no compraré más tabaco por comida. Quiero vivir, regresar a casa… Vengarme como un perturbado, exigir cuentas a los que me han deportado aquí a la fuerza y hacer justicia.

Me vuelvo inventivo, y es por mi furiosa ansia de vivir. Empiezo a acometer yo también pequeñas empresas. Me cuelo a intervalos en el palacio, en cuyas obras del interior hacen trabajar solo a los más privilegiados. Comienzo a hurtar. Limpio todo lo que tengo al alcance de la mano y que puedo meter bajo mi holgado caftán sin ser advertido: cepillos de zapato ajados, retazos de sacos, papel, latas, en el campo cualquier trasto goza de valor de cambio. Se compran cables eléctricos para cinturón, trapos para peales. En una ocasión consigo «levantar» varios paquetes de compresas de celulosa a la vez. Entre la gente que anda con mil heridas sangrantes es un auténtico tesoro; logro hacer un negocio estupendo.

Desde luego, los pequeños hurtos entrañan un riesgo mortal. Si me pillan, no sobreviviré al castigo. Pero no me pillan. En cambio, así consigo casi a diario una pizca de *majorka*, o incluso algo de col o remolacha.

Quiero volver a casa…

Tras el reparto de la sopa las calderas son llevadas al barracón que hace de cocina, al otro lado de las alambradas. Esto cada noche corre a cargo de los de una tienda distinta. A veces voy elaborando un minucioso plan para el día en que le toque a la tienda 28 llevar las calderas. Ante la cocina se elevan montones de patatas y colinabos. Finjo tropezarme y me caigo hábilmente de bruces —justo en medio del soberbio tesoro—, y mientras me levanto trabajosamente entre

juramentos, unas valiosas patatas acaban en el fondo de los vastos bolsillos de mi caftán.

Me siento orgulloso de que entre mis compañeros de tienda ni siquiera los expertos se den cuenta de la pueril maniobra. Si le pongo al tanto, Sanyi Róth sin duda me aplaudirá.

No obstante, todo deseo de vivir, todos los esfuerzos han de acabar hundiéndose irremediablemente en la vorágine infernal. Los molinos de los dioses muelen despacio; tanto más rápidos muelen los de los campos de exterminio. La amarga ceniza del reconocimiento de esa verdad pronto termina apagando la llama de los instantes más apacibles. A mi alrededor, la realidad no deja de advertirme de ella: larvas de piojos, sopas búnker, cadáveres arrojados a la basura, hinchados muertos vivientes, porras de goma y revólveres. En estas ocasiones sobrevienen de nuevo los días de desaliento y de abulia, de los que ya he conseguido sacudirme una vez.

Vuelvo a contraer gastroenteritis. La hinchazón se va propagando por mi cuerpo de un modo espantoso. Esos días cargo con sacos de cemento para la hormigonera y me vuelvo definitivamente inmundo. El polvo de cemento que vuela por ahí de continuo se va sedimentando en gruesas capas sobre mi cabeza rapada. Se acumula sobre las encías, se cuela por la nariz, los ojos y los oídos. Ni siquiera Sanyi Róth es capaz de conseguir jabón. Cuelgo mis trapos del clavo que hay sobre mi cabeza. Los pantalones y la chaqueta empiezan a moverse por los miles de piojos pululantes. Terminar con ellos es a priori una empresa imposible; por tanto, con el tiempo ya ni siquiera lo intentamos.

Así llegamos a una de las fechas importantes: el 13 de noviembre. Alrededor de las tres de la madrugada, la puerta de la 28 se abre de una patada. La luz de unas linternas se dirige a los ocupantes de las camas.

—*Achtung!*

Nos levantamos de un salto, en duermevela, mecánicamente. Es el jefe del campo. A su espalda están Bulldog, el sanitario de las SS, el médico del campo, los dos *lagerälteste* y el escribiente primero. Katz lleva un folio en la mano. Se detienen en la puerta.

El escribiente se dirige a Katz:

—*Also los! Nur rasch!*

—Chicos —tartamudea el médico, y cuando la luz de su linterna le ilumina por un instante el rostro, se nota que está amarillo como la cera—, tengo un pesado deber. No puedo hablar largo y tendido, esta bestia ni siquiera quería permitirme hablar en húngaro en las tiendas húngaras. Seré breve: la cosa es que he de elegir a dedo a cuatrocientas personas que partirán esta misma madrugada. ¿Adónde?, eso en este momento nadie lo sabe a ciencia cierta. Como

no quiero engañar a nadie, os confieso abiertamente que, según una información no oficial, el destino es Birkenau. Al menos el jefe lo cree así. El resto ya lo sabéis… —La voz se le quiebra, sus palabras acaban en un balbuceo—: Yo… yo… es la trigésima cuarta vez que pronuncio estas palabras esta noche… No soy un asesino, no soy un asesino en masa…, no quiero serlo… No puedo más…, no sé qué decir… Que Dios castigue a estos canallas…, es horrible… —Su mirada nos recorre suplicante—. ¿Alguien se ofrece voluntario?

Nos cuesta concebir lo oído. Petrificados, nos quedamos mirando a los de gris y a los tres *häftling*, a los que el escalofriante momento les ha arrancado su tosca soberbia. Son esclavos, como nosotros. Mañana podrá tocarles a ellos.

—*Also, was ist denn?* —El jefe está impaciente. Aún quedan muchas tiendas por recorrer.

Katz echa un vistazo a la lista.

—Daos prisa, chicos. ¿Nadie? En este caso tendré yo que…

—No hace falta, voy yo. Total, de una forma u otra acabaré palmándola. Dos semanas antes o después, da igual. —Es Misi, el carterista.

—¿Tu número?

—El 72154.

—El siguiente. Necesitamos a cuatro personas de cada tienda. Pero ¡rápido!

—76525.

Es el tuerto Pereldik. Se murmura que antes de ser detenido era ladrón de pisos.

—A la mierda con todo —dice—, menos confort que aquí no vamos a tener ni siquiera en ese tugurio.

El pequeño Bolgár me lanza una mirada inquisitiva. Le digo sí con un ademán.

—37608. —La voz del muchacho tiembla.

—33031 —digo rápido como el rayo.

Katz suspira aliviado.

—Suficiente. Lo importante es no desanimarse. A fin de cuentas, no es seguro en absoluto. La única cosa cierta es que partís de madrugada. Total, casi que da igual —añade apresuradamente—, tarde o temprano todos acabaremos estirando la pata.—Continúa en alemán—: El que me haya dictado su número, que no vuelva a la cama, sino que se dirija de inmediato al barracón de los barberos. Y, después, a formar ante la enfermería.

El jefe gesticula con su pistola:

—A bañarse a fondo. Como encuentre un judío con una pizca de mugre en la cabeza… —Se calla para dar un énfasis amenazador a sus palabras. Luego se dirige a Katz—: *Fertig?*

—*Jawohl, Herr Kommandant.*

—*Also weiter*.

Sus pasos resuenan al salir. Esa noche, nadie vuelve a dormirse en la 28.

—¿Habéis perdido la chaveta? —resopla Róth, pero con voz insegura—. A lo mejor no os habría elegido a vosotros. Aquí estamos todos ya para la buitrera.

—Mira, Sanyi —dice el pequeño Bolgár, que se prepara con calma —, yo, por ejemplo, hace meses que quiero que esto termine. De pronto, uno empieza a pensar en la muerte como en un baño de vapor exquisito y refrescante. De tener coraje habría hecho algo ya hace mucho. Ahora me he quitado de encima el problema. Que aprieten ellos el nudo.

—Yo, por mi parte —dice Misi poniéndose en pie trabajosamente—, hace seis meses que no puedo saciarme ni mudarme de ropa interior. ¿Qué me espera? Incluso la liberación me trae sin cuidado. Esto es como cuando te toca la lotería, te lo juro.

Pereldik se acerca a la puerta silencioso. Respira hondo el aire de la gélida noche de noviembre. Yo también voy recogiendo callado. Soy el único de los cuatro que tiene un pequeño fardo, resultado de mis últimas andanzas. Guardo los trastos en una caja de galletas rota: un algodón sucio, unas tiras de trapo, papel de periódico. Aparte de una cuchara de hojalata oxidada y una lata de conservas no tengo más pertenencias.

Los otros nos rodean con una compasión mezclada de curiosidad. Como una ola impetuosa la bondad les inunda al vernos a los cuatro encaminándonos hacia una supuesta muerte. Róth se despide de mí regalándome una col y una colilla de Uman bien grande. Un mandamiento golpea por dentro a los que se quedan: ahora hay que dar, hay que regalar algo. Sobre nuestras piojosas cabezas ven flotar la aureola de la lúgubre sublimidad de la muerte por gas.

No obstante, algunos nos volvimos a ver en el crematorio frío. A esas alturas, sin embargo, ¿quién podía saberlo? Todos, incluidos nosotros y nuestros compañeros de fatigas, estábamos firmemente convencidos de que, a los que nos disponíamos a partir, no nos esperaba más que la cadena de montaje de la fábrica de la muerte de Birkenau. Ese «no es seguro» que había dejado caer Katz lo tomamos como un consuelo tenue y lánguido.

En los barracones del barbero los que están a punto de partir gimen a voz en cuello. Sobre todo los griegos, que arman bulla aterrados. Su lamento enloquecido me estremece y socava mi firmeza.

No obstante, al cabo de dos horas, cuando los cuatrocientos ya estamos alineados, recupero la calma. Estoy tiritando, pero ya solo por el frío. Nunca me habría imaginado que uno pueda resignarse con

tanta facilidad a la idea de la muerte, ni mucho menos que el fin inminente pueda ser deseado.

Tenemos que quitarnos la ropa de abrigo recibida hace muy poco. Cuando aparecen los camiones, nos encontramos otra vez con el cuerpo lívido e hinchado, cubierto de jirones de lienzo.

Camiones… Aumentan todavía más la presunta certeza. En Auschwitzlandia, que un vehículo proporcione comodidad raras veces significa la vida. Nuestro jefe, por su parte, cumple con su promesa nocturna y no para de apalearnos. La obligación, ante todo… Prefiere sacrificar las escasas horas de descanso nocturno que le quedan. No estamos lo suficientemente limpios. Se le olvida explicarnos mediante qué truco de magia tendríamos que haberlo conseguido.

Esta vez también nos proveen de pan y margarina para dos días. Nos hacinan en los camiones en grupos de ochenta.

Serán las cuatro de la madrugada, nos acompaña un claro de luna luminoso y frío. Y las metralletas, por supuesto. Ya no tenemos tanto frío, de tan apretados como vamos nos calentamos unos a otros. Devoro mi ración de pan con un poco de margarina, y mastico la col de Sanyi Róth, un reto para mis dientes.

Junto a mí se acurruca el pequeño Bolgár. En su rostro corre una lágrima que refleja el crepúsculo.

14

A última hora de la tarde llegamos ante una alambrada. Esbeltas chimeneas montan guardia tras un largo y destartalado edificio de piedra.

Chimeneas, esto concuerda con nuestras expectativas, aunque el edificio mismo recuerda más a una especie de fábrica que a un crematorio. Lo cierto es que no estamos en Birkenau, aunque, ¿qué más da? El imperio de los campos está bordeado, por el este y el oeste, por el norte y el sur, de varios Birkenaus de mayor o menor tamaño.

El edificio de dos pisos parece abandonado. Sus chimeneas no humean; solo se ven unos hilos de humo que se apresuran hacia el cielo desde los conductos de los barracones verdes alineados al fondo del vasto patio. Al oír el zumbido del motor, un único *häftling* aparece a paso lento por la puerta central.

—¿Dónde estamos? —La pregunta brota como una tormenta de cientos de bocas.

En el apático semblante del *häftling* aflora una especie de sonrisa fugaz. Contesta en yiddish:

—Que no os asusten las chimeneas. No es un crematorio.

—¿Y qué es?

—Dörnhau, un campo hospital. ¿No habéis oído hablar de nosotros?

Gritos caóticos. Claro que sí. Hemos oído que existe lo que llaman campos hospital, pero eso es todo.

Resulta, pues, que la compasión que nos rodeó en Fürstenstein al partir fue puro despilfarro lanzado al vacío. Mastico inmerecidamente la col de despedida de Sanyi Róth. ¿Qué dirían los de la 28 sobre semejante giro de los acontecimientos?

—¿Cómo es la situación? —Es lo primero que nos interesa.

El *häftling*, que más tarde resulta ser uno de los mandamases, es uno de los escribientes de Dörnhau, de súbito se pone tieso. Las preguntas de tipo confidencial son inconciliables con su puesto.

—Demasiadas preguntas. Cerrad la boca y a formar.

Otros se hacen cargo de nosotros, y de inmediato nos encaminamos hacia el interior.

En la planta baja y en el primer y segundo piso hay unas salas inmensas. Son los pabellones abandonados y desmantelados de una fábrica. Ahora albergan largas filas de literas. En cada uno de los camastros aglomerados hay dos o incluso tres personas desnudas, tumbadas, de pie, sentadas o acurrucadas. Solo unas pocas tienen

manta.

Aquí sí que no hay silencio. Por la ventana rota irrumpe el frío de noviembre; aun así, la peste es insoportable. Las paredes desprenden un hedor asfixiante. Entre las filas de literas corre un repugnante líquido amarillo de varios centímetros de alto. Esqueletos desnudos avanzan chapoteando en el fétido río.

La primera impresión: hemos ido a parar entre furibundos dementes. Mascullidos, lamentos, estertores, chillidos, una aturdidora cacofonía de voces exaltadas y amenazantes.

El pabellón del infierno está rabiando.

Veinte personas gritan a la vez:

—¡El bacín!, ¡el bacín!

Se trata de un cubo desportillado en el que aquellos que no son capaces de levantarse hacen sus necesidades. Si es que lo reciben a tiempo. Los acarreadores de bacines se muestran, por lo general, sordos ante las quejumbrosas voces de apremio. El recipiente casi siempre llega tarde y, la mayoría de las veces, el ocupante de la cama se lo hace encima allí mismo o, lo que es más frecuente, junto a la litera. Todos padecen diarrea. Ese es el origen de los arroyuelos amarillentos a lo largo de las filas de literas.

Los acarreadores de bacines no paran de maldecir, golpear, enseñar los dientes. Entre ellos y los ocupantes de las camas se entabla continuamente una lucha cuerpo a cuerpo. En un principio no termino de comprender cómo alguien, aun en nuestras condiciones, puede encargarse de un trabajo tan asqueroso. Más tarde me entero de que los del cubo son asimismo enfermos y chapotean día y noche en el mar de excrementos humanos solo para recibir un mendrugo de pan más grande, que es el que les corresponde a los llamados «de la *schonung*», los convalecientes capaces de andar, aunque ineptos para el trabajo normal.

No pasa ni una hora y ya no soy capaz de regocijarme por haber evitado Birkenau. Más tarde, entre los tormentos del crematorio frío muchas veces volverían a aparecer como unos fantasmas los minutos iniciales en Dörnhau; mi memoria retornaría con frecuencia a la primera imagen, a la que tardé en acostumbrarme. Lo hice cuando yo mismo acabé convertido en uno de aquellos hombres esqueleto que chillaban desnudos.

Crematorio frío…

La primera vez que oigo esta acertada expresión es en boca del doctor Haarpuder, que visita a los recién llegados. El doctor Haarpuder era en su día un renombrado cardiólogo en Transilvania, en el condado de Bihar. Aquí es un miembro poco distinguido de la nutrida jerarquía de médicos.

La aristocracia del *lager* de Dörnhau es enrevesada y está

hipertrofiada. A nuestra llegada, el crematorio frío albergará a unas cinco mil personas. De ellas, al menos quinientas ostentan algún cargo, y no dudan en hacer uso de su posición para comportarse como tiranos. Una rama distinguida del orden nobiliario es el cuerpo de médicos, compuesto por unas sesenta o setenta personas. Lo encabeza el médico jefe, el doctor Párdány, procedente de una provincia del norte de la Alta Hungría, una de las principales autoridades del campo hospital. El doctor Haarpuder es un suboficial de este grupo. Los subjefes y tenientes auxiliares del doctor Párdány son: el huraño y grueso doctor Auer; Grau, el cirujano diletante, que amputa con una sierra de carpintero en una mesa de madera sin cepillar, con el resultado previsible; el doctor Warschauer, y Erzberger, el dentista. A las atribuciones de este último pertenecen antes que nada los dientes de oro. Es a él a quien los acarreadores de cadáveres están obligados a rendir cuentas de los dientes de oro extraídos. El dentista, a su vez, los entrega al *lagerältester*. Este le paga la comisión al jefe del campo, y él, por su parte, al jefe de los sanitarios alemanes; el resto lo comparten entre ellos las principales autoridades. Fraternalmente. Según una estimación aproximada, a nuestra llegada se habían repartido ya de ese modo más de veinte kilos de oro. Todos tienen constancia de ello y todos lo encuentran natural. También entre los vivos se ha extendido la moda de comercializar el tesoro que esconden sus cavidades bucales. Toda una hueste de *häftling* se ha especializado en extraer, a cambio de una modesta retribución, los dientes de los voluntarios. El oro de las dentaduras se vende sobre todo entre los que trabajan en la cocina. A cambio de sopa. Por una corona de oro, sopa extra todos los días durante una semana: esta es la cotización general.

Párdány y su entorno dirigen al ejército de médicos. Desde luego, también los médicos con rangos inferiores gozan de una situación privilegiada. La casta, sin embargo, no admite a cualquier médico, ni mucho menos. Los recién llegados se convierten en soldados rasos, en pacientes ambulantes o postrados en cama, o bien en obreros comunes. Habrá cien médicos o estudiantes de medicina que se han quedado fuera del edén.

Otra rama de la aristocracia del *lager* es el orden nobiliario de los sanitarios militares. La mayoría consigue chupar del bote gracias a parientes o amigotes, sin que su oficio original tenga nada que ver con el cuidado de enfermos. Su monarca es un abogado llamado Miklós Nagy. Se murmura que en casa era propietario de una finca de más de mil hectáreas. Es un joven inquieto, escuchimizado, de esos que compensan su anodino físico con la arrogancia. Aquí la arrogancia, como es comprensible, se transforma en sadismo. Hace ya tiempo que ha perdido el juicio, está completamente perturbado. Y a pesar de su locura goza de gran poder. Su especialidad: golpear plantas de pies

descalzas y bailar danzas indias de combate sobre el vientre desnudo de la víctima. En una ocasión fui testigo de cómo el ligero hombrecillo se subió de un salto, como una pelota de goma, al pecho de un enfermo y con los ojos inyectados en sangre y profiriendo gritos lo pisoteó hasta quedar extenuado. El pecado de la víctima era haber intentado agenciarse una segunda sopa.

El sanitario jefe, un gran señor, está rodeado de tenientes. Cada gallo canta en su muladar, nunca mejor dicho. En cada bloque hay un enfermero al mando, aparte del *blockältester*. Cada una de las tres salas, situadas una encima de la otra, constituye un bloque independiente. Además, en todas partes por el edificio se encuentran multitud de enfermerías, ya sean mayores o menores, que también se dividen en bloques. Todos los locales de la fábrica, salvo las estancias más pequeñas y más cómodas de los dirigentes, están llenas de literas.

En la planta del medio reside asimismo una unidad «sana» de unas doscientas personas. Salen cada día a trabajar; están construyendo, junto a los reclusos del campo vecino de Kaltwasser, el país subterráneo de los nazis.

Cada fila de literas tiene un jefe directo, el sanitario del grupo, con dos suplentes, así como una hueste de acarreadores de sopa, repartidores de pan, barrenderos, cuberos, desvestidores y porteadores de muertos. Estos últimos se seleccionan de entre los de la *schonung*, los convalecientes. Cada grupo consta de cien o ciento cincuenta enfermos postrados en cama. Sus señores directos son el sanitario del grupo y sus suplentes.

Los médicos y el resto del personal de atención médica constituyen dos de los grupos de más alto rango de la jerarquía del campo. La tercera y tupida rama del orden de los magnates la constituye el nutrido grupo de los *älteste*, los *kapos* de cadáveres, los *kapos* de hospital, los *kapos* de finanzas y los escribientes, con el *lagerältester* Muky Grosz a la cabeza. El extraño apodo «Muky» no denota en absoluto cariño, confianza o intimidad. Es el nombre, escrito con *y* griega en vez de *i*, con el que el *lagerältester* firma los fríos anuncios de órdenes colgados en las paredes de los bloques.

Existe asimismo una cuarta clase de privilegiados. Son los que trabajan en la cocina. Cocineros, pinches, cortadores de pan, limpiadores de calderas y peladores de patatas. *Kapos* y gente común.

Y todos estos títulos, rangos y cargos no son en absoluto meras ficciones. Significan poder real. Por una parte, a través de la proximidad al privilegiado lugar de trabajo y a la olla de la sopa, que implican comida más abundante y más variada. Por la otra, se manifiestan de manera rotunda en un despotismo gratuito a la hora de impartir órdenes o castigos brutales, así como en la propia brutalidad. El que es portador de un cargo te puede apalear, matar a patadas o

quitarte la comida, te puede explotar o aterrorizar de la forma que le apetezca.

Y sobre todos nosotros resplandecen los dos soberanos raras veces visibles: el *lagerältester* y el médico jefe. Los dos son proscritos, como el resto de nosotros, pero a ellos, dentro del infortunio, la fortuna los ha cobijado bajo sus alas.

Si aparecen con su séquito en el bloque, se escucha el «¡Firmes!», igual que si se presentase un agente de las SS. Una imagen tragicómica: el prisionero con traje de rayas, seguido por sus ayudantes sumisos, pasando ante las literas e impartiendo órdenes y castigos. Muky, el ayudante de tendero de Pozsony, un hombre bajo y de mentón anguloso, con el solo movimiento de sus ojos o un ligero gesto de la mano fulmina y reparte favores, eleva y deja caer. Comparados con él, la autoridad de Max de Eule o la de Berkovits de Fürstenstein resultan comedidas.

Nuestros guardias de las SS residen en el edificio de oficinas más pequeño. Raras veces hacen acto de presencia; todo sucede a través de los presos esclavistas, que ordenan según su voluntad. La vida y la muerte de seis mil personas, sus penas y el alivio de sus penas, dependen de los dos reyes del *lager*.

Llevo tres días en el Bloque A de la planta baja. Nadie se preocupa de que podamos instalarnos. Abandonados aquí, hemos de luchar por nuestra plaza en las abarrotadas literas. Encajonarnos entre unos espectros desnudos que protestan arreando patadas y nos maldicen furibundos no es fácil, pero lo logramos.

Yo consigo un camastro para mí solo. Tengo suerte, me lanzo a tiempo a la yacija de abajo, al final de la primera calle, frente a un puesto de reparto de comida. Dos acarreadores de cadáveres acaban de retirar de allí un cuerpo desnudo. La manta aún yace sobre el catre, sus arrugas delinean los contornos del cuerpo recién apartado. El cubil está aún húmedo por el caliente vaho del cadáver, que todavía no se ha enfriado. Con todo, no hago remilgos; a estas alturas, pocos de nosotros son aún capaces de sentir repugnancia.

Estoy desnudo, como los demás. Se han llevado mis trapos. Según la explicación del doctor Haarpuder, los postrados en cama no precisan de ropa, cada prenda es necesaria para aquellos que pueden andar.

Tiritando de frío, me meto bajo la manta que hace unos instantes se ha abultado sobre el cuerpo de un desconocido compañero de fatigas. Pienso en Birkenau que, al fin y al cabo, me ha sido negado.

Por el momento, todo parece inverosímil. Resulta difícil despertar del delirio de esta pesadilla, emerger del paralizante horror en el que todo el que entra aquí acaba sumergido. Simplemente no me creo lo que veo. Determino que se trata de visiones sobrecogedoras que se han hecho constantes en mi yo alterado. Me tapo la cabeza con la

manta del muerto, que bulle por la cantidad de piojos, y permanezco en esta posición durante horas. Busco la luz en la oscuridad, tras mis cerrados ojos voy reconstruyendo la realidad perdida.

Ardo en el crematorio frío.

15

No puedo quedarme mucho tiempo solo en el camastro. En el Bloque A, raras veces lo dejan a uno en paz. Para que la enloquecida maquinaria funcione es preciso un movimiento constante. Se suceden desplazamientos, cambios de yacija, escándalos durante el reparto de la sopa, despiojes programados, inspecciones y apaleamientos importunos, entrega de bonos de comida, registro de muertos.

Unas horas después de que haya ocupado la cama empujan a un vecino a mi lado. Un anciano con los ojos cerrados, inconsciente. Su achicado rostro se pierde bajo una gruesa capa de inmundicia, en su pegajoso y blanco bigote pululan los piojos. Unos suspiros parecidos a gemidos abandonan de cuando en cuando sus exangües labios. Desvaría. Jamás había pensado que el dialecto yiddish, que suele resultar cómico para un judío cuya lengua materna sea el húngaro, pudiera sonar tan grave y trágico.

Me quedo mirando a mi vecino, el anciano moribundo. Aún me alcanza un mensaje del mundo exterior: la compasión. He llegado hace tan solo tres días. A los otros, los desnudos apretados a nuestro lado o entre nosotros, les trae sin cuidado su agonía.

Por estos lares el hacinamiento es especialmente intenso. El promedio es de cinco ocupantes por cada estrecho camastro; además, ponen también gente de través y a los pies de uno. Llegan sin cesar transportes grandes y pequeños de distintos campos. Parece que siguiendo una orden de arriba reúnen aquí a los más desmejorados. Casi en una de cada dos camas hay un moribundo.

Le tapo los mugrientos muslos, no más gruesos que el brazo de un niño, y me inclino sobre el hombre. Abre los ojos. Son unos ojos de anciano, castaños, como los de un gato, con pupilas anormalmente dilatadas y globos oculares inyectados en sangre.

—Agua —gime—. Dadme agua, malditos canallas… ¡Sarah…! ¡Sarah…! ¡Ayúdame…! Sarah, bestia asquerosa, ¿por qué… no… vienes? ¡Agua…!

Su voz se apaga, sus ojos se cierran.

Me dirijo a la litera de la izquierda:

—Habría que conseguir agua.

—Déjalo. Total, en media hora habrá estirado la pata —me aconseja Miksa Rosenfeld a mi lado. Es un tipo cincuentón, entrecano, el más bravucón de los alrededores, un bribón de siete suelas. Claro, solo en sentido figurado, dado que no tenemos ni siquiera calzado.

Este Rosenfeld no cesa de quebrarse la cabeza. Ofrece negocios a costa de la siguiente sopa, discute con el repartidor de pan, hace planes, conjetura. ¿Qué será el extra de hoy? ¿Miel artificial o mermelada?

Él tampoco puede levantarse y necesita el cubo, pero habla del hogar con tanta confianza como si lo hubiera abandonado anteayer y pasado mañana fuera a estar de nuevo allí. Hay que tener mucho cuidado con él; es aconsejable consumir de inmediato la comida que nos dan porque Rosenfeld es un gran mago del hurto. Es hábil, como los griegos, y al ser pillado finge indignación tan magistralmente que desarma incluso al propio damnificado.

Ahora que me entretengo con el anciano moribundo, intenta disuadirme benevolente:

—De todas formas, el agua está contaminada, está prohibido beberla. Y ya verás como uno de los de arriba se dé cuenta.

No le hago caso, trato de conseguir agua. Como soy novato, aún no tengo lata. La que traía de Fürstenstein me la robaron el primer día.

—¡Tu lata! —le ladro—, quiero traer agua.

Me contesta parco:

—¡Y un carajo!

Sin duda, demuestra no poca ingenuidad suponer que alguien suelte de la mano o le quite el ojo al imprescindible recipiente.

Me rindo. He de reconocer que tratar de ayudar es un impulso sin sentido. De pronto siento una humedad caliente bajo mi cuerpo. Asqueado, me pongo de rodillas, sobre las virutas del camastro se van extendiendo lentamente los excrementos del moribundo.

Me da un ataque de nervios y me pongo a gritar. Los ocupantes de los camastros se ríen a carcajadas:

—Todavía eres quisquilloso, compañero. Ya dejarás de serlo —comenta desde la cama de enfrente Izrael, que tiene el rostro y el cuerpo cubiertos de unas terribles llagas abiertas—. Parece que el viejo está en las últimas. La mayoría se lo hace encima en el último momento. Es su despedida del mundo.

Rosenfeld se incorpora a duras penas y se inclina sobre el cuerpo:

—Muerto —dice y, excitado, se dirige a su entorno en tono entre inquisidor e imperioso—: ¿Lo incorporamos?

Comienza una discusión animada. Regateo, reparto de papeles. Hay que organizar la acción.

Es un truco cotidiano. Se basa en que solo reciben sopa y pan los que a la hora del reparto tienen fuerza suficiente para incorporarse. El que en los grandes momentos permanece tumbado debe de estar sin lugar a dudas, según la lógica del *lagerältester*, muerto o cuando menos moribundo. Y los muertos y los moribundos no necesitan comida. Los jefes reciben el rancho diario según la lista de vivos matutina y

reparten por la noche lo que sobra. Y es una cantidad considerable cada día.

Los que guardan cama obran con sumo ingenio. El reparto vespertino transcurre en una completa oscuridad, solo titila la luz de una vela en un frasco de cristal que portea el inspector de los repartidores de comida. Los vecinos, unidos por una improvisada alianza de intereses, incorporan al muerto o moribundo. Colocan el brazo tieso en una posición estirada, y desde detrás, unas manos vivas agarran inadvertidamente la comida entregada en cadena. Tras una riña de mayor o menor entidad, los organizadores se reparten el botín. Esta gente enflaquecida es capaz de enzarzarse en una pelea por una cucharada de caldo repugnante. Luchan sobre el vientre del cadáver, arrancándose de las manos el pedazo de pan.

Los muertos del día anterior son registrados por los sanitarios a la mañana siguiente, y el transporte efectivo solo tiene lugar alrededor del mediodía. Es la primera noche que paso al lado de un muerto. El contacto con el cuerpo cada vez más frío, apretado contra el mío, me llena de horror. Me asombra el desparpajo con el que nuestro vecino común, Weisz, el barbero tartamudo de Kassa, coloca sus piernas sobre el vientre del cadáver. Es curioso, pero el letargo que pesa sobre mis ojos y mi mente, la apatía medioinconsciente, ayuda. La realidad no alcanza la conciencia. Una vez más me acojo a la realidad de los ojos cerrados, como al llegar. Intento reavivar en mi memoria imágenes de la vida de fuera, mientras mis manos y mis pies chocan con unos cuerpos humeantes. Aquellos que sienten el contacto de otro cuerpo profieren maldiciones y quejas en húngaro, polaco o yiddish. El cuerpo tenso por el líquido retenido responde con dolor a cada contacto.

A última hora de la noche echan el cierre al puesto que sirve de almacén de comida. Lo vigilan durante toda la noche unos convalecientes asignados para protegerlo de posibles y arteros intentos de robo. Nuestros jefes se retiran, el mercado de cambio ante el pasillo que lleva a las letrinas también se va despoblando. Los acarreadores de cubos nocturnos relevan a sus compañeros tiritando junto al recinto cercado del sanitario del bloque. El que es capaz de incorporarse, se baja de la cama. Una procesión de desnudos se arrastra hacia las letrinas. Por la ventana irrumpe un viento gélido. El vaho humano no mitiga el frío del barracón, el viento no puede con la peste. Es imposible de eliminar; como los piojos, ya ha impregnado a los hombres, la piedra, la madera, todo.

La pesada noche de Dörnhau se cierne sobre nosotros.

Hemos acabado de masticar el pan, nos hemos zampado la sopa. Han terminado incluso aquellos a los que no les queda ni una hora de vida. Los que padecen diarrea y ya no pueden comer esconden sus

panes con mano temblorosa bajo las virutas.

En Dörnhau, la mayoría de aquellos a los que les ha llegado la hora se van de noche. Los gemidos del trance, los chillidos de la despedida, el doloroso delirio de la añoranza, pertenecen a la noche…

¡Visionarios de la pluma, la piedra y el pincel, vosotros, que habéis intentado evocar la mueca del sufrimiento y la muerte; testigos de danzas macabras, esculpidores del horror, escribanos de los infiernos, aquí es adonde habéis de venir!

Dörnhau de noche…

Seiscientas personas, apelotonadas estrechamente, pegadas unas a otras. Una de cada tres se retuerce, plañe, gime, ronca, desvaría. Una de cada tres está moribunda.

Hay quien clama por un médico, mascullando enloquecido, insistente, como hablando para sí mismo. El sastre flaco sobre mí está de visita en su casa, hablando con su hijo pequeño. A partir de mañana ya no coserá gorras a cambio de sopa para los opulentos jefes.

Encima, debajo y alrededor de mí, la hueste a punto de mudarse grita entre espasmos y sofocos invocando a Dios y suplicando agua. Los vidriosos ojos se embeben a la vez de la tenebrosidad del Hades y del estúpido color rosa del cielo. La muerte, cual joven profesor erudito y confiado, anda entre los camastros con paso familiar.

Los lamentos son contagiosos. Como perros ladrando a la luna, los seiscientos nos ponemos a gimotear a coro, sin objetivo. Somos un coro de flagelantes trastornados.

El granero, frío como el hielo y con las ventanas rotas, retumba por las escalofriantes voces, la desesperanza lanzada al cielo a voz en grito y los chillidos de horror y pavor.

El concierto de los parias dura hasta la madrugada, cuando se cuelan las primeras luces del crepúsculo. Luego reina el silencio. Sin transición, sin sentido, como hace un rato la algarabía.

En un único bloque mueren doscientas personas en una noche.

El crepúsculo matutino se estira, las literas se calman. Muertos y vivos se adormecen.

A las cinco de la mañana da comienzo el ajetreo. En la tercera planta suena el despertador para la unidad de los trabajadores. Antes del *appell* se reúnen aquí, en el Bloque A, por donde pasa el camino hacia la letrina. Esta vez, otro tipo de ruido sacude el pabellón, pero ya no me molesta. En el Bloque A los ocupantes de las camas están inmóviles, pero pocos duermen. Los trabajadores reciben un tercio de pan, cuatro veces lo que nosotros. Alguno que otro ahorrador mastica un pedazo de pan, lo acompañan ojos ávidos. El incitante espectáculo abre las heridas del hambre. Intentamos dormir otra vez: dormir es ganar tiempo. Dividen un pan en once partes. El desesperado afán por dormir surte efecto en algunos de nosotros; en cualquier caso, a las

nueve tenemos que estar despiertos definitivamente.

Los sanitarios recorren los pasillos de literas:

—¡Registro de muertos! —gritan en húngaro y en alemán.

Los más joviales varían en broma el llamamiento:

—Que alce la mano el que esté muerto.

Dar parte del muerto siempre es obligación del vecino. Los enfermeros anotan el número del fallecido y el camastro, luego aparece el *kapo* de cadáveres, el jefe de la unidad de acarreadores de muertos, junto con sus hombres, que llevan un primitivo armatoste de tablas. Con la ayuda de los vecinos arrastran el cuerpo sin remilgos al río de excrementos. Nada más colgar una diminuta ficha con el número del ex *häftling* en el dedo gordo del pie, lo sacan fuera. Los vecinos, por el momento, se alegran de poder gozar de más y mejor espacio, así como del cese temporal de las molestias ocasionadas por el muerto. Después de todo, hoy ya no podrían quedarse con su pan: el muerto está registrado, su ración, borrada.

En cuanto al que se muda, continúa su breve camino hacia el barracón de cadáveres. De ahí llega a la fosa común llena de cal, excavada junto al campo. Antes le arrancan los dientes de oro. Los mártires desnudos de la noche de Dörnhau se convierten en polvo de esta miserable tierra alemana. No tienen nombre, solo número, y ni siquiera este goza de más que unas pocas semanas o meses de inmortalidad, la que asegura el desgarrado cuaderno de registro de los muertos que lleva el escribiente del campo.

El alivio de los vecinos no dura mucho. Después de las nueve empiezan a llegar al crematorio frío nuevos transportes en coches y camiones.

16

Nuestro sanitario se llama Judovics. El déspota del Bloque A ronda la veintena. Sin querer, he sido testigo del vertiginoso ascenso de este rabo de lagartija. Empezó como acarreador de sopa, asegurándose sus raciones extra con trucos indecentes. Tras terminar el servicio se tumbaba en su camastro para masticar con sistemática voluptuosidad la comida robada. Se dejaba sobornar, por media ración de extra se las ingeniaba para sacar del caldero una sopa más. El negocio floreció y Judovics pronto llegó a ser considerado un magnate. Su brutalidad, sus caprichos desalmados, su griterío servil y, sobre todo, su estupenda condición física llamaron la atención de los de arriba. Pronto lo nombraron inspector del pan. Cuando el enfermero del Bloque A, el odiado farmacéutico Steinfeld, ascendió a *kapo* de hospital, nos pusieron encima a Judovics, su sucesor.

Este crío tartamudo y de tenebroso semblante pertenecía también a los que en casa «no habían llegado a nada». Ni siquiera sabía escribir su propio nombre y andaba siempre regañado con la justicia. Ahora, sin embargo, en el pantano de la fábrica de la muerte empezó a florecer. «Se le daban bien» la tiranía y la crueldad. Como buen manejante, sabía mostrarse imprescindible para los círculos superiores, poco preocupados por el Bloque A. El pabellón de la planta baja, paulatinamente, se había convertido en el corredor de la muerte para los que estaban en las últimas. Aquí arrojaban a todos los que, incluso según un reconocimiento superficial, eran tildados de incurables y que, en su mayoría, ya no eran capaces de ponerse en pie. Estaban tan debilitados que sus flácidos y desmedrados músculos ya no podían soportar ni siquiera el peso de su macilento cuerpo convertido en esqueleto. Los *häftling* reducidos a tal estado, al intentar incorporarse para salir a hacer sus necesidades, se desplomaban de inmediato, como si fueran de trapo.

Judovics supervisa la entrega del pan, los extras y las calderas al bloque y es quien inspecciona el reparto.

Dicha operación, que esperamos entre temblores día a día, tiene lugar a las once de la mañana y a las ocho de la tarde. Es una experiencia decisiva, un acontecimiento aguardado con angustia. Los que aún son capaces de incorporarse realizan los preparativos para el gran rito: la comida. Los hombres esqueleto empuñan con expectante avidez la cuchara de hierro que sacan de debajo de las virutas. Nos traen la sopa a la cama. A medida que se aproximan los repartidores

de comida, la excitación va en aumento. Observamos tensos cada movimiento de los acarreadores de comida avanzando por el fango, discutimos minuciosamente las noticias que vuelan de un camastro a otro.

—Sopa búnker. —El informe llega desde el fondo de la fila.

Acto seguido vuelve una pregunta llena de angustia:

—¿Floja?

—Agua caliente.

No obstante, nos lanzamos a comer con voracidad. Primero hundimos la cuchara en la sopa para apreciar si en el fondo hay zanahoria, remolacha, piel de patata o «búnker». Los más afortunados reciben una ración más sustanciosa, y hay enchufados para los que los acarreadores de comida han guardado un plato mejor. Los chanchulleros, a cambio de una sopa más suculenta, no tardan en entregar a Judovics, que va repartiendo órdenes con pose de jefe, y a sus esbirros su media ración de margarina o el ablandado y pegajoso pedazo de miel artificial.

Judovics es el orquestador de los grandes momentos. No le quita ojo a nada, castiga sin escrúpulos toda clase de trampas, porque estas, a fin de cuentas, le perjudican a él, el gran tramposo. Se lanza como una fiera sobre aquel al que pilla incorporando a un muerto. Los sorprendidos no reciben cena esa noche y quizá tampoco la siguiente.

Vamos sorbiendo el líquido. En las rarísimas ocasiones en que se nos reparte sopa de leche o picante queso roquefort alemán con el pan, se desata un frenesí. Brotan gritos de éxtasis, esperamos el placer con el cuerpo tembloroso y los ojos desorbitados.

Nuestra hambre obsesiva encuentra sabores indeciblemente deleitosos en la bazofia sin grasa ni nutrientes. Nos tumbamos boca abajo sobre la viruta repleta de piojos y vamos sorbiendo con los ojos cerrados, abismados… El líquido caliente recorre nuestros atormentados intestinos, el paladar evoca unos deleites epicúreos. Ni antes ni después he vuelto a experimentar semejante excitación causada por un bocado de comida o un trago como mientras viví en el Bloque A.

Judovics y su pandilla nadan en la abundancia, están pletóricos de tesoros. Todas las raciones ahorradas de los muertos acaban en sus manos, y encima roban con absoluto descaro durante el reparto de comida. Poco a poco acumulan una fortuna. En el recinto cercado del sanitario del bloque hay cajas enteras de queso y pilas de pan. Los trabajadores de la unidad de sanos a veces consiguen cigarrillos o tabaco en el curro fuera del campo, luego se los entregan como ofrenda obligatoria al enfermero. Este come con las puertas cerradas, y entre sus labios cuelga en todo momento un cigarrillo ardiendo, un verdadero lujo aquí. Judovics ha organizado la compra de tabaco tan

bien que a veces incluso los *älteste* y los médicos se dirigen a él para conseguir un pequeño préstamo entre colegas. Su rayado traje de prisionero, en el que ostenta el rango, BLOCKSANITÄT I, bordado a mano, se lo planchan todos los días los responsables de la desinfección. A cambio, el poder les regala sopa extra.

Judovics no conoce a sus súbditos. Abordarlo es arriesgado, su poder va en aumento proporcionalmente a la afluencia de los recién llegados. Con cada vez más frecuencia llegan deportados procedentes de los campos. Nuestro transporte, al parecer, solo fue el primero de la serie. Vuelvo a encontrar, uno tras otro, a mis compañeros de Eule y de Fürstenstein. De Eule llega el flaco Gleiwitz. No lo reconozco. El rostro de ese hombre alto y delgado se ha hinchado hasta volverse irreconocible. También el hojalatero Fogel está irreconocible. Su cuerpo se halla cubierto de llagas; sus heridas, llenas de suciedad, segregan pus.

Dan con sus huesos en esta tierra también dos paisanos míos: el abogado Bergman y el funcionario de correos ya retirado Herz. Pero en qué condiciones…

En Eule habían sido inseparables y aquí también han logrado ocupar, apretados, el mismo camastro. Ambos pertenecían a los cautos: se cuidaban, escatimaban el pan y se lavaban a diario, aun a costa de dormir menos. Como tenían la comida racionada, siempre podían comer y también cenar; intentaban salvaguardar la rutina que habían llevado en casa. Ninguno de los dos fumaba, lo cual era una gran ventaja. Yo observaba sus esfuerzos con una incredulidad compasiva y, ahora, al verles no puedo menos que sentir una dolorosa satisfacción. Bergman, obviamente, está en las últimas. Ya no es capaz de mover su mano hinchada. Herz padece diarrea. Sobre sus inquisitivos ojos de un azul frío cuelgan unos párpados inflados que parecen cúpulas, y sin embargo no ha perdido la esperanza. También ahora se dirigían a las cámaras de gas, y mira tú por dónde, han acabado aquí.

—No es tan negro el diablo… —Trata de sonreír.

Le espeto sincero:

—Claro que no. Es marrón.

—Un sanatorio. —Suspira—. No hay que currar.

—En cambio, tampoco te dan de comer.

—Podemos estar en la cama, tumbados. Nos traen la sopa.

¿Para qué lo voy a desilusionar? Su optimismo es incurable, como su diarrea.

—En Fürstenstein ha aminorado la marcha, cuentan los que vienen de allí.

La Sänger y Lanninger funciona ya a medio gas, y el desmantelamiento del palacio también va ralentizándose. Raras veces

llega nuevo material humano, y eso que cada vez más gente se queda inválida. En Fürstenstein, el tren del jefe del *lager*, que regresaba de estar de permiso, sufrió varios impactos de bomba en vías abiertas. El creador del «*appell* bajo la lluvia» estiró la pata. Antes que nosotros. El mando ha sido entregado a otro subsargento, que se muestra mucho más displicente y menos ingenioso a la hora de inventar torturas. La estrella de Berkovits y su escribiente luce más que nunca. El nuevo gris los ha puesto a cargo del campo… y de sí mismo. Se pasa el día agazapado en el barracón que sirve de oficina, absorto en el *Völkischer Beobachter*, buscando noticias alentadoras.

Noticias alentadoras… Bebemos sedientos las sensacionales noticias. Las más sensacionales, sin embargo, no nos las creemos, aunque los que llegan de Fürstenstein sostienen unánimemente que son ciertas. ¿Será posible? ¿De verdad ha habido un intento de asesinato contra Hitler? Ha ocurrido hace nada, confirman la noticia los recién llegados, alegando haber visto con sus propios ojos el informe oficial en el *Waldenburger Zeitung*. Cuentan asimismo que poco después del estallido de la noticia desaparecieron de un día para otro los uniformes verdes de la Wehrmacht. Desde entonces los soldados de la Wehrmacht llevan en el uniforme gris de las SS. Eso lo notamos también nosotros, aquí ha pasado lo mismo.

¿Qué significa todo esto? ¿El principio del fin?

Quiero bajarme de la cama, me gustaría salir del bloque para obtener noticias más detalladas. Quiero buscar compañeros. Me aventuro abajo, al arroyo de inmundicias, así que busco un vado. Desde que me trajeron aquí no he recorrido una distancia de más de quince pasos. Y no porque esté prohibido salir al patio cercado de alambrada. Aún no he visto qué hay más allá de la puerta del bloque. Como estoy desnudo, no podría llegar mucho más lejos de la puerta, aunque las piernas me sostuvieran. Pero no pueden. En una ocasión intento superar unos peldaños hacia el Bloque B. Voy en busca de tabaco. Al llegar al primer peldaño me desplomo.

Humillado y desamparado, alzo la mirada hacia esa altura de unos escalones, como si fuera el Himalaya. Es un momento de comprensión. Quizá en ese instante reconozco lo que tumbado en el camastro nunca quería creerme: que ya no me queda mucho tiempo.

Ahora tampoco puedo caminar. El camastro me ha apresado, tengo miedo del suelo, me sobresalta la demoniaca audacia del paso. Con todo, vuelvo a intentarlo una y otra vez, apretando los dientes. Al menos dentro del bloque.

Aprendo a caminar. Qué extraño… La primera vez lo hice entre los brazos de mi madre, ahora me enseña la voluntad de vivir.

Mareado, me cubro la cabeza con la manta, que reluce plateada por las larvas de piojos. Uno, dos, derecha, izquierda…

Tengo miedo. Llevar manta también está tajantemente prohibido. Como me pille un médico u otro mandamás violando la regla, estaré de nuevo arriesgando mi vida, a punto de extinguirse. El gélido frío del pabellón me estremece.

Este ejercicio requiere un esfuerzo considerable. Al volver a caer en el camastro tengo la sensación de haber recorrido kilómetros.

Me encuentro a un nuevo vecino. Lo han trasladado aquí mientras yo estaba abajo. Es mi octavo camastro desde que habito el Bloque A. Está cerca de la puerta.

El hecho de tener un vecino nuevo no me sorprende. A lo largo de las pasadas mañanas he tenido que anunciar ocho fiambres, lo que significa, entre otras cosas, que he pasado ocho noches pegado a un cadáver enfriándose. Uno se puede acostumbrar a todo. A la lucha cuerpo a cuerpo por los bocados extra que reportan las incorporaciones de muertos, así como al hecho de que en los últimos instantes todos los moribundos se lo hagan encima.

Un muchacho, blanco como el papel, está tumbado junto a mí. Inmóvil, fija la mirada en lo alto, en los volantes de inercia del antiguo pabellón de máquinas. Lleva calzoncillos y camisa, una rareza digna de admiración. Sujeta un delgado retazo de tela. Retazos de toalla así nos dieron en una ocasión en Eule; sin embargo, nos los quitaron al llegar aquí. Envuelto en el trapo guarda un tazón de esmalte.

Los tazones son de los objetos de valor más preciados en Dörnhau. Nadie sabe de dónde ni cómo han llegado al campo, pero poseer un tazón así es señal de indudable bienestar. Su precio de mercado es de dos raciones de pan. Aparte de los poderosos, solo los ahorradores más hábiles hacen ostentación de un tazón.

Me dirijo a él:

—¿Diarrea?

Asiente con la cabeza. En su rostro advierto la inequívoca marca. *Facies hyppocratica*. Lo noto en muchas caras cada día. Es el distintivo de la muerte en los pómulos: una rigidez cadavérica de los rasgos, un esmalte marmóreo en la piel. Los párpados cuelgan hinchados. Cara de león.

Se incorpora entre tormentos.

—¿Tardan mucho con el pan?

—Ahora lo están repartiendo en la primera fila.

—Tengo mucha hambre —dice suspirando.

—Ya lo sé, hombre. Paciencia. No tardan ni media hora.

—Media hora… No aguanto tanto. Estoy en las últimas…

—¡Cómo no vas a aguantar! Todos aguantamos. Yo también. No te desanimes, hombre. ¿De dónde te han traído?

—De Kaltwasser.

—¿Qué eres? ¿Estudiante?

—No, rabino.

Habrá acabado sus estudios hace poco, seguramente. Rabino. Es el rabino de una pequeña comunidad de la región de los Cárpatos. He olvidado ya el nombre del pueblo del que lo deportaron, pero aún veo su joven cara de sacerdote. Ahora y siempre.

Ya no queda en él nada que recuerde a un rabino, a un ser humano. Ya no piensa en Dios, a cuyo devoto servicio se ha comprometido, ni en los presuntuosos libros de los seminarios, ni en las doradas telarañas hebreas del arca de la alianza, ni en el rostro de su madre… Piensa en la rebanada de pan, de la que espera la vida.

Quiere incorporarse de nuevo, pero vuelve a caer inerte.

—¿Tardan… mucho? Dádmelo… ya…, malditos… —farfulla jadeante—. Pan… Se… se me rompen… las vísceras…

Por el saco bajo su cuerpo se extiende el terrible charco. Me mira. Y yo a él.

—Cálmate —le aliento—, todos tenemos hambre. Vas a aguantar unos minutos más.

Me hace un gesto de negación.

—Siento que se me van las fuerzas… Se me van yendo… —Ahora habla coherentemente, pero la voz apenas se le oye—: ¿No podría recibirlo fuera de turno? Quizá podrías avisar a los de arriba… Si vieran en qué estado estoy…

—Imposible —le digo—. Tú acabas de llegar, no conoces a Judovics. En el mejor de los casos te cubriría de patadas.

Masculla unas palabras en hebreo, luego susurra claramente en húngaro:

—Canallas…, mis hermanos… son unos canallas…

Lo dice y no vuelve a respirar. La mano que agarra el tazón se relaja, el recipiente cae bajo el camastro con un gran estruendo. Los ojos del sacerdote están abiertos. Me siguen mirando, como hace un rato cuando los ha alzado sobre mí.

Tienen una expresión de triunfo:

—¿Verdad que te lo he dicho?

Según una ley no escrita del *lager*, las pertenencias de un muerto, si es que las tiene, las hereda su vecino. Aunque esto tampoco funciona tan fácilmente. Hay que entablar una lucha física por los miserables trastos con los otros vecinos cercanos. En torno a un fiambre fresco siempre se produce un forcejeo. Brazos enredados unos en otros, dedos intentando alcanzar los ojos, lánguidos golpes errados. Una miserable y a la vez carcajeante lucha de ranas y ratones. El golpeado apenas siente el golpe.

Ahora también hay tres o cuatro hienas afanándose sobre el muerto. Examinan incluso la cavidad bucal, lanzando unos vistazos ávidos en

busca de los relucientes dientes de oro. Las hienas a veces se arriesgan a llevar a cabo operaciones por cuenta propia. Si consiguen unos instrumentos adecuados, arrancan los dientes clandestinamente, antes de que el cadáver sea desplazado. Es una empresa arriesgada, pero promete pingües beneficios y, además, inmediatos. Los de la cocina siempre están dispuestos a comprar. Por otra parte, si los pillan, los matan a golpes, sin lugar a dudas. En esos casos, los poderosos se sienten perjudicados y tienen incluso menos piedad que cuando se roba pan.

Pero en la boca del rabino no hay dientes de oro. A la izquierda, el polaco de la cama de arriba lleva horas sin moverse; ahora, sin embargo, se arrastra allí de alguna manera, abre la camisa del muerto y escarba con dedos ávidos en el sucio pecho. Qué ingenuo, está buscando algún pedazo de pan escondido. El tazón y el jirón de toalla desaparecen.

Otro compañero de cama muerto, pues. Ayer le pusieron la etiqueta numerada en el dedo del pie a un chaval de dieciséis años de Budapest; anteayer, a un conocido de Bácska al que no había identificado. Creo que se llamaba Freund. Se arrastró a mi lado por iniciativa propia, el pobre. Quería ver una cara conocida cuando llegase el final. No solo en los otros notamos quién vivirá otro día. No solo lo delata la cara de león. Uno mismo siente, sabe con certeza que el corazón se dispone a mudarse. Como el rubio y achacoso Freund o este joven desconocido, con los ojos abiertos, este siervo de Dios arrojado a Dörnhau.

Sanyi Róth también está en camino hacia el mismo lugar. Esta vez, oficialmente. Porque él también ha acabado aquí, guardando cama. No ha reclamado su col y tampoco parece sorprendido. Sanyi Róth no se sorprende, sino que mira alrededor. Aquí también sabe apañárselas. Aun guardando cama se ha conseguido una posición. Desvestidor de cadáveres. Es un oficio repugnante, pero al ladrón, que tiene los nervios de acero, le importan un bledo esas sutilezas.

Se echa encima la manta a modo de albornoz. En ella, la condecoración común: una argéntea mancha redonda. Larvas de piojos. Sanyi tiene asimismo calzoncillos. Físicamente, él también está roto. Y allí, en su duro rostro, la repugnante hinchazón, extendiéndose de un modo espantoso. Además, se queja de atroces dolores alrededor de los riñones. No obstante, sus nervios, dice, están en perfecto estado.

—Ojalá mi condición física fuera como la mental —suele decir.

Aparta con un movimiento vigoroso a las hienas y se pone a desvestir el cadáver. El cargo es lucrativo —Sanyi Róth siempre es consciente de su empresa—, un determinado porcentaje de los muertos posee calzoncillos. Y los calzoncillos son una divisa seria, que le corresponde al desvestidor. El rabino tiene camisa y también

calzoncillos. Al llegar sin duda logró salvarlos de los encargados de quitarle a la gente su indumentaria.

Desprende los trapos del cuerpo, cada vez más rígido. Trabaja rápido y hábil; el muerto está desnudo en cuestión de minutos.

—Ahora los lavamos —dice doblando los calzoncillos pringados—, y luego, ¡al mercado con ellos! Cada día recojo ocho o diez. Un puesto menor, ¿qué le vamos a hacer? Lo conseguí gracias a Józsi Pepita.

—¿Y ese quién es?

—Józsi Pepita, del Parque Popular de Budapest. ¿Aún no has tenido la suerte de conocerle? Mejor para ti. Es un sanitario de grupo, arriba, en el B. Todo el bloque se acojona ante él. Es colega mío.

—Pepita… ¿Qué nombre es ese?

—Un nombre artístico. Era él quien anunciaba a la dama con barba en el Parque Popular. «El espectáculo no para, pasen, pasen… Solo diez céntimos, el espectáculo no para, ambiente familiar…». Y ahora es un mandamás, amigo, muy gordo. —Ensaya sus alegres modales de bribón exorcista—. Por una pieza de rayón como esta siempre vale la pena dar dos pitillos. Bueno, mientras haya cigarrillos en el campo. Parece que ya no quedan muchos. Está flojito el mercado. Las fuentes de primera se han congelado. —Me mira. Se le ocurre algo—. Claro, tú tampoco tienes calzoncillos. Toma —dice, y me arroja los harapos que acaba de quitarle al muerto—. Tengo dos buenos, para cuando vayamos a casa.

—Gracias, Sanyi, no hace falta. Así no me los puedo poner, y no hay con qué lavarlos.

—No te hagas el imbécil. Estos que llevo puestos, ¿qué te crees, que los han traído de la lavandería? ¿Planchaditos y envueltos en papel de seda color rosa?

—Dáselos a otro, sin problema.

No se ofende. Quizá se alegre de que no tenga que pagar caro el ataque de magnanimidad.

—Bueno, que no voy a insistir. Regreso esta noche. A lo mejor los de fuera traen un poco de tabaco. ¿Puedes levantarte?

—A duras penas.

—¿Tienes algo que vender?

—No.

—No pasa nada. Esta noche vuelvo para contarte cómo acabó la pillería esa de la plaza Lenke. Ya sabes, esa de la que te hablé en Fürstenstein.

Se pone el botín bajo el brazo. Él también se tambalea. Sé que apenas come. Gasta todo lo que tiene en tabaco.

No vuelve, ni por la noche, ni al día siguiente. No regresa nunca más. Posteriormente me entero de que le dio un cólico en el riñón y no pudo levantarse. Lo operó el doctor Grau.

—Adiós —constato en mi interior pensando en las manos sin lavar del demente médico *häftling* y en el banco de madera de la sala del médico que hace de mesa de operaciones.

Me aventuro hasta su litera. Ya no está allí. Tras la operación lo trasladaron al Bloque B. Allí ya no puedo seguirle. Me encuentro más alejado que nunca de la acrobacia de subir una escalera.

Mi triste pronóstico se cumple con precisión. Sanyi Róth pereció entre inhumanos tormentos al día siguiente de la «operación». Me cuentan los de la planta de arriba que la agonía de aquel hombre inmenso fue insólitamente prolongada y ardua.

Por la noche sus gritos superaron las quejas del coro de los que se disponían a irse. Sus dolores se disolvieron en un aullido desgarrador. En sus últimos minutos lo invadió un obstinado deseo de vivir. Insistió en que llamaran a un médico, un médico que le ayudase.

—¡Mi ración de pan de una semana al que me traiga un médico! —Sus gritos se impusieron sobre el concierto de los que estaban a punto de mudarse.

Braun, el temible sanitario jefe del Bloque B, ex guardia civil y, por lo demás, uno de los altos patrones de Sanyi, observó con voz queda:

—Bueno, eso no parece un negocio muy seguro.

El silencio llegó a su cama de manera definitiva hacia la madrugada. Le quitó los calzoncillos, que se encontraban en un estado relativamente aceptable —sin duda llevaba encima los que estaban en mejores condiciones— su sucesor, el nuevo desvestidor.

17

Cuatro o cinco literas forman un distrito en el que la gente puede entrar en contacto sin levantarse. Dentro de este pequeño mundo surge algo que en los raros momentos de entereza y con no poca benevolencia podríamos llamar una comunidad.

A principios de diciembre me vuelven a trasladar. Paso a la entrada del pabellón, directamente al lado de la puerta hacia la letrina. Por estas tierras, el sanitario del grupo es el señor Salgó. Un caballero sesentón, algo torpe, antes comerciante en los aledaños de Kassa. Lo colocaron en esta posición provechosa unos paisanos suyos desde las alturas. Será un misterio eterno cómo ha conseguido evitar los Escilas y los Caribdis de los reclutamientos para la muerte en Auschwitz.

Raras veces grita, cosa excepcional para alguien de su rango, y solo de vez en cuando nos golpea; en cambio, cobra comisión de nuestros panes y los extras con más descaro que cualquier compañero suyo. Y esto no es un problema en absoluto menor que los golpes. Pertenecer al grupo del señor Salgó no se considera ninguna suerte. Dicho sea de paso, después de Año Nuevo, incluso el sanitario del bloque se hartó de sus impertinentes hurtos. Al final ya no nos repartía ni un gramo de grasa. Entonces se inició una investigación contra el señor Salgó. Encontraron escondido en su catre dos kilos de margarina, una deslumbrante cantidad de azúcar y otros víveres. Y como solo los poderosos más distinguidos, como el *lagerältester*, el médico jefe, los sanitarios de bloque y los *blockälteste* están autorizados a acumular, el viejo chorizo fue degradado y expulsado. Tengo entendido que la liberación lo encontró aún con vida. La suculenta sinecura le permitió fortalecerse lo suficiente para alcanzar este extraordinario logro.

En mi nuevo sitio tengo a bastantes conocidos al alcance de la vista y el oído. También Bergman y Herz se las han apañado para llegar aquí. Y asimismo están Gleiwitz y Pali Nébl, magnate de Bácska, pueblo en el que en su día fue propietario de más de doscientas hectáreas de tierras fértiles. En casa hablaban de él con poca simpatía por sus extravagancias y su avaricia ya cómica. También está Morvai, un pintor de Kassa. Dicen que ya en casa le faltaba un tornillo. Ahora no hay ninguna duda de ello. Al contrario que los otros, no está gordo ni padece diarrea. Tiene fiebre. De su rostro sobresalen los pómulos cual dardos ardientes; el hombre entero parece estar asándose y cociéndose en su propio calor. Es evidente que se encuentra en la última etapa de una devastadora tuberculosis. Termómetro no

tenemos, pero es obvio que su temperatura se moverá en todo momento alrededor de los treinta y nueve grados. Todos sus pensamientos y su interés rondan en torno a la comida. Aparte de esto, duerme. Constantemente vende por anticipado la sopa y el pan de los siguientes días. Por dos patatas o un poco de zanahoria le cede a cualquiera su ración del día siguiente. Desde luego, siempre hay voluntarios para la favorable transacción, así que el rancho de Morvai lo recogen siempre los acreedores.

Cuando uno de estos deplorables negocios de usura le sale bien, se tapa la cabeza con la manta y se pone a masticar en la oscuridad prolongadamente y con voluptuosidad. Nada más terminar, se duerme. Solo raras veces asoma la cabeza de debajo de la manta, y ni siquiera entonces dice nada. Sus temblorosos dedos dibujan unas imágenes visionarias en el aire. Con todo, pasa la mayoría del tiempo dormido. Apenas tiene forma humana.

Izrael era comerciante al por mayor. En casa tenía autoridad y poder, aquí es un don nadie entre otros don nadie. Él también pasa días enteros sin comer. Compra tabaco a cambio de sus raciones, incluso ha adquirido una cajita de hojalata barata. Avanza a trompicones por la cima de la nicotinomanía hacia una muerte por hambre, próxima y segura.

Yo mismo, pese a haber jurado reiteradamente no hacerlo, sigo sacrificando muchas veces la mitad de mi pan por tabaco o sumo mi media ración a otra (la ración completa es más demandada que dos medias), cometiendo imperdonables irresponsabilidades por la ilusión de la nicotina; sin embargo, comparado con Izrael y sus compañeros, no me puedo considerar sino un flojo epígono.

También los ojos de Izrael arden con un fuego fatal, apenas tiene ya voz. Llegó aquí mucho después que yo. En Fürstenstein trabajamos juntos bastante tiempo en los túneles de la Sänger y Lanninger. Fue mi vagonero durante mucho tiempo. Nunca había visto un espectáculo más trágico y al mismo tiempo más grotesco que el de ese hombre calvo y de rostro surcado de arrugas, encaramado al parachoques de una de las vagonetas, precipitándose por la pendiente. El viento le movía los escasos mechones de pelo que le quedaban; parecía en todo momento que quería caer del coche bamboleante.

Ya se ha despedido definitivamente de sus vagonetas, del negocio, del mañana. Se pasa el día contemplando apático el infierno, de noche se revuelve agitado. En sueños habla más que despierto. Conversa, como tantos otros, con los suyos que han quedado en casa. Aunque en verdad no se han quedado en casa. También fueron deportados en trenes alemanes sellados.

El que está chillando sobre mí es Handelsmann, el coleccionista. Es casi tan viejo como el señor Salgó. Está obsesionado con el pan.

Cambia sopa, extras, patatas por pan. Objetos heredados de muertos, todo lo que consigue por pan. Pero no para el estómago. Lo colecciona. Tiene una sucia bolsa de pan que no deja de mimar durante todo el día, como el avaro su oro. Cuenta las rebanadas, duras como una roca, acaricia su tesoro, se deleita con él. Está un grado más tarado que nosotros, pero dentro de su locura reina una lógica férrea.

Handelsmann sigue con lo mismo. Acumula una fortuna, como en casa. Porque la fortuna abre todas las puertas. El tesoro es esperanza y seguridad, escondrijo y salida de emergencia. Cuando un día tenga suficiente pan, se comprará con él la libertad.

Lo conoce todo el bloque. Tiene proveedores regulares. A través de un sobrino suyo que trabaja en la cocina consigue a diario una sopa extra y muchos desperdicios de cocina, y lo cambia todo. Al final, por lo general le roban de debajo de la cabeza la bolsa de pan durante la noche. Entonces a Handelsmann le da un ataque de rabia. Es peligroso estar cerca de él. Llora chillando, se mesa los cabellos, busca berreando un instrumento para suicidarse. Tarda horas en, mal que bien, calmarse. Y a la hora del siguiente reparto, comienza la recolecta de nuevo.

Unos griegos y polacos moribundos cierran el triste círculo. De los que están más alejados, los de otras calles, apenas sabemos nada. Nadie se baja de la cama con demasiada frecuencia, desgranamos las horas perezosas encerrados en nuestras propias penas, entre un reparto y otro. La «comunidad» no tiene larga vida. En el lugar de los caídos meten enseguida a nuevos. Constantes traslados afectan también a la composición del distrito. Hay gran escasez de camas, un problema que ni siquiera los intentos de traslado de nuestros poderosos terminan por resolver.

Cada día llega más gente. Grupos de miserables rendidos de fatiga afluyen de todas partes sin cesar. La marcha forzosa, muchas veces de varios días, mina aún más las ya de por sí menguantes fuerzas de los recién llegados. El implacable frío o la aún más implacable hambre acaba con muchos durante el camino. A nuestros nuevos compañeros de fatigas ya no los traen camiones. Los camiones eran solo el lujo de los primeros tiempos.

Dörnhau se ha convertido en el centro. Lagerlandia vierte aquí su material humano ya usado. Parias al límite de sus fuerzas con los que los nazis, en la psicosis provocada por la angustia de presentir el inevitable final, ya no se atreven o no quieren acabar según la vieja receta, sobre el terreno.

Entre los grises de todos los campos cunde por doquier el desánimo y el desconcierto. Los trabajos de fortificación se detienen en todas partes, los transportes de material se vuelven menos frecuentes. Las noticias que llegan del frente son como nubarrones; ni siquiera los

estilistas del cuartel general pueden ya maquillarlas.

Nuestros crueles guardias de las SS apenas se dejan ver dentro de la alambrada. Cumplen su servicio con la disciplina que llevan en la sangre, huraños y callados, y en sus ratos de ocio se retiran a sus cuarteles, que solo abandonan para el tiempo del rancho.

Los veo a través de la ventana caminar cabizbajos con sus escudillas hacia el barracón de la cocina. Sus pasos no parecen alegres.

También se presentan menos suboficiales, y sin embargo palidecemos cuando algún que otro poderoso suelta el *Achtung!* En estas ocasiones nunca se sabe qué va a ocurrir, cómo va a acabar la inspección.

Sobre todo, si viene Hans.

Hans es rubio y lleva gafas. Es todavía un crío. Un SS de una estrella, vicecomandante. Tumbados, nos ponemos firmes. Esto para los hombres esqueleto significa que han de estar tendidos boca arriba tiesos, sin moverse, con las piernas extendidas y las manos también estiradas rígidamente sobre la manta.

El gris inicia la inspección. En sus maneras y su actitud no hay huella de desmoralizantes informes bélicos. Es un autómata con calavera, programado para una obediencia ciega. Con una voz repugnante, delgada como un hilo, les echa un rapapolvo a los sanitarios y reparte unos cuantos golpes en la cara. Caza sobre todo comida escondida en los camastros, latas de conserva y cofres de madera. Porque no se debe guardar nada en las camas; sin embargo, en la práctica, junto a la cabeza de la mayoría de nosotros hay, al menos mientras no nos las roban, dos latas de conserva en pacífica vecindad. Una es kosher. En esta, si las escudillas de barro escasean, podemos pedir sopa. La otra no es kosher, sirve de orinal. No obstante, no se excluyen en absoluto equivocaciones.

Hans —la higiene ante todo— tira los objetos imprescindibles que no hemos conseguido esconder a tiempo en nuestros sacos llenos de virutas. Si le alcanza el tiempo y las ganas, incluso se toma la molestia de azotar al propietario hasta que corra sangre o asestarle patadas hasta dejarlo medio muerto.

Este es Hans, que ni siquiera en diciembre de 1944 había perdido la guerra.

18

En Navidad nos cae en suerte una copiosa nevada. Bueno, a nosotros no nos toca mucho de ella; a lo sumo, unos copos adheridos al borde del cristal de la ventana.

Junto con la blancura, un insólito ambiente depresivo se asienta sobre la fábrica de la muerte. Sin duda hay algo en la atmósfera. La división de los sanos deja de ir a trabajar, la gente se pasa los días ociosa, deambulando de un lado a otro. Los alemanes interrumpen la construcción de la fortaleza; el ritmo amaina en todos los sentidos, la presión del día a día va distendiéndose.

A estas alturas, también nos llegan a nosotros las alentadoras noticias del frente. Durante un tiempo, los soldados de las SS abandonan su hosco silencio y se muestran más comunicativos, al menos con los mandamases. El inminente final los torna más desamparados. Buscan su mejor yo, y en sus palabras confidenciales no deja de resonar el motivo de la autojustificación:

—Yo, fulano de tal, personalmente no soy culpable. Se trata de órdenes, órdenes…

O también:

—Yo ya dije hace tiempo que esto no se hace…

Sin embargo, nosotros, en las literas, no experimentamos que todo esto tenga alguna consecuencia. Ni mucho menos. Los frecuentes trastornos en el funcionamiento del servicio de cocina hacen aún más frágil nuestra existencia vegetativa. Del potaje que recibimos falta incluso la obligatoria acedera o la piel de patata; los extras se retiran de un día para otro. A finales de diciembre, durante dos días enteros no recibimos ni la ración reducida, consistente en la decimosexta parte de una hogaza de pan.

La muerte recoge una cosecha aún más abundante. Bergman es el primero, el que abre la serie. Se va antes de Nochevieja. Un éxitus extrañamente fácil, digno de figurar en una revista de medicina. Se sentía como siempre. Estaba hablando. La mandíbula se le detuvo caída en mitad de una frase.

Herz lo sobrevivió dos noches. Recordaba de casa a ese hombre entrecano, vestido con elegancia provinciana, como la viva imagen de la meticulosidad y el proceder metódico. Él y Bergman se entendían muy bien, y el hecho de compartirlo todo, de comprar y consumir todo juntos, les hacía la vida más fácil a ambos. Siempre trabajaban juntos, en el mismo grupo, y juntos vendían, tras complicados cálculos

de calorías, sus sopas o sus pedazos de pan por una cucharadita de azúcar o una pizca de margarina. Eran el Cástor y el Pólux de Dörnhau. Resultaba imposible imaginar que no participaran conjuntamente en la última empresa: la muerte.

Gleiwitz se marchó con el cuerpo irreconocible, tullido e hinchado al doble de su volumen original. Se fue también Pali Nébl, cuyos últimos minutos se convirtieron en un irrefrenable arrebato de locura. Un espectro desnudo, que se precipitó desde lo alto de la litera. La agonía rabiaba en él con una fuerza sobrehumana. Echó a correr apartando de un empujón a todos con los que se cruzaba mientras gritaba:

—¡Atención, todos! *Achtung!, Achtung!* ¡Un napoleón a cambio de una sopa! En casa os doy un napoleón por cada sopa. ¡Os lo pongo por escrito! Tengo enterrados dos mil napoleones. ¡Oíd, compañeros! Un napoleón entero por cada sopa…

Cayó redondo ante la puerta. Se acabó.

¿Qué significaría para él el hambre, el hecho de ser arrojado de la descomedida opulencia rural, de la patria de los sibaritas, a este infierno de siete años de escasez y de peste a excrementos? No me asombró que los esfuerzos de despedida de su cada vez más trastornada mente, en vez de evocar retazos de memoria abstractos, invocaran el placer de masticar. ¡Comer, aunque fuera a costa del oro escondido en casa, pero comer! ¡Comer es el bien supremo!

En Dörnhau, el destino tiene cientos de caras. En el desmontado pabellón de la fábrica de alfombras, la Parca ha instalado un laboratorio experimental.

Aquí existe algo así como la muerte por contagio. La palmas por haber sido testigo de la agonía de tu vecino. Lo que resta en ti de fuerza vital queda infectada. En efecto, aquí se ha borrado ya hace mucho toda diferencia respecto al vigor físico. Todos, indistintamente, estamos listos para el final. Lo distinto radica en lo inmaterial. Hay quien aún conserva algo de voluntad devenida en vigor, a otros hasta esto se les ha agotado ya. Día a día somos testigos de la muerte por contagio.

En el lugar de Bergman, Herz, Gleiwitz, Nébl y los demás instalan a unos recién llegados junto a nosotros. Polacos, griegos. Y a dos conocidos: Ernő Brüll, el abogado y pianista de Eslavonia, y Jancsi Fehér. En su día, Jancsi Fehér estuvo de prácticas en la redacción donde trabajaba yo; más tarde, durante los años de la ocupación por Horthy de las viejas provincias húngaras del norte de Yugoslavia, pasó a dedicarse al negocio del estraperlo, mucho más lucrativo. Ernő Brüll no para de llorar. Antaño un vividor, ahora se ha vuelto fofo, infantil. En su rostro —todo un mapa de arrugas— corren lágrimas, que cubren cual rocío sus blancas espinas y caen en la sopa. Como forzado por

una voluntad superior, no cesa de hablar de su madre.

—Créeme —gimotea—, solo por eso quiero regresar a casa, para verla. Para besar sus benditas manos. Y si se la han llevado, si se la han llevado también a ella —prosigue, y su rostro se endurece—, me vengaré. Me vengaré sin piedad. Me apuntaré de vigilante en los campos de trabajo que levantarán para los nazis.

El que fuera el favorito de los eventos sociales provincianos ahora clama venganza lloriqueando. Sus párpados están rojos por el llanto incesante.

El despabilado de Jancsi Fehér trata de apañárselas. Busca contactos, le gustaría formar parte de los privilegiados. Forja planes, quiere acercarse al *lagerältester* a través de la inteligencia. No obstante, sus proyectos, que funcionaron en el mundo del mercado negro, aquí fracasan. Lo máximo que puede conseguir es ser escribiente del registro de cadáveres. Dentro de un determinado distrito, él se encarga de registrar los muertos. Recibe un cabo de lápiz, papel y sopa extra. Nada más. Eso no satisface sus ambiciones; centra toda su voluntad en un único fin: hacer carrera. No en correr a casa, sino en hacer carrera.

No obstante, él también fracasa. El cuerpo, ese cuerpo voluntarioso no le obedece. Lleva ya tres días sin poder ponerse en pie. Por las mañanas ya no logra levantarse para hacer su recorrido. Lo pierde todo, lápiz, rango, sopa extra; pobre Jancsi, tan ambicioso como es… En su cara de niño aparece el extraño tono amarillento de los que padecen diarrea, sus manos y sus piernas quedan inmovilizadas por la debilidad, pesan como plomo.

Justo por esas fechas, por medio de unas complicadas transacciones, consigo cuatro patatas, un manjar sumamente raro en medio del interminable ayuno. Lucho largo rato con mi egoísmo, pero acabo claudicando ante la lacrimosa insistencia de Ernő Brüll y le envío las cuatro patatas a Jancsi Fehér, enfermo de gravedad.

Jancsi está tumbado en el cuarto camastro contando desde aquí. Brüll se baja. Al rato ya está de vuelta, con la donación en la mano. Sus lágrimas empapan la patata.

—Ha muerto hace un minuto —gime—. Ha tenido tiempo de echar un vistazo a la patata; es la última imagen que ha visto en esta vida.

Nuestros polacos y griegos parecen carecer por completo de emociones. Apenas hablan ni siquiera entre ellos. No es de extrañar, puesto que —sobre todo los polacos— llevan años a la deriva entre guetos y *lager*. Ni siquiera tejen lazos de camaradería con conocidos o paisanos, y es tanto más frecuente oírles maldecir a gritos. Sus superiores son un grado más implacables. Hay entre ellos muchos padres e hijos. Sucede a veces que el padre se convierte en privilegiado y el hijo queda como subordinado. O al revés, es el hijo el que consigue un puesto de ordenanza junto a algún oficial o acaso en

la cocina.

La estrategia de esclavitud hitleriana logra lo imposible. Penetra en los más profundos estratos del instinto, el de los lazos de sangre, y toca el punto más bajo, donde ya ni siquiera estos cuentan. Padres e hijos se enzarzan por un bocado.

Ejemplos de este teorema desfilan ante mis ojos.

Cerca de mí yace un anciano polaco. Su hijo, de trece años, ha entrado al servicio de alguno de los *blockälteste*. Al principio visita al viejo a diario, le trae sobras de pan o remolacha. Al principio. Pasados unos días, el hambriento padre le envía en vano mensajes para que vaya a verlo, las visitas y las donaciones cesan. Cuando el viejo muere, el hijo vuelve a aparecer. Exige la herencia profiriendo amenazas.

Algunos nos indignamos.

—No has sido capaz ni siquiera de asomar las narices por aquí sabiendo que tu padre se estaba muriendo. ¿No te da vergüenza? ¿Es que no hay ni el menor rastro de amor en ti?

—¿Cómo iba a venir si estaba ocupado? —Así suena la apática respuesta—. Si corro hacia aquí a cada rato, el *blockältester* me echa.

—Pero se trata de tu padre. ¡Sabías que tu padre agonizaba!

—¿Y qué? Al fin y al cabo, los que estamos aquí acabaremos todos palmándola.

Sí, esa es la opinión general, eso es lo que sienten todos los esclavos. Al fin y al cabo, todos acabaremos palmándola…

Madrugada del 31 de diciembre. Otra noche más y el calendario pasará la página hasta 1945. Incrédulo, me palpo la cara, las manos y las piernas. Estoy vivo. ¿Será posible que lo esté? Voluntades más fervorosas, cuerpos de complexión más vigorosa han dejado los camastros antes de que me toque a mí. Y yo aún puedo mover los miembros. Hablo, como, observo los montoncitos de rutilante nieve acumulados en la ventana. Mi visión es nítida y tengo nociones del mañana. Mi hinchazón procedente de Fürstenstein no decrece, aunque, milagrosamente, tampoco aumenta. Hasta ahora me es esquiva la diarrea. Cierto que tengo cuidado, desde hace meses me abstengo de beber agua.

En todas las partículas de mi cuerpo percibo acontecimientos en ciernes. Algo se ha movido, algo ha de suceder. Y esto no es solo producto de las contradictorias y muchas veces confusas noticias. Leo señales en los rostros de nuestros verdugos de las SS, noto el cambio en mis palpitantes venas.

La Nochevieja llega más austera incluso de lo esperado. Sabemos muy bien que de ración extra u otros beneficios, ni hablar; sin embargo, nos pilla por sorpresa que nos priven de la sopa nocturna. Por orden de Judovics, alegando «insubordinación». Porque no esperábamos el reparto con el debido silencio, y es que el enfermero

del bloque casualmente estaba de mal humor. El Bloque A toma nota de su inhumana medida «represiva» con un hambre canina y una amargura impregnada de odio.

Al mismo tiempo, ruedan barriles de cerveza del puesto de víveres a las habitaciones de los mandamases. Gracias a los trapicheos con los dientes de oro, a los privilegiados les alcanza incluso para cerveza. La amargura va en aumento. Los hombres esqueleto se ponen a gruñir, por todas partes vuelan amenazas y maldiciones. Esmirriados puños apretados se alzan a espaldas de Judovics, que pasea pavoneándose, con un cigarrillo en la boca, ante las filas de literas.

Por la noche, a la hora del reparto de sopa, excepcionalmente encienden la luz. Aparece Márton, el sanitario principal del Bloque B de la planta de arriba, compañero de Judovics. Los de arriba dicen que no es tan depravado como el torpe de Judovics, ebrio de poder.

Abogado con buenas dotes, aprovecha cualquier ocasión para soltar un discurso. Se regodea en el torrente de sus tortuosas y confeccionadas frases de abogado. Lo oí una vez perorar junto al cadáver de uno de sus amigos, ante la moderada atención de los que yacían postrados alrededor.

Se apoya contra la mesa, en la que por lo general guardan el pan racionado.

—Queridos compañeros de fatigas —empieza con tono patético—, me gustaría dirigirme a vosotros con motivo de este año nuevo que tenemos por delante. Para todos nosotros, 1944 ha sido un año lleno de sufrimiento y calamidades. Nos han separado de nuestros seres queridos, nos han sometido a la esclavitud, nos han humillado de todas las formas habidas y por haber. Cientos de miles de nosotros han sido y siguen siendo asesinados día tras día. La historia universal no conoce un asesinato en masa de tales dimensiones, y todos sabemos bien quiénes son los responsables de estas atrocidades. Todos hemos oído las noticias del frente, que nos pueden llenar de confianza. Por razones obvias, de ellas no puedo hablar aquí con más detalle. Únicamente quiero comunicaros que la hora de la libertad no está lejos; este año a punto de nacer anuncia el día del retorno a casa, el momento de volver a ver a nuestros seres queridos, de los que nos han separado. Compañeros, tras tantos años de calvario, que Dios nos traiga a todos un feliz año nuevo.

Los intérpretes traducen el breve discurso al yiddish y al polaco. Escuchamos con fría impasibilidad las empalagosas palabras. Por las cabezas rondan los barriles de cerveza y la cena perdida. No obstante, la mención de la libertad surte cierto efecto, la evocación del hogar obra el milagro. Unas palmas baten tenuemente.

A mí, sin embargo, el pretencioso discurso me provoca una rabia resuelta. Me pongo en pie sobre el camastro y empiezo a hablar yo

también. Alzando la voz, dirijo mis palabras directamente a Márton:

—Señor sanitario del bloque, no sé si usted se ha enterado de que hoy, Nochevieja, este bloque ha sido privado de la comida por una supuesta indisciplina. No importa si en efecto hemos sido indisciplinados o no. No solo yo, sino todos los que aún somos capaces de discurrir en este infierno consideramos que no hemos cometido ninguna falta por la que tengamos que ser castigados. La impaciente espera de seiscientas personas hambrientas produce ruido. Eso no merece castigo. Y aunque lo mereciera, no debería ser un castigo más inhumano y astuto que el que se pueda imaginar en nuestra situación. El delito que comete la dirección del *lager* cuando asesina a golpes a nuestros compañeros es menor que este, el de privar de su ración de comida a gente al borde de la muerte por inanición. No sé quién es el responsable de que hoy seiscientas personas, seres humanos como los oficiales del campo, partan para el año nuevo, o quizá hacia la muerte nocturna, incluso con más hambre de lo acostumbrado. Le digo francamente en nombre de todos nosotros: hacernos pasar hambre esta noche es un acto vergonzoso e infame. Ninguno de los que quedemos con vida lo olvidará.

Esto no lo traducen los intérpretes, pero los que están en cama enseguida les explican a los que hablan otras lenguas de qué se trata. El breve discurso surte un efecto inesperado. El bloque resuena como un instrumento aporreado. Yo no quería caldear los ánimos, pero la verdad obra de esta forma. Todos se ponen a gritar, estalla una ardiente manifestación. La gente rompe a llorar entre sofocos, farfulla maldiciendo y gesticula con pasión ante las narices del asombrado Márton. La gente se baja trabajosamente de sus literas.

—¡Vergüenza! ¡Infamia! Hablan de liberación y nos privan de la sopa. ¡Y son los nuestros, no los alemanes! Pero vosotros, los verdugos, cenáis, ¿eh?… Hemos visto los barriles de cerveza… ¡Allá os ahoguéis con ella!…

Un polaco con la cara cubierta de cicatrices se planta de un salto ante el petrificado Márton.

—Aquí me tienes, venga, mátame de un golpe… Puedes hacerlo. ¡Sois unos canallas, traidores, infames…! Ya habrá quien sobreviva, y entonces ay de vosotros…

Manan a borbotones espumosas maldiciones en hebreo. Me asusto. Sin duda he sembrado una tempestad, lo que no puede quedar sin consecuencias. La autoridad de los mandamases corre peligro, y a esta la vigilan más celosos que a cualquier otra cosa.

Afortunadamente, Márton no se toma la indisciplina muy en serio. No tenía ni idea del asunto; privarnos de la cena fue idea de Judovics, tanto más descabellada porque nadie saca provecho de ella. La sopa no consumida habría que tirarla.

—¿Quién es el que ha hablado antes? —Márton comienza la investigación.

Levanto la mano.

—¿Tu número?

Se lo digo.

—¿A qué te dedicabas en casa?

Se lo digo también.

Vuelve la cabeza sin decir palabra y se enzarza en una prolongada y nerviosa discusión con Judovics. A ojos vistas está indignado. Después de las diez traen los contenedores de sopa. El triunfo es completo, pero con Judovics no tengo mucho futuro. El siniestro chaval, de eso estoy seguro, no hubiera permanecido mucho tiempo en deuda conmigo, porque al día siguiente la noticia de lo sucedido la Nochevieja en el Bloque A llega también a las altas esferas. El médico jefe le echa un buen rapapolvo. Esto en Dörnhau significa unas buenas bofetadas y unas patadas bien dirigidas. El pequeño dios de nuestro bloque está a punto de caer en desgracia.

Me preparo para lo peor. A posteriori constato que fue más una necedad que una osadía despertar la ira de aquel hombre que me podía arrollar de mil maneras cómodas y legales.

Pero todo esto no tiene lugar porque al día siguiente estalla la gran noticia. Justo al día siguiente, igual que en Eule, tras la reunión de Feldmann. Una parte de los enfermos, todos los que son declarados capaces de andar, abandonan el campo. Parten en breve. Hacia un destino desconocido.

La orden llega a primera hora de la mañana. Nuestro campo vuelve a semejarse a una colmena agitada. Obviamente se trata de una huida. La evacuación parcial apunta a que en el cercano frente están sucediendo acontecimientos importantes.

Por la tarde tengo visita. Un joven sonriente y bien nutrido. Se deja conducir por Judovics hasta mi cama. En su traje esmeradamente lavado y planchado lleva un brazalete bordado. BLOCKÄLTESTER II. Nunca antes lo había visto.

—¿Dónde está el periodista?

Alzo la mirada asombrado. Me dice en tono amistoso:

—No sabía que tenía compañeros aquí en Dörnhau. Soy Bálint, periodista de Pozsony.

Yo también le digo mi nombre. Es ya la segunda vez que tengo ocasión de presentarme.

—Intentaremos velar por ti, en la medida de lo posible —afirma. Me mira de arriba abajo—. Tienes muy mala cara.

Mi aspecto debe ser deplorable, ya que su semblante se llena de preocupación.

—En la medida de lo posible, te haremos soportable la situación. En

la medida de lo posible. Pues sabes bien… Ya he hablado con Párdány, mi tío. ¿Te dedicas también a la literatura?

—He escrito alguna cosa que otra.

—Te mandaré papel y lápiz. Podrás trabajar. Impresiones tienes de sobra.

—¿Trabajar? ¿Aquí?

—Escribir se puede en cualquier parte. Piensa en Villon.

—Sí.

—Pues eso. —Se dirige a Judovics—:Traslada al colega a la primera fila. A una cama solo para él. ¿Entendido? Por el momento, cada día sopa extra, pan extra. Y de cuando en cuando das parte al médico jefe de su estado de salud.

Bálint baja a visitarme varias veces, en una ocasión incluso se trae a Párdány. En efecto, mi situación mejora un tanto. Me dan una camisa desinfectada, calzoncillos y ropa de *häftling* despiojada. El interés de Bálint y su círculo por mí me hace inmune a una eventual venganza de Judovics.

Al día siguiente da comienzo el reclutamiento de los que van a partir. Los alemanes confían también esto a los jefes *häftling*. El examen es lo más superficial posible, más bien una formalidad. Aparte de unos primitivos estetoscopios, los médicos ni siquiera disponen de instrumental para el reconocimiento.

Lo dicen abiertamente:

—Podéis elegir. ¿Queréis iros o quedaros? Como os parezca a vosotros.

Menuda alternativa más lúgubre. Las marchas de *häftling*, de las que la mayoría ya tenemos experiencia, a estas alturas del año, en invierno, significan casi seguro la muerte. Incluso para los que están en mucho mejores condiciones que los pacientes del matadero de Dörnhau. Permanecer aquí tampoco parece aconsejable. Se murmura que si los alemanes abandonan definitivamente el sitio, volarán el edificio junto con los que queden en él. Conociendo los métodos nazis, la noticia no parece nada inverosímil.

La mayoría opta por irse. Peor que aquí no puede ser, razonan. ¿Marchas forzadas? ¿Muerte? ¡Bienvenidas!

A partir de ahora, este es el ambiente reinante. Se apuntan moribundos que nunca emprenderán el camino porque se los llevará la noche siguiente. Los sanitarios pintan con tinta en los muslos de los reclutas una W mayúscula, *Weiter*, es decir, «Seguir». Los que se quedan se marcan con una R: *Retour*, «Volver». Esta marca tatuada en el cuerpo sustituye al certificado de reclutamiento.

Yo no le doy muchas vueltas. Me quedo. Tomo la decisión en el primer momento y me aferro con firmeza a mi resolución instintiva. Por el momento se queda también la gran mayoría del personal del

lager. El *lagerältester*, el médico jefe, Bálint, Judovics, todos. Así que posiblemente no haya de qué temer. Cuando se lo pregunto a Bálint, me contesta con toda sinceridad:

—Ni siquiera los de las SS saben nada. Les han dado la orden de que la mitad del personal de guardia, junto con el destacamento de los sanos y los pacientes capaces de andar, salgan sin demora hacia el oeste. En el frente reina el más absoluto caos. Las tropas soviéticas están cada vez más cerca de la frontera con Prusia Oriental. El ejército ruso combate ya alrededor de Breslau. Y Breslau está a menos de cien kilómetros de aquí.

—¿Vosotros no os vais?

—Por el momento no —contesta en confianza—. En cuanto abandonemos este lugar, adiós al rango. Más allá de la puerta somos gente corriente. Unos parias comunes. Aguardaremos y veremos qué pasa.

Los que parten reciben ropa de invierno de las provisiones procedentes de Auschwitz. Pero ninguno tiene abrigo. Tampoco reparten comida. Unos cuarenta médicos se ponen en camino. Se van unos cuantos de los que están en posesión de algún cargo, pero Judovics se queda.

Unas dos mil personas salen por la puerta calada de alambres de espino. Y junto a ellos, una parte considerable del personal de vigilancia. Los grises ya no se preocupan por el orden, no gritan tanto, en sus hombros faltan las metralletas. Llevan pistola; algunos tienen fusiles con bayoneta.

El ejército serpentea a la luz invernal por el centelleante parquet de nieve del camino de Wüstegiersdorf. Muchos vuelven la mirada a los destartalados edificios, que en la distancia parecen de nuevo abandonados. Incluso sienten un poco de pena por los que nos quedamos.

Pocos volvieron a ver sus hogares. Muchos menos que los que nos quedamos allí.

* * *

Ese mismo día llegan cientos de nuevos deportados. La gente no para de afluir de Gross-Rosen, Kaltwasser, Wüstegiersdorf hacia Dörnhau. No acabamos de entender qué está sucediendo. Parece que, después de todo, no se trata de una evacuación.

Bálint se encoge de hombros.

—Los rusos están avanzando hacia Kattowitz. Parece que el caos es absoluto. Lo peor de todo es que los nuevos se traen a sus oficiales.

Efectivamente, aparecen nuevos esbirros. La mayoría son de la

Galitzia ucraniana. Los invisten los de las SS que llegan con ellos. Ahora tenemos un sinnúmero de *blockälteste*, escribientes, médicos, sanitarios, encargados de cocina y *kapos*. Entre los fugitivos hay incluso algunos *lagerälteste*, y Muky se ve obligado a compartir a regañadientes su trono con los recién llegados.

Los transportes humanos que arriban cada hora perpetúan la confusión. También eso lo pagamos nosotros. Recibimos irregularmente la ración de pan, disminuida al extremo; incluso el reparto de sopa funciona a trompicones.

Incertidumbre e inestabilidad. Cientos de personas vienen y van a diario. El reclutamiento continúa. Cada día emprenden la marcha uno o dos destacamentos, así que el número de postrados en cama permanece más o menos invariable. Poco a poco vamos comprendiendo de qué se trata. Todo indica que nos hemos convertido en una parada de tránsito en la huida. Los muertos ya no se registran. Si alguien se da cuenta de que su vecino no se mueve, sencillamente aparta de una patada el cadáver. Cuerpos desnudos se adoban durante días en el río de excrementos. Hasta que aparece un gris y ordena llevárselos. Pero eso tampoco sirve de mucho, al cabo de media hora ya hay otros cuerpos remojándose en la tóxica poza.

La falta de higiene alcanza unas dimensiones inimaginables. La inmundicia emponzoñada lo cubre todo y a todos. Aparte de los desechos humanos no retirados, un penetrante hedor a cadáveres infecta el aire. La disciplina se va relajando, nuestros oficiales dejan de preocuparse de nosotros. Solo piensan en sí mismos. Bálint a veces baja a verme, pero él tampoco puede ayudarme ya. Aunque se convierte en mi única fuente de información. A tres kilómetros de nosotros hay un campo de mujeres, que Bálint visita cada semana por asuntos oficiales. Las mujeres, sobre todo sus *kapos*, se mueven con mayor libertad, tienen más noticias del mundo exterior. Las agentes de las SS femeninas son más comunicativas.

Una vez le envían incluso un pedazo de pan a Ernő Brüll, que tiene muchas conocidas entre ellas. La donante es una paisana suya de Szabadka. Le hace llegar una hogaza entera, le va bien la cosa. Brüll llora de felicidad. Llora como siempre. Aparte del valor nutritivo que, dicho sea de paso, tampoco es nada despreciable, el pan lleva el mensaje de la mujer, del cuerpo. Entonces Brüll empieza a hablar de ellas, de las mujeres, esos misteriosos milagros que reparten placer… Se pasa dos días hablando de ellas. Sus ojos brillan mientras mastica el pan, sus descoloridos labios evocan la niebla de placeres perdidos en la distancia, el humo dorado de las aventuras, el sabor perdido de las bocas femeninas…

Mujeres…

Es la primera vez que pienso en ellas desde que estoy aquí, a

propósito de la suerte de Ernő Brüll. Es la primera vez que pronuncio la palabra, que me hago consciente de la noción de mujer. Para los esqueletos de Auschwitz, las imágenes relacionadas con la mujer no significan nada. Bajo el yugo de los instintos animales y el ardor del hambre, el deseo se desvanece. El único deseo del cuerpo es comer. No hay nada más importante, solo el rebelde estómago. ¿Acaso hay un objetivo más digno, un premio más seductor que conseguir una sopa extra? ¿Hay un placer más sensual que el color violeta de una remolacha que sonríe lujuriosa? ¿O una imagen más voluptuosa que la que evoca el recuerdo del sabor de una patata asada?

En Lagerlandia no hay sexualidad. Se borra de la memoria, sobrecargada de fantasías gastronómicas, como si jamás hubiera existido. Y este demoniaco encantamiento contra natura es producto solo en menor medida del debilitamiento físico o la falta real de mujeres, del hecho de que llevemos meses sin haber visto una criatura femenina, ni vieja ni joven.

Entraña una razón más profunda. Vivimos entre cuerpos humanos terriblemente deformados, asquerosos y desfigurados, en un museo de cera de forúnculos y nauseabundas llagas que segregan repugnantes líquidos. Nuestra degenerada imaginación degrada la envoltura carnal, la nuestra y la de otros, a un cadáver repelente.

Aunque lo verosímil parezca justo lo contrario, aquí por lo general los bajos fondos del instinto sexual brillan por su ausencia. A ojos vistas, en el Bloque A solo los representa el bien nutrido Judovics, libre de preocupaciones alimenticias. Su favorito es un crío enclenque de dieciséis años llamado Michel, con unos ojazos negros que solo se dan en Andalucía o en las callejuelas de los guetos del este de Polonia. Michel, con sus rasgos de muchacha, ha pasado por tres guetos. Sus padres fueron víctimas de los pogromos que siguieron a la invasión nazi de Polonia, y él pronto quedó maravillado por la posibilidad de hacerse con pan y privilegios en el aislado mundo habitado por hombres.

El sanitario del bloque mima al chaval de sonrisa alelada de una forma tan abierta y ostentosa que da náuseas. En pleno día le colma las mejillas y las manos de sonoros besos. Le provee de todo tipo de bienes terrenales y se lo lleva a su cuchitril de sanitario. Es evidente que los seiscientos que quedamos les traemos sin cuidado. Como ellos a nosotros. Los hombres esqueleto no significan más que mero aire.

Tras la liberación, Michel partió para casa con una importante reserva de oro, pero durante el camino despertó el tifus con erupciones que llevaba latente. Murió en la casa de un campesino alemán de Wüstegiersdorf.

En la vida de los campos de mujeres, la sexualidad desempeñó un papel más importante. Esto se debía en parte a la diferente intensidad

y a las raíces más ricas de la sexualidad femenina, y en parte a las posibilidades de adquirir comida que se abrían a través de ella. Contribuían además las condiciones de vida relativamente más fáciles. Los miembros del personal del *lager*, que visitaban campos femeninos de oficio, siempre hallaban ocasión para sus escarceos amorosos. Bálint y sus compañeros tenían novias estables con las que mantenían correspondencia sentimental.

Como la comida más abundante y la mejor ropa, el amor pertenecía al lujo de la delgada capa de privilegiados. La plebe quedaba lejos de todo eso. Lo único que quería era comer, eso era lo que deseaba con ardiente avidez.

La sexualidad se encontraba en un estado de muerte aparente, que no pocas veces iba seguida de otra real.

Tanto en Ernő como en mí, solo la ocasión del instante enciende la llama de la memoria. Al cabo de cinco minutos, Brüll ya no llora por la mujer. Lagrimea porque le ha tocado incluso menos sopa que de costumbre. Por mucho que hurgue en el aguachirle, los trozos de zanahoria no quieren aflorar.

19

La primera mitad de enero se aproxima a su final. Tejer planes constituye, una vez más, nuestro único oasis, y las noticias que nos llegan son una base cada vez más real para ello. Hace unos días oímos la nueva de que en Budapest ya se están librando encarnizados combates callejeros por las últimas manzanas de edificios. Las tropas soviéticas se han apoderado de una parte de Prusia Oriental, y los incesantes ataques aéreos contra Berlín han convertido la ciudad en un amasijo de escombros.

Todo eso es fantástico, pero nos preguntamos si no nos ha llegado tarde. Se equivocan quienes creen que en los esclavos creados por los nazis queda aún algo de sentimiento comunitario. Que independientemente de nuestros destinos individuales valoramos la promesa de la libertad. En absoluto. Cada suceso lo relacionamos con la posible duración de nuestra propia existencia física. Esperamos la paz; no tanto la del mundo, sino la nuestra propia. Empezamos a temer a la gran mediadora de la paz, la muerte. Tememos que se nos reviente el corazón, mi corazón, que se nos hinche el cuerpo, mi cuerpo, antes de que nos alcance entre truenos el gran vuelco.

El egoísmo de la jungla de la inmundicia y los piojos, la ley de la selva.

El 14 de enero contraigo diarrea. Los atroces cólicos pronto acaban con todas mis fuerzas.

Me revuelvo sobre las gastadas virutas, teñidas de excremento. Mis momentos de lucidez son cada vez más raros. Tras los párpados, en el escenario giratorio de la bruma, la fiebre representa su confuso espectáculo de Gran Guiñol. Solo vuelvo en mí al experimentar un nuevo cólico. Me arrastro tambaleándome hasta la letrina con ayuda de Ernő Brüll.

Indiferencia. No deseo la vida, tampoco la muerte. Ninguna de las dos me promete nada. Cuando me espabilo, en contadas ocasiones, siempre me encuentro con los ojos llorosos de Ernő Brüll. Su único mensaje al mundo. Me habla, y yo no le hago caso. Ya ni siquiera me incorporo cuando reparten las raciones. El 15 de enero Judovics y los suyos se reparten entre ellos mi ración de pan.

En Dörnhau, de cien pacientes con diarrea, noventa y cinco perecen, es una certeza matemática. No tengo otras expectativas, pero Ernő avisa entre aspavientos a Bálint, que con una repentina y profusa magnanimidad empieza a colmarme con los nutrientes más lujosos

que puede conseguir en estas condiciones. Como ayuda urgente me manda un litro de grasa de caballo en un recipiente de hojalata. Cada día, Ernő tritura un pedazo de hígado de caballo bien caliente y me lo hace ingerir a la fuerza. Pronto me revitalizo y empiezo a tragar la grasa con avidez. Mi estómago y mis vísceras reaccionan con satisfacción al inesperado acontecimiento. En torno al 20 de enero estoy tumbado en la litera de nuevo con los ojos abiertos. No pesaré más de treinta y cinco kilos, mi falta de peso casi hace que me eleve en el aire y flote sobre mi camastro. Soy una sombra entre las sombras.

Se me ocurre lo que me ha contado recientemente un médico. Que la clave está en la grasa. Con doscientos cincuenta gramos de mantequilla o grasa, casi todos los moribundos podrían ser devueltos a la vida. Pero ¿de dónde vamos a sacar un cuarto de kilo de mantequilla?

La grasa y el hígado caliente apenas cocido me van llenando de vida.

«Abundante grasa le fue dada a la sazón al buen Miklós Toldi»: mi memoria de colegial recita al larguirucho poeta Péter Ilosvai Selymes.

Qué curioso, Toldi también recuperó sus fuerzas gracias a un pedazo de hígado. Eso sí, era de toro, pero vale también el de caballo.

Ernő Brüll y algunos más cuidan de mí a su manera. El calendario ha avanzado; es como si la promesa del beso de la libertad hiciera que la bella durmiente, la muerta aparente de Dörnhau, la solidaridad, empiece a despertar.

No está mal quedarse así tumbado. No ver nada con los ojos abiertos, sentir mi propia ligereza inmaterial, desaparecer perezoso tras el suntuoso baldaquín de la indiferencia. Y, ¡menuda felicidad!, no necesito ni siquiera un cigarrillo, no necesito nada…

Me voy recuperando. Parece que sobreviviré también a esto. Fuera, tras las rejas de la ventana, está todo blanco. En la uniformidad del color de la nieve, el verde sucio de los barracones es una mancha molesta. A lo lejos, un campo de patatas se envuelve en los brillantes copos. En la carretera traquetea despacio una interminable fila de carros de campesinos cargados de sacos de patatas, cajas, muebles y personas. Mujeres y niños envueltos en mantas, hombres vestidos con abrigos de piel, animales llevados por cuerdas.

Últimos días de enero. Ernő señala hacia la fila de carros. Su voz es eufórica:

—¡Mira!

Me asombro. ¿De qué se regocija?

—Refugiados. Van llegando desde hace días.

De hecho, Silesia, salpicada de repugnantes campos, se ha convertido en una carretera de refugiados por la que traquetean carros

hasta arriba, huyendo del vertiginoso avance de las columnas soviéticas. Los hogares de los incendiarios arden en llamas. El frente nos ha alcanzado, ha cruzado las supuestamente inviolables fronteras del Reich.

Cuesta creerlo y, sin embargo, es cierto. Los que llegan de fuera murmuran que entre los refugiados hay también alemanes de Bácska. Los delatan las matrículas en sus carros con nombres de localidades como Kerény, Csonoplya, Cservenka, Hódság, Gádor, Stanisics, Regőce… Alemanes de Bácska. Así que ellos también han acabado aquí. Ellos, que en su día recibieron con flores y opulentas mesas a los verdugos de uniformes grises y cascos de acero, a los asesinos de mujeres y niños, patentados con la marca SS. Ellos, que señalaron con el dedo las casas de judíos y serbios. Las casas de la gente honrada, de los progresistas, de aquellos a los que todo eso les provocaba náuseas, para que las divisiones de castigo no tuvieran que andar buscando.

Larga es la lista de crímenes por los que han de responder, así que huyen a tiempo del avance de los partisanos yugoslavos para asentarse aquí. Pero al parecer han elegido mal su nuevo hogar. Aquí tampoco tienen sosiego y ahora se hunden, junto con sus carros, sus bienes adquiridos a la fuerza y robados, sus mujeres, sus hijos y sus malas conciencias, en el cenagal de la migración masiva.

La avalancha ha comenzado. Las divisiones de Zhúkov penetran en la región de Brandenburgo y ya están a ciento cincuenta kilómetros de Berlín. El ejército soviético ocupa cada día cientos de localidades alemanas, mayores o menores, en todos los frentes.

Ahora, por las noches titilan en las carreteras llamas fantasmales de un blanco azulado. Son las lámparas de carburo de las filas de carros. Las mujeres se agazapan mudas, los hombres tiemblan de frío maldiciendo, los más pequeños lloran en brazos de sus madres. La fila de carros se adentra despacio en las tinieblas. Sobre ellos zigzaguean aviones por el manto de estrellas y desde lejanos pueblos y ciudades llega el prolongado y apenado chillido de las sirenas.

Aun descontando a los refugiados, el tráfico es intenso en la carretera. Columnas de camiones, motocicletas, vetustos carruajes, que ya solo se ven por aquí, trineos, camiones de transporte de muebles y divisiones de las SS y de la Todt surcan la nieve en polvo. Por doquier se nota un trajín febril, la psicosis de la mudanza colma el aire.

El aluvión de gente hacia nuestro campo no cesa. Hay entre ellos algunos relativamente aptos para el trabajo. Proceden de campos evacuados. Se han separado del grueso de su ejército, y es en nuestro campo donde ahora forman nuevas unidades de marcha entre sí. Me paso los días zanganeando, los trabajos de fuera se han suspendido hace tiempo.

De súbito, aparece el legendario Móric. Hasta ahora solo lo conocíamos por rumores, incluso habíamos llegado a dudar de su existencia.

Móric es el *kapo* principal de todos los campos, el *lagerältester* de los *lagerälteste*, el *Führer* de las fábricas de la muerte. Es el único judío en toda Alemania que puede moverse con libertad, en traje de civil y sin guardia. Un judío polaco pálido y enjuto de carnes. Nadie conoce su apellido. Empezó como *häftling* común, igual que cientos de miles de compañeros de fatiga suyos, procedentes de países europeos sojuzgados. Es un enigma cómo ha alcanzado tanta influencia.

Es el galeote judío cuyos misteriosos contactos llegan a la comandancia alemana central de Auschwitz. Así que, a fin de cuentas, lo temen no solo los esclavistas judíos de todos los órdenes y rangos, sino también los jefes alemanes de los campos.

Es un auténtico supervisor. Siempre aparece de forma inesperada y desaparece sin dejar huella. Hasta el momento ha venido una sola vez a Dörnhau, pero entonces revolvió de lo lindo el muladar de los chanchullos con los dientes de oro, víveres y otros artículos.

Anda sin distintivo de judío. Lleva una chaqueta gris admirablemente bien cortada y un abrigo crombie. Bajo el brazo, un maletín con cremallera. Sus inteligentes y avispados ojos reflejan el color de ancestrales penas. No parece sano, se rumorea que padece una grave tuberculosis.

En el Bloque A lo vemos una única vez. Pasa despacio frente a las filas de literas. Abarca con una mirada inquisitiva el espacio en que temblamos tendidos en posición de firmes. A su lado, los comandantes de las SS; a su espalda, nuestro *lagerältester*, el médico jefe y los escribientes. No le habla a nadie, y nadie osa hablarle.

Cuando llega a una de las literas, se rompe el silencio. Uno de los moribundos se queja con un lamento prolongado y doloroso. Se despide de la vida en yiddish, la lengua de Móric; sin embargo, el rey de los *häftling* ni siquiera dirige la mirada hacia allí.

Cuando se va, Ernő me dice:

—Ya verás como esta visita significa algo. Lo que sea. Un cambio. Allí donde se presenta Móric, algo tiene que ocurrir.

Y ocurre. El hombre misterioso, como la otra vez, también ahora se abalanza sobre el negocio de los dientes de oro. Tras exigir las cuentas y echar un vistazo a los registros destituye, sin aspavientos, pero muy decidido, a Párdány, el médico jefe. En su lugar nombra a un matasanos llamado Lévi, que ha llegado con uno de los recientes transportes. Asimismo recorta considerablemente el poder absoluto de Muky. No lo degrada, pero coloca a su lado a otro polaco, un tal Krausz, con las mismas atribuciones. Diluye con judíos polacos recién llegados a la hueste de escribientes, pinches de cocina, *blockälteste* y

sanitarios. En general provoca tal desbarajuste en la jerarquía, ya de por sí enmarañada, que nadie se orienta en ella.

Todo esto nos lo cuenta al día siguiente Bálint, después de que Móric se largue. El propio Bálint sale malparado de la inspección. Ha recibido un *co-ältester*.

Gracias a Móric, ahora, para variar, no solo somos testigos de las luchas cuerpo a cuerpo en las literas, sino también de las repugnantes peleas de nuestros viejos y nuevos mandamases, que se enseñan los dientes unos a otros. Tan solo la posición de Judovics permanece firme. Le ponen encima a un inspector, pero pronto acaba librándose de él. Continúa hurtando imperturbable las raciones de los moribundos. Es dueño de abundantes reservas de oro.

Párdány, la divinidad derrocada, será el médico jefe de nuestro bloque. Para él es un duro golpe, para mí, en cambio, significa un giro positivo. Aun destronado continúa siendo una autoridad. Conserva sus reservas, de las que —de vez en cuando, si está de buen humor— deja caer algo para nosotros. Gracias a sus contactos tiene noticias del mundo exterior. Y actualmente, en estos días de galopantes acontecimientos, esto es más importante que cualquier otra cosa.

El doctor Farkas también está aquí, en el Bloque A. Somos compañeros de bloque desde hace semanas, pero es la primera vez que nos encontramos. Siervo de la Sänger y Lanninger en Fürstenstein, sucumbió unas semanas más tarde que yo, aunque al conocernos pronosticó que no aguantaría mucho más. Aquí tiene un mejor destino: le toca ejercer de médico.

Es un varón particular, parco en palabras. Un cirujano al que los meses de Auschwitz le han arrebatado, como si fuera un lóbulo patológico, la fingida superioridad médica, la amanerada reserva destinada a calmar a los pacientes. Del antiguo doctor Farkas no queda sino su parte de hombre atormentado y compasivo. Observa alarmado a los mercaderes de su oficio: a los que se prostituyen, los charlatanes, los dementes que amputan con cuchillos de cocina y desvalijan cadáveres. A ellos el juramento hipocrático no les hace ni cosquillas cuando, en medio de la bulla nocturna del Bloque A y los otros bloques, la muerte corre desbocada de litera en litera.

Ha descubierto en sí al hombre, y no ha dejado de ser médico. No puede hacer mucho, pero a veces acaricia una frente bañada en sudor o palpa una vena a la que le falla el pulso. Con sus sonrisas alentadoras y sus palabras de consuelo se ha convertido en el barquero de los que se dirigen a la otra orilla. Arriesgando su propia vida hurta medicamentos del botiquín de los grises… Calma con Evipan a los que se retuercen de dolor, invocándoles el sueño, reparte pastillas de carbón a los que sufren de diarrea. No será popular entre nosotros. Aquí nadie puede serlo, para ello somos ya demasiado indiferentes.

Pero la gente le hace caso y cree en él. Si no acude, lo echan en falta.

En realidad, yo también lo llego a conocer solo ahora. En medio del estruendo de los taladradores de Fürstenstein, su comedida voz se perdía. La refrescante filosofía de su actitud no surtía efecto. El súmmum de esta filosofía, dicho sea de paso, se resume en que de entre la totalidad de posibilidades, la vida no es forzosamente lo mejor, ni la muerte lo peor. Por lo demás, habla poco de política; no le apetece elaborar horóscopos de charlatán sobre las probabilidades de volver a casa.

—Sin duda, un determinado porcentaje regresará a casa —suele decir—. Si ese porcentaje nos engloba o no a ti o a mí, en realidad importa poco. Y hay otra cosa cierta. O al menos casi cierta. Que con estos difícilmente volveré a operar nunca. —Se queda mirando sus dedos, llenos de surcos y heridas, ampollas y abscesos.

—Cinismo barato —replico—. Yo soy yo, y no me interesa ninguna arcadia del mañana si no puedo ser partícipe de ella. Tanto egoísmo puede ser incluso altruista. Tú, de todas formas, lo tienes fácil; no has dejado atrás a nadie en casa.

Farkas es un solterón.

—Te equivocas —dice—. Por lo general, hasta los hombres solteros tienen madre y padre. Y estoy convencido de que tanto mi madre como mi padre han acabado en la cámara de gas.

—¿No sientes sed de venganza? Te han arrebatado el bisturí, pero aún puedes empuñar un cuchillo de matarife.

—Sí, ¿pero de qué me sirve? El hombre no puede castigar. ¿Quién te asegura que la muerte sea el castigo? A lo mejor lo es la vida.

—Yo —le digo— no soy capaz de ver estas cosas desde la azotea de la teoría. La ira no reflexiona. Y lo que queda en mí de ira ansía algún tipo de revancha. No, ya no quiero correr con un cuchillo ensangrentado en la mano a lo largo de toda la calle. Ni quiero castigar o que castiguen al vecino vil o al falso amigo que tras la primera ley contra los judíos giró su necia cabeza hacia otro lado. Y que después de la segunda ocupó tu hogar, te separó de tu padre, tu madre, tu mujer, tu hijo; te calificó de algo que vale menos que un animal. Ha pisado tu innata dignidad humana, esta magnífica herencia, esta fortuna, y la ha arrojado aquí, al estiércol que lo cubre todo. Ha mandado un ejército de piojos contra ti. Quizá todo esto no sea más que curiosidad por mi parte —prosigo meditabundo—. ¿Cómo se comportarían ellos? En una situación así, digo. ¿Les gustaría la remolacha forrajera y la piel de patata? ¿Sorberían la sopa búnker con tanta avidez como nosotros? Me gustaría ver aquí a ese oficial de policía arrogante y limitado despiojándose, al cabrón descerebrado y fanfarrón, que en Topolya, al pasar lista, antes de partir, agregaba a cada nombre un estúpido juego de palabras. Insisto, es pura

curiosidad.

Ante mi alharaca se limita a hacer un gesto de indulgencia. Me pone un pequeño paquete en la mano.

—Polyvitamina. Tres veces al día.

—¿Después de comer?

—En vez de comer. —Sonríe y añade—: No te engañes creyendo que estás en buena forma. A lo mejor te has salvado de lo más gordo, pero no por eso queda mucha vida en ti.

—¿Y en ti?

—En mí tampoco. Ni en nadie.

Dos camas más allá alguien se pone a chillar. El doctor Farkas se encamina allí. Sus zuecos chapotean en el fango. Empiezan las horas oficiales de la muerte.

Judovics no soporta a Farkas. Le perjudica allí donde puede: repartiéndole menos comida o incluso delatándolo ante el médico jefe por «incitar a la rebelión».

El médico, por su parte, trata a Judovics con el más profundo desprecio. Sus conocimientos y su abnegación son respetados incluso entre nuestros mandamases. Está a punto de convertirse en una especie de oficial mediador entre magnates y parias. A veces hasta ocurre el milagro de que tenga éxito en una disputa.

Las canalladas en torno a las mantas le dan tareas de lo más numerosas. Las mantas, de vital importancia, se reparten según el perverso capricho de Judovics. Ora dos por camastro, ora una. Si está furioso o se enoja con alguien, simplemente hace retirar la manta común a título de desinfección. Como las tres cuartas partes de los postrados en cama están desnudos por completo, eso no es ninguna broma. El resultado de la jugada de Judovics es una neumonía. Ahora ponen fin a esto. Por intervención de Farkas, el médico jefe polaco prohíbe, de una vez por todas, que nos retiren las mantas.

Judovics está encolerizado, pero se ve obligado a obedecer. Para colmo, el médico jefe en persona lo apalea.

Así cesan las torturas de las mantas, y Judovics llega a odiar incluso más desenfrenadamente al médico de habla queda. Gracias a Farkas yo mismo consigo otra manta. Es una bendición porque hace un frío que pela. Fuera, veinte grados bajo cero. El aliento menguante de los centenares del Bloque A no calienta mucho. En el pabellón apenas hace más calor que al otro lado de la ventana.

La mortandad diaria es más alarmante que nunca. Gente nueva viene a ocupar el lugar de los muertos, para el día siguiente morir a su vez.

Creíamos que ya no podía sobrevenirnos nada más. Que el instrumento no tenía más sonidos. Vaya si los tenía.

Recuerdo bien ese día: el 21 de febrero. Farkas se aproxima a mi

cama más encorvado que nunca.

—Acabamos de examinar a un polaco en el Bloque B. Fiebre alta, desvaría, clama por agua. En un momento de despiste se ha bebido su propia orina.

Lo miro estupefacto. ¿Qué hay de insólito en eso? ¿Por qué me lo cuenta? Pronuncia la palabra en voz queda, sin mirarme:

—Tabardillo.

En las amargas consonantes de la palabra crepita el horror. No hacen falta explicaciones. Sabemos lo que significa el tifus con erupciones. Sobre todo, en el crematorio frío.

—¿Seguro?

—No hay duda. Lo hemos examinado cinco médicos. Presenta todos los síntomas clínicos. La lengua es la típica.

Claro, la lengua, la característica lengua de los tíficos. Un síntoma infalible.

—Es un milagro —prosigue— que no estallara hace mucho ya. Parece que a estas alturas los alemanes no quieren o no se atreven a cometer asesinatos decentes y directos. La fecha está demasiado avanzada. Asesinato a sangre fría, es lo que ahora necesitan para tener la menor molestia posible a la hora de retirarse. Quieren llevarse el menor número de personas. —La voz de Farkas se apaga por la ira—. Han dirigido hasta aquí transportes de campos infectados. Un método sencillo y seguro. El periodo de incubación es de tres semanas. Han traído la plaga a Dörnhau.

—¿Y ahora qué? —le pregunto—. ¿Ahora qué va a pasar?

—No va a pasar nada. Ya está pasando. Una epidemia de tifus. Con tanto piojo ya tendría que haber brotado. Los alemanes no se han esperado. Le han dado un empujón, querían ir sobre seguro. Los transportes que parten de aquí transmiten la plaga según lo planeado. Y mañana mismo habrá ya aquí centenares de enfermos. Y pasado mañana, miles.

El aciago pronóstico de Farkas se cumple a rajatabla. Por la tarde en el Bloque A se diagnostican ya treinta casos.

De nuevo el caos. Esta vez la cosa también afecta a los mandamases. Uno no puede protegerse contra los piojos, y a partir de ahora, los piojos portan la infección. Nuestros grises dan palos de ciego. Está muy bien que los *häftling* perezcan, pero ahora pareciera, de manera preocupante, que también a ellos los han olvidado en la casa en llamas, junto a los condenados a muerte.

Recurren a necios métodos de defensa. Por mandato del sanitario de las SS, se construye con una celeridad febril una valla de madera alrededor del bloque infectado. Imponen una estricta cuarentena. Nos encierran en una jaula, pero son plenamente conscientes de que todo esto no es sino engañarse a sí mismos.

Comienza la nueva tragedia. Al cabo de unos días cientos de personas se infectan de tifus. Médicos, *kapos*, *älteste*, grises. La epidemia se extiende incluso entre la población de las aldeas vecinas.

Nuestros médicos recorren las camas tres veces al día. Nos toman el pulso. En caso de latidos que delatan fiebre llevan al paciente de inmediato a la planta de arriba, a una parte herméticamente aislada del Bloque B. Allí hacinan a los que ya presentan los síntomas del mal. El diagnóstico se establece de forma lamentablemente primitiva. Arrojan entre los enfermos también a aquellos cuya fiebre es provocada por tuberculosis avanzada, neumonía u otro motivo. Apenas hay tres termómetros en todo el campo, y a los aterrados médicos poco les importan las equivocaciones. La mitad de ellos ya ha acabado entre los tíficos. «Examinan» a tres metros de distancia, tienen un miedo atroz a los piojos, a pesar de que saben que todo esto es amargamente inútil.

Farkas, no obstante, parece estar en su elemento. Casi se podría decir que se ha animado durante la plaga. Su encorvada espalda se endereza. Reta a la muerte sacando pecho desafiante. No teme a la infección, cuida, consuela en la medida en que es posible. Aunque lo es cada vez menos. La cuarentena provoca a diario obstáculos mayores en el abastecimiento. El bocado de pan que recibimos nos cabe en el hueco de una muela.

Nuestra cocina nos manda una aguachirle cada vez más detestable; hasta los que trabajan allí están muertos de miedo.

Los grises no prestan atención a nada. A mediodía y por la noche caminan hasta la cocina por la nieve crujiente, evitando desde bien lejos incluso los alrededores del edificio infectado. Por lo demás, en la práctica se atrincheran en el despacho de dirección. Los hilos de la enrevesada vida del campo confluyen en las manos de Muky y su compañero polaco. En general, la dirección acaba en manos de los refugiados de Polonia, sobre todo los asuntos económicos. Y cobran comisiones incluso más desvergonzadas e insaciables que sus predecesores.

La diarrea y los edemas causan estragos, pero ahora el tifus encabeza la estadística. Mata más despacio y con más tormentos. Fiebre alta durante días o semanas, sin mayores oscilaciones; pronto aprendemos que a esto se le llama tifus con erupción. Se puede curar… en teoría. Si el corazón aguanta la temperatura corporal anormalmente alta durante semanas, si compensamos el debilitamiento con una alimentación adecuada, si el entorno del paciente es lo bastante fuerte para resistir el delirante y frenético deseo de agua, sobre todo durante los primeros días, si, si, si… Y tantos otros síes…

Nuestros dos médicos de bloque, Farkas y Pádrány, sostienen con

unanimidad que no todos mueren necesariamente. Depende del corazón. Por el momento no se puede afirmar con certeza porque el propio proceso tiene la misma duración que el periodo de incubación: tres semanas.

Uno sufre una tensión insólita. Estoy tumbado en la antesala de la muerte, tapiada además, aguardando; aguardando en todo momento cuándo alguno de los piojos que pululan alrededor y sobre mí me inyectará la fiebre en la sangre. Debatiéndome en la duda de si el mal ya se está incubando en mi cuerpo. Mirando a la oscuridad, escuchando el frenético coro de los infectados.

Los camastros se llenan y se vacían, retiran a tíficos e instalan a recién llegados. De nuevo paso mis días desfallecido, mientras que mis noches, con su ruido, quedan envueltas en una entumecida duermevela.

Hoy ya soy incapaz de recordar cómo pude superar aquellos días de marzo, y eso que ni siquiera brotó en mí la enfermedad. Hube de aguantar y vencer una tras otra mis particulares noches de San Bartolomé, a la plaga mortal. Con sangre, nervios y fuerza física. El que ha estado allí y ha regresado sabe que eso es posible de una única manera: huyendo a la inconsciencia.

El instinto vital nos sume en trance. Muchas veces durante horas. Nuestra percepción es floja, nuestra conciencia está aletargada. Vemos y no vemos, oímos y no oímos. Es más y al mismo tiempo menos que la duermevela.

Farkas no se ríe cuando se lo comento.

—Es exactamente así. Una huida a la inconsciencia. Bienaventurados son los que encuentran refugio. Yo no me puedo permitir semejante lujo. Sin embargo, pese a todo, ser médico en realidad es más hermoso en Dörnhau que en cualquier otra parte.

Estoy delante de un hombre duro.

Las noticias del frente tampoco le interesan mucho; no obstante, las va propagando infatigablemente. Hoy las buenas noticias son una medicina. Una inyección antifebril, un tónico vigorizante.

Párdány, el destronado ex médico jefe, también se muestra asombrosamente valiente. Y no se olvida de mí tampoco, de vez en cuando me regala algunas pastillas multivitamínicas. De las pasadas épocas de esplendor.

Bálint no se atreve a bajar. Todo el tiempo y toda la energía de nuestros mandamases los ocupa un único objetivo: mantener la yacija, la ropa y el cuerpo sin piojos en la medida de lo posible. Desde luego, eso también es mera ilusión. En las altas esferas el porcentaje de infecciones es apenas menor que entre los de abajo.

20

Más allá de la alambrada de púas se suceden acontecimientos cruciales a ritmo vertiginoso. A principios de marzo cae Colonia. Los aliados atraviesan el Rin. Se libran feroces combates por Berlín. Miles de bombas llueven sobre ciudades alemanas en ruinas. En la segunda quincena de marzo capitulan Fráncfort, Mannheim y Dánzig. Después de pasar por Hungría, las tropas soviéticas avanzan por Austria y están a las puertas de Viena.

Sin duda esto ya es el fin. No solo el nuestro, sino también el de nuestros verdugos. Me quedo mirando a los grises, que fingen indiferencia. Caminan arrastrando los pies, escudilla en mano, incluso hacen maniobras en el patio. Van de acá para allá, se ajetrean. ¿A qué aguardan? ¿De qué milagro esperan un giro favorable?

El primer día de primavera, un nuevo estruendo sacude la barahúnda del crematorio frío. ¡Un cañonazo!

Nos cuesta incluso creerlo. Los reiterados estallidos sordos se nos antojan truenos, explosiones y el diablo sabe qué cosas más. Porque cañonazos no pueden ser. ¿Tan pronto? Cierto es que hemos visto a gente huyendo y hemos oído de combates en las inmediaciones de Breslau, pero Breslau queda lejos.

Ernő Brüll está con fiebre desde hace dos días y pasa la mayoría del tiempo inconsciente, pero ahora incluso él se mueve. Alza la cabeza, sus ojos reflejan el brillo puro de la conciencia.

—Estarán a diez kilómetros de aquí —deducimos finalmente.

Esperamos impacientes a Farkas, a Párdány, a cualquiera que pueda decirnos algo. Estamos sedientos de noticias, anhelamos alguna certeza. La proximidad del giro sacude las paredes rezumantes. En los primeros rayos del comienzo de la primavera resplandece el magnético hechizo de la esperanza.

Llega la certeza. Las tropas soviéticas están junto a Schweidnitz, una pequeña ciudad industrial silesiana a siete kilómetros de nosotros.

Nuestros soldados de las SS continúan con semblante indiferente. Los oímos moverse por el patio, sorbiendo sus míseras raciones con movimiento pausado y fumando la terrible *majorka*. Siguen sin hacernos mucho caso, aunque por las noches cierran cuidadosamente la única salida. Los centinelas armados vigilan durante las horas nocturnas. Los de la cocina, que parten para el trabajo a las tres de la madrugada, han de gritar desde dentro el santo y seña del día. Solo entonces se abre la pesada puerta de roble.

Nuestros mandamases, en cambio, están cada vez más inquietos. Un odio infinito les quema la piel y les penetra en los huesos. Apartan la cabeza alarmados al leer aciagas amenazas en nuestras destellantes miradas hacia ellos.

Judovics compra cinturones y manda a los sastres preparar una mochila. Un zapatero convaleciente hace una carrera repentina. De un día para otro se convierte en millonario de azúcar y tabaco. Contrata un ordenanza, consigue una yacija para él solo y recibe un traje civil completo. Aunque sonríe de forma enigmática, muchos conocen el secreto de su inesperado éxito: incrusta oro fundido en los tacones de los zapatos. En Dörnhau el capital no descansa.

Los rusos, por su parte, están cerca de Schweidnitz.

Y, lamentablemente, allí siguen incluso días después, sin avanzar. A los dos días, los cañones enmudecen. No lo entendemos. Tampoco nuestros oficiales del campo. Hablan de que los libertadores se han detenido y se han atrincherado ante Schweidnitz. Podemos esperar.

Otros piensan que Dörnhau no está en absoluto en la dirección que sigue el avance soviético. Que nos han esquivado.

Ambas versiones son deprimentes a partes iguales. Recibimos con resignación el nuevo golpe. El pájaro azul de la esperanza que sonríe hacia los catres se aleja de nuevo para perderse en la distancia. En el Bloque A la electricidad del instinto vital se va extinguiendo poco a poco.

Desilusionados, nos ponemos a quitarnos los piojos. Tenemos la sensación de que se ha desvanecido la última oportunidad. De nuevo, los moribundos pierden la voluntad de vivir, dejan de agarrarse con toda su fuerza a la tabla de salvación de la conciencia.

Muerte por hambre, edemas, tifus…

Desengaño, un despertar estremecedor… Y he aquí de nuevo la apatía, el rechazo de la duermevela, que se encierra en sí misma.

El personal del campo aplaza la partida. Ya no llegan más transportes y tampoco parten. El lugar de nuestros muertos no es ocupado por recién llegados. El hacinamiento va decreciendo a un ritmo espantoso, las literas se van vaciando.

Las comidas regulares han cesado. La cocina solo funciona de vez en cuando, y aun entonces exclusivamente para preparar sopa búnker. Recibimos pan cada dos días. Las reservas de víveres se van agotando, y ya no podemos ni soñar con nuevas provisiones. Para reemplazar las comidas nos dan dos cucharadas de azúcar al día; al parecer, de eso tienen mayores reservas. Para los que padecen diarrea es veneno, y no por eso dejan de devorarlo ávidos. Resultado: aumento de las muertes por diarrea.

En el Bloque A somos apenas trescientos. La noche se lleva cada veinticuatro horas a cuarenta o cincuenta de nosotros. Otros diez o

veinte acaban en el bloque de los tíficos.

Se llevan también a Ernő Brüll. La fiebre le ha subido a cuarenta y un grados. De los nublados ojos del pobre Ernő ahora brotan calientes lágrimas en el sentido literal de la palabra.

Ya se han llevado a todos a mi alrededor. Presiento con certeza el momento en que me va a tocar a mí. Cuando el 20 de abril me invade un cansancio paralizante, lo acepto como algo inevitable. En la fábrica de la muerte, hasta cierto punto todos están siempre con fiebre, pero este ardor es diferente. ¡Tifus!

Mi conciencia se va apagando rápidamente. Mis ojos ven solo fantasmas, el bloque se convierte en un espejo que distorsiona las imágenes. En el techo, en lugar del volante desmontado y desprovisto de su correa, veo girar una devanadera a una velocidad diabólica. Envueltos en una nube esponjosa se arremolinan unos cuerpos astrales: los hombres esqueleto. La fiebre es como un cincel presionado contra mis sienes.

El demacrado rostro de Farkas emerge alargado de la bruma. Anda en busca de tíficos; ejecuta su toma de pulso habitual. Se inclina sobre mí, noto en la muñeca el tacto de sus fríos dedos. Su voz resuena a lo lejos:

—Muéstrame la lengua.

Llama a Párdány. Acaparan uno de los tres termómetros que hay en el campo.

—Cuarenta con dos —dice Párdány y añade en voz más queda—: Parece que al final todos vamos a acabar palmándola.

Farkas guarda silencio, pero no se aparta de la camilla en la que me llevan al piso de arriba.

* * *

Los hombres, los objetos, todos parecen estar grabados en relieve. El tifus es como las gafas con lentes de color rosa de la infancia. Recupero la conciencia; es más, se vuelve más aguda de lo que fue abajo, en el Bloque A. Con más de cuarenta de fiebre mi sien deja de ser el yunque del martillo infernal. La primera semana de la enfermedad me trae una calma lánguida y placentera. Curiosamente, no me atormenta ni siquiera la sed habitual. Me siento ligero y despierto. Soy capaz de contemplar el chispeante manicomio de la fiebre como quien solo está echando un vistazo por curiosidad. Me quedo mirando a los posesos que parecen hacer movimientos de cancán. Escucho a los que chillan, balan y gimen, a los que suplican agua sumisos y tímidos. Observo a los que se automutilan y al más terrible de todos: al devorador de piojos.

El devorador de piojos está a dos catres de mí. Es un griego enclenque con cara de anciana. No rabia, no se le oye la voz. Está todo el rato tumbado boca abajo sobre las virutas, extendiendo su blanca y agrietada lengua y engullendo los piojos que pululan debajo. El crujido me destroza los nervios.

Los días se van relevando y me doy cuenta pasmado de que la mía no es una muerte tan pesada. Las hay más dolorosas. Durante quince días apenas como algo. Farkas me toma el pulso:

—Tranquilo —me anima—, tu corazón resiste. Es lo principal. Te vas a curar.

—¿Importa eso? —le pregunto, sin esperar respuesta.

El médico, empero, me contesta:

—A estas alturas, sí.

Quiero incorporarme. Una media sonrisa aflora a los labios de Farkas. Sin duda hay buenas nuevas.

—¿Tienes noticias?

—Hitler ha muerto.

Brüll, que pilló el tifus hace una semana y cuya fiebre le está bajando ya, se levanta de un salto, como movido por un resorte. Automáticamente le brotan las lágrimas. Esta vez, son lágrimas de alegría…

—¿Ha muerto? ¿Lo han matado? ¿Qué ha pasado…?

Tengo malos presentimientos. Farkas estará tomándome el pelo, mintiendo piadosamente a un moribundo.

—¿Que qué ha pasado? Seguro que nada especial, solo que la guerra ha terminado. Según la radio británica, se ha suicidado. Es lo más probable. Berlín puede caer en cualquier momento. Potsdam ha capitulado. Mussolini ha sido capturado por los partisanos y ahorcado en público. Bueno, ¿qué más queréis?

Recobramos el sentido por completo.

—¿Cómo lo sabes? —empezamos a acosarle a preguntas.

—Lo cuentan los de las SS mismos. Se han ablandado últimamente. Están desconcertados y confusos.

—¿Y siguen aquí?

—Sí.

—¿Y los rusos? ¿Continúan junto a Schweidnitz?

—Sí. Pero otras columnas están avanzando.

Le digo desanimado:

—Si estuvieran cerca, se oirían los cañonazos.

No obstante, las noticias me emocionan. Curarme… Sobrevivir. Ahora sí, sobrevivir…

Bálint no se atreve a subir, me desea mejoría y muchos ánimos. Me envía un poco de azúcar y margarina.

Mis dedos tienen el grosor de una cerilla, mis articulaciones se ven

bajo la piel. Engullo el azúcar, la margarina, el pan acumulado, todo… No tengo hambre, pero ahora ya sería una pena…

Sorprendentemente, el porcentaje de muertos entre los infectados empieza a decrecer. Es una suerte relativa que la epidemia no sea de las más graves posibles. Por término medio, uno de cada tres enfermos se recupera. Entre los primeros infectados hay quien está ya sin fiebre. Según Farkas, es por la primavera. El calor de mayo no favorece la propagación de la epidemia.

A los curados les permiten abandonar la unidad de los tíficos. Pueden regresar a su viejo bloque, lo cual, dicho sea de paso, no les agrada en absoluto. Mi temperatura, tras diecisiete días con un promedio de cuarenta grados, se estabiliza en torno a los treinta y siete. Ernő también está mejor.

El 1 de mayo, el aniversario de nuestra llegada a Auschwitz, los dos regresamos tambaleándonos al Bloque A. Durante el breve camino me vuelvo a dar cuenta aterrado de lo complicado que es caminar. Farkas me consigue una plaza cerca de su propia cama.

Aún tengo fiebre, pero dicen que lo voy a superar. Arriba necesitan mi cama para otro paciente.

Ahora seremos unos doscientos en el Bloque A. Desde hace días no hay pan. En su lugar, recibimos dos sopas diarias y azúcar. Aquí nada apunta a una próxima liberación. El molino muele, la máquina rueda, igual que hace tres meses. Ha cesado el desasosiego de las últimas semanas; es más, una división de sanos ha sido destinada de nuevo a trabajos fuera del campo.

La inmundicia y el hambre siguen presentes. Para colmo aparece el tifus abdominal. Es un mal piadoso, no se anda con rodeos. En cuestión de minutos lanza al paciente a la inconsciencia y en unas horas acaba con él. Párdány y Bálint también se contagian, solo Farkas resiste, como protegido por un poder supremo.

Mayo se cuela por las rendijas de la ventana. El patio se llena de gente tomando el sol. Los que tienen fuerzas para andar salen al aire libre. A nosotros, los confinados en cama, nos cuesta más llevar la carga de no poder abandonar nuestras literas, ya que el viento trae el aroma de la primavera, y unas nubes color leche desfilan por el luminoso y fresco cielo azul.

Un silencio expectante colma el crematorio frío. En las salas de enfermos, cada vez menos pobladas, hay mudos, gente, piojos y sufrimiento. Alrededor de nuestras literas desmontan las rejas. Pronto me doy cuenta de que es innecesario.

Los mandamases se dirigen apresurados y callados hacia las letrinas para hacer sus necesidades. Luego, sin siquiera echarnos un vistazo, vuelven a desaparecer. De los grises tampoco vemos más que la silueta de los centinelas con cascos de acero en la puerta, y oímos golpear

contra las tablas de madera de la torre de vigilancia los pasos de los vigías con metralleta. Los soldados de las SS incluso han dejado de comunicarse con otros, de transmitir noticias. Se apiñan huraños en sus madrigueras y aun mandan llevar allí la comida.

Tabaco no hay desde hace bastante. Curiosamente, tampoco esta vez lo echo de menos. Y ya no pensamos en la comida con tanta avidez como antes. Las ganas de comer se diluyen en la angustia de la espera. Sentimos que nos vamos consumiendo a nosotros mismos, que agotamos lo poco que queda de combustible en nuestro organismo. Son las últimas reservas que alimentan el corazón.

No puedo incorporarme, pero mi vista es aguda. Mis sentidos están alerta, mi intelecto, ágil y espabilado.

Ahora mi vecino de cama es Farkas. Escuchamos juntos los escalofriantes silbidos de la noche, acechamos la oscuridad, esperando señales de fuera. Esperamos sonidos: el ladrido de cañones y granadas, algo que apunte hacia un futuro.

No recibimos más noticias, todo contacto con el mundo exterior se ha cortado. El 3 de mayo, los grises ya ni siquiera permiten entrar en el edificio de la dirección a los *häftling* que reparten la comida. Ellos mismos cargan con las calderas.

Judovics no se deja ver. Se ha mudado a una habitación oficial de la planta de arriba. Miklós Nagy ha cogido el tifus. Los mandamases se retiran de los bloques para reunirse arriba y conjurarse día y noche. Se llevan a cabo de nuevo preparativos febriles.

La madrugada del 5 de mayo tampoco dormimos. Como desde hace días, pasamos la noche conversando quedamente. Desde las ventanas de enfrente entra el reflejo de la luz de la torre de vigilancia. Son las tres de la madrugada, hora en que los de la cocina parten para el trabajo. Según el reglamento del campo, gritan desde dentro al centinela ante la puerta, que solo entonces abre.

Ahora también se oye el prolongado grito:

–*Herr Posten, aufmachen! Drei Uhr! Küchenarbeiter hier…!* Señor centinela, aquí los trabajadores de la cocina, abra. Son las tres.

Le gritan incluso la contraseña.

El centinela siempre abre a la primera llamada, pero ahora tarda de manera inexplicable. Los trabajadores de la cocina dan golpes impacientes. Durante un largo rato no reciben respuesta alguna. Uno de ellos agarra el picaporte automáticamente y lo gira.

La puerta se abre. Ni siquiera la han cerrado.

Esta noche, la primera vez tras tantos meses, estamos de nuevo libres. Sin ser conscientes de ello…

La gente afluye al exterior. Tampoco hay nadie ante la puerta principal. El foco de la torre de vigilancia está encendido, pero ni rastro del centinela. El edificio de la dirección del campo, el cuartel de

las SS, está asimismo abandonado. En las habitaciones reina el desorden, lo que indica que han debido de hacer las maletas apresuradamente. El campo está vacío.

Un grito lacrimoso brota de las gargantas y recorre la casa de la muerte:

—¡Han huido…! ¡Los grises han huido…!

—¡Somos libres…! ¡Somos libres…!

De pronto, los bloques se espabilan. Un irrefrenable aluvión de sonidos inarticulados lo inunda todo. El crepúsculo primaveral se llena de la melodía de los sollozos. El albor de la liberación lanza una chispa en el crematorio frío.

¡La guardia ha huido!

Todo el que es capaz de andar se precipita afuera. El orden que ha imperado durante meses se desvanece en cuestión de un minuto. La disciplina mantenida a golpes de látigo y a disparos se disuelve, encendiendo la ira y el furor de la gente. El *kapo* ya no es *kapo*, el acarreador del cubo de los excrementos ya no lo carga.

Varios cientos se abalanzan sobre los almacenes. Abren a la fuerza los barracones y devoran o esparcen todo lo que encuentran. Otros atacan los depósitos de armas y ropa. Multitudes presionan las puertas gritando. Metralletas, fusiles, uniformes, botas, revólveres, máscaras antigás, porras de goma, balas y granadas son arrojadas a un montón.

La gente reza y dispara, maldice y se abraza, llora y se ríe… Todos emiten voces inarticuladas. ¡Un manicomio de locos encolerizados!

En el centro del patio arde una hoguera. Los papeles del despacho de las SS flamean alzándose al cielo. Todos están armados hasta los dientes. Ernő se provee de una metralleta, de su cinturón cuelgan granadas. El espectáculo mueve a la sonrisa: un Tartarín de Tarascón cargado de armas y lloriqueando. Esta vez, sus lágrimas caen sobre la culata de la ametralladora.

Veinte o treinta personas se suben a unas bicicletas abandonadas para dirigirse a Wüstegiersdorf y echar un vistazo. Aunque nadie se preocupa de nosotros, a los postrados en cama también nos embarga la euforia. Queremos levantarnos, pero no podemos. Tras unos pocos pasos me vuelvo a desplomar, una y otra vez. Apenas consigo arrastrarme de vuelta a la cama.

Para cuando la algarabía se calma de alguna manera ya son las ocho de la mañana. Nos despierta una sorpresa aturdidora. Nuestros esclavistas más odiados, los asesinos que mataban a palos, los especuladores de oro, los que arreaban latigazos y le pisaban a uno las tripas, todos ellos, los principales amenazados ante la sed de venganza colectiva, se han esfumado sin excepción y sin dejar rastro, en la confusión nocturna. Aunque con un buen botín: exactamente tal y como lo habían planeado de antemano, con toda minuciosidad. Bien

provistos de armas, víveres y marcos alemanes. No fue difícil. Por todo el patio hay dispersos montones de fajos de marcos nazis. Se han esfumado Judovics y su amante, Muky, Miklós Nagy, que se escabulló del barracón de los enfermos de tifus, así como casi todos los *kapos* polacos.

Aparte del botín y el remordimiento, todos se llevan también el latente tifus. La enfermedad los acomete en el camino; pasan meses en hospitales y en casas de campesinos. Muchos perecen.

Los mandamases menos desprestigiados se arrancan los brazaletes bordados y procuran perderse entre la muchedumbre.

La gente busca tabaco y cigarrillos sin éxito, pero encuentra unas cajitas de puros alemanes fuertes como el veneno. Me dan uno también a mí, pero tras unas caladas lo tiro mareado. Lo que sí han almacenado los grises en abundancia es vino, licor y aguardiente. Al poco, cientos de personas se emborrachan; el alcohol vence fácilmente a la gente débil. Voces de felicidad se mezclan con gritos.

Alguien pasa tambaleándose ante los catres y le pone un Virginia ardiendo entre los labios a un cadáver reciente. El tipo se ríe con ganas, engulle con voracidad una especie de compota.

No, no soy muy remilgado; sin embargo, giro la cabeza. De disponer de un arma, no dudaría en pegarle un tiro al infame. Siento náuseas y me dan escalofríos.

Tardo un buen rato en calmarme. Busco una excusa, no para el animal borracho, sino para mí, para todos nosotros. Quizá no es sorpresa que en momentos así se liberen como eructos los instintos más viles, cuyas semillas la paranoica barbarie ha ido regando con tanto esmero durante seis años.

Asimismo intento comprender que en el frenesí de la primera embriaguez los impedidos no reciban comida ni cuidados. Que los confinados en cama y los moribundos estén más miserables y abandonados que el día anterior. Y eso que los saqueadores de los almacenes nadan en azúcar, patatas y conservas.

El primer día en libertad galopa hacia el crepúsculo. Esperamos a los libertadores, pero no aparecen. Ni por la mañana ni por la tarde ni por la noche. A las tres, los que han ido a merodear por Wüstegiersdorf regresan cargados, en bicicleta o a pie. Traen también tres turismos, unos Opel en buenas condiciones. Los han encontrado abandonados en la pequeña ciudad y, por si acaso, los han requisado.

Wüstegiersdorf está desierto. La población, a excepción de unos ancianos y unos pocos enfermos de tifus, ha huido. Solo se ha quedado el alcalde, desorientado y alarmado, para recibir a las tropas a punto de entrar. Estas, sin embargo, hasta el momento no se han presentado. Las viviendas, las tiendas, los talleres permanecen cerrados. La casa local del partido está desprovista de sus adornos, las banderas y los

carteles con cruces gamadas han desaparecido.

Farkas también ha ido a la ciudad y nos cuenta:

—Los pocos que se han quedado no tienen ni idea de para cuándo se espera la llegada de los rusos. Por otra parte, he podido convencerme de la certeza de una vieja teoría mía: que los nazis no solo son asesinos. Son también cobardes. Son aduladores hasta el asco. Arrancan y escupen ostentosamente en las imágenes de Hitler delante de nuestras narices. Son tan caraduras que sostienen, e incluso juran, que no tenían ni la menor idea de las condiciones en las que malvivían miles de personas en la vecindad. Todos creían que éramos un campo de prisioneros de guerra normal. Y, desde luego, no tenían ni idea de que se deportara a millones de personas. Pero todo esto, desde luego, es una infame mentira, pues a tres kilómetros de la ciudad hay un campo para mujeres. De ese sí que debían de tener constancia…

En Dörnhau la gente no puede resistirse a la oportunidad. Tras años sin pertenencias personales ahora les embarga el deseo de poseer. Acumulan indiscriminadamente y sin pensar trastos inconvenientes e inútiles. Se encorvan bajo el peso de mochilas, maletas, sacos y bolsos. Pesadas calculadoras, máquinas de escribir, dispositivos médicos forman parte del botín, algunos arrastran rollos enteros de tela. La mayoría los abandona durante el camino. Pesan. A lo largo de la carretera se va acumulando el botín desperdigado y abandonado. En cambio, apenas llevan víveres. Las despensas alemanas no son abundantes.

Dentro de la alambrada reina la anarquía. Los de la cocina se niegan a trabajar, cosa perfectamente comprensible desde su punto de vista, aunque en los almacenes abiertos, con excepción del pan, hay comida para varios días. La mayoría de los limpiadores, los acarreadores de cadáveres, de cubos y de comida se ha largado. Los que siguen aquí deambulan provistos de granadas y metralletas. Solo la conciencia podría forzarles a seguir su trabajo.

Farkas y otros pocos médicos reconocen el riesgo de esta falta de autoridad y desorganización. Aquí hay gente con tifus, inválidos, moribundos, que quizá podrían ser salvados. Porque ahora pasan más hambre que nunca.

Convocan a unos cuantos para convencerles de que formen una entidad provisional encargada de organizar la preparación de la comida y la realización de las tareas cotidianas hasta la llegada de las tropas libertadoras. Lo más importante es la limpieza. El río amarillo entre los catres llega hasta las rodillas. Las medidas contra el tifus con erupción, que ya de por sí eran rudimentarias, han cesado. Se trata de un interés común.

Los argumentos se pierden en el vacío. Todo es en vano, todo sigue igual.

Al día siguiente, desde Kaltwasser y los demás campos de los alrededores empiezan a afluir compañeros de fatigas. Se han liberado al mismo tiempo que nosotros. Los soldados de las SS, tal vez siguiendo un plan establecido con anterioridad, se han retirado al mismo tiempo de todos los campos de concentración de la región. Llega gente que está en relativa buena forma y se ha decidido el primer día a emprender a pie el desconocido camino a casa. Las tropas soviéticas no se han dejado ver hasta el momento; el tifus con erupción ha aparecido en todos los campos.

Hablan con entusiasmo de las grandes experiencias del día anterior, de los salvajes ajustes de cuentas contra los mandamases. No en todos los campos los oficiales del *lager* logran huir con tanta facilidad como de Dörnhau. En Kaltwasser condenan a muerte formalmente a su odiado *lagerältester* y lo ahorcan en el centro del patio. Bajo la horca, el condenado pide tiempo para fumarse un cigarrillo. Su petición no es atendida.

Muchos se lanzan en la persecución de las sanguijuelas que han abandonado el campo y, como van armados, acaban con ellos en un intercambio de tiros.

En cuanto a los ocupantes de los campos que no funcionan como hospitales casi todos se ponen en camino. ¿Hacia dónde? La respuesta es unánime: ¡a casa!

¿Cómo? Eso no lo sabe nadie. Los presos no conocen ni los alrededores más inmediatos ni saben siquiera si quedan unidades alemanas cerca.

El tifus latente diezma las filas de los que se ponen en camino. La empresa, por lo general, se ve interrumpida en algún hospital en el camino por meses o bien para la eternidad. No han pensado en eso al partir, no lo sabían, no les preocupaba…

La tarde del segundo día se marcha también Farkas, junto a Brüll. Ernő siempre ha estado en mejor forma que yo; antes del tifus ni siquiera guardaba cama.

—No tenemos otra elección —afirma con sensatez el médico—. El primer sanitario militar o médico ruso que ponga los pies aquí, sin duda, antes que nada ordenará la cuarentena en el campo. Eso, en el mejor de los casos, significa tener que permanecer a la fuerza durante semanas en esta maldita ratonera, infectada hasta su último rincón. Los que no hayan sido aún contagiados por los piojos, antes o después acabarán enfermando. Además, el comienzo de la repatriación oficial podrá alargarse durante meses, o incluso un año entero. Hay que aprovechar la confusión de los primeros días, más tarde estas cosas serán más difíciles.

He de darle la razón.

—Perdóname —prosigue—, ya sé que todo esto tiene un

insoportable tufo a que te estoy dejando en la estacada. Le he dado muchas vueltas a cómo podría llevarte conmigo.

—Desde luego no hay forma.

—Lamentablemente no. El viaje acabaría contigo. Es un asunto feo, pero qué le voy a hacer… —Le cuesta pronunciar las palabras—. Ya sabes qué significa regresar a casa, poder regresar a tu casa… Que Dios te acompañe…

La despedida es breve. Ernő Brüll solloza. Nos abrazamos y nos besamos. Intercambiamos direcciones con poca convicción. Direcciones, destinos, vidas, quién sabe dónde acabarán…

Me dejan en la cama comida para dos días, lo cual me viene que ni pintado, pues la fecha de la llegada de los libertadores sigue siendo incierta. Ni siquiera estamos seguros de que aparezcan en absoluto, o de si quedamos fuera de la dirección de su avance. En ese caso, efectivamente, el futuro más inmediato de los que no pueden valerse por sí mismos es imprevisible.

21

El campo de mujeres es liberado. Muchas de las que parten pasan por Dörnhau. Están en mejor estado físico que nosotros. Algunas ya han conseguido ropa decente.

Noche difícil en el Bloque A. En el pabellón ya solo quedan inválidos y moribundos. Los demás, los que aún no se han marchado, se han trasladado a las habitaciones abandonadas de los soldados alemanes o han tomado posesión de viviendas abandonadas en el pueblo.

La soledad es agobiante y desconsoladora. Temo por mi vida, a punto de apagarse. Morir ahora sería un escandaloso absurdo… Me indigna la impotencia. Me gustaría moverme, marcharme. Con los dientes apretados intento caminar una y otra vez. Pienso con envidia en Farkas y Brüll, y al mismo tiempo los echo de menos. Siento nostalgia también por las demás caras. Añoro a todos aquellos a los que jamás he dirigido la palabra. Ya no conozco a nadie; a mi alrededor gesticula gente nueva, que nunca he visto.

En veinticuatro horas, por arte de magia, emerge una nueva aristocracia: los efímeros emperadores del entremés. Los que han logrado el botín más grande y valioso. Los caballeros de las mejores prendas de vestir y las conservas más numerosas. A su alrededor no tarda en brotar una proliferante hueste de lacayos.

Desde luego, todo es quimera, flor de un día. Como la anarquía, también se desvanece en la nada. Porque a la mañana siguiente por fin llegan los libertadores.

El primer soldado soviético se presenta en la puerta quedamente, casi inadvertido. Un oficial. Un mozo rubio de mejillas sonrosadas. A su espalda, cinco soldados armados. Entre ellos, una muchacha; bajo su gorra militar se desparrama una melena ondulada. Sus duros pasos hacen sonar las ametralladoras que llevan colgadas en bandolera.

Los gritos se unen de nuevo en una algarabía, los ojos se humedecen. Los esqueletos extienden sus marchitos brazos; se oye una ovación se sollozos…

El oficial se detiene en el medio. Solo ahora mira alrededor, sus ojos absorben el espectáculo: la imagen sobrecogedora del Bloque A, nunca vista antes por ojos humanos. Hundido en el lodo se acerca a las camas. Todo su cuerpo se estremece.

Cientos de personas hablan a la vez, lanzan gritos al cielo en húngaro, alemán, yiddish, eslavo. Las peticiones de socorro vuelan

hacia los libertadores…

Los soldados soviéticos se quedan mirando petrificados la casa de los muertos vivos. Su primer movimiento, su primer pensamiento es dar… Abren sus bolsos, vierten sobre las camas todo lo que tienen: pan, chorizo, tabaco, ron. La muchacha nos regala una sonrisa de consuelo.

—Perros infames. —El oficial agita el puño. Sus facciones se estremecen por el horror—. ¿Merecen misericordia los que han creado este infierno? No y no…

Sus compañeros asienten con la cabeza. El odio contra el enemigo fascista, al que llevan persiguiendo a través de tres países, arde en llamas. Agarran con fuerza las metralletas.

La muchacha recorre las filas de literas, con su fresca mano acaricia el rostro y la frente a los pacientes. No teme a la plaga.

El oficial se dirige a nosotros. El intérprete lo traduce al alemán: anuncia que dentro de unas horas llegarán unidades sanitarias junto con las tropas. Recibiremos sin tardanza toda la ayuda que necesitemos.

—¡Abajo el fascismo! ¡Viva la libertad!… —Así concluye su breve discurso de tono marcial.

Al cabo de dos horas llegan, en efecto, los sanitarios. Una unidad de médicos, enfermeros y auxiliares de medicina. La sospecha de Farkas se confirma, se declara la cuarentena. Ya nadie puede partir a casa por su cuenta. Más tarde se presentan unas mujeres alemanas reunidas improvisadamente y se ponen a limpiar y a cocinar. El alcalde de Wüstegiersdorf recibe la orden de conseguir a diario una cantidad suficiente de leche, huevos, carne y harina para el campo.

Tres días más tarde trasladan al edificio del colegio, habilitado como hospital, a aquellos que ya han superado el tifus. De alguna parte traen a médicas alemanas, que se tambalean entre nosotros aterradas por la mala conciencia; sin embargo, no son de gran ayuda.

Luego me traen aquí, a la sala de la clase IV B del colegio de Wüstegiersdorf, convertida en hospital: el inverosímil edén de cama limpia, pijama, comida en condiciones, medicamentos, libros y periódicos…

Sobre la larga mesa en medio de la sala sonríe un ramo de flores campestres. El sol primaveral esparce su cálida lluvia de oro por tres amplias ventanas. Por los adoquines de la calle mayor, bajo nosotros, desfilan día y noche transeúntes, cañones, tanques, motocicletas, coches, carros… La tierra se estremece bajo los *katiushas* instalados en camiones.

Artillería soviética, caballería, unidades mecanizadas. Fuerzas polacas, partisanos checos con blusas amarillas, milicianos armados con brazaletes rojos: los portadores de la libertad.

Y, otra fuente de felicidad, ya no estamos en Alemania. Silesia ha pasado a ser tierra polaca. Hace dos días a Wüstengiersdorf le ha sido devuelto su viejo nombre polaco. Desde ahora será Gieszcze-Puste.

* * *

Libertad…

Comités y periodistas de Praga, Varsovia, Wrocław e incluso Budapest. Reporteros fotográficos ajetreándose, delegados levantando actas y haciendo gestiones. Nos cuentan detalles del asedio de Budapest, de la heroica lucha por Belgrado, del calvario de Varsovia, de la caída del Berlín en ruinas.

Observamos como a extraños a los que llegan de fuera, a esos hijos de la fortuna, a esos bienaventurados que nunca han tenido que vestirse con andrajos a rayas. Tienen nombres y apellidos, en sus dedos brillan anillos de enlace y no están piojosos. Son los marcianos del universo más allá de la alambrada.

Una enfermera rusa de pelo blanco, la camarada Tatiana, dirige el hospital de emergencia. Rebosa ternura, tacto y delicadeza. Habla ruso, yo le contesto en serbio; de alguna manera nos entendemos.

De nuevo me entra fiebre. Los nervios de la liberación me pasan factura. Los grandes sucesos han hecho mella en mis fuerzas.

Al tomarme la temperatura, la enfermera Tatiana niega con la cabeza sin cesar. Me atiborra de natillas rosas, blancas y amarillas y prepara todo tipo de brebajes. Su paciente sonrisa de anciana refleja la rutilante figura de la eterna madre. De la melodía de las ágiles frases rusas emerge a cada rato la palabra *svoboda*, ¡libertad! Con esta expresión la enfermera Tatiana me anima a volver a la vida.

Sí, libertad… En todo y por doquier, libertad.

Enfrente, al otro lado de la calle, en las confusas letras góticas de la posada rural envuelta en telarañas resplandece la libertad. En el esmaltado espejo rojo de las estrellas en las gorras de los soldados se refleja la sonrisa de la libertad. La libertad resuena en el silencio, murmura en las voces…

Abajo, una serpenteante calle aldeana se pierde en la distancia. Sobre una interminable columna de gente y de cañones, en el resplandor, fluye majestuosamente una sublime melodía, la Internacional.

La gente no para de cantar.

Epílogo

El padre de József Debreczeni, Fabian, a los pocos días de ser deportado a Auschwitz sin que su hijo lo supiera, escribió su última carta, una nota a un amigo no judío, que hoy se encuentra en el Museo del Holocausto de Estados Unidos. En ella se lamentaba por la dispersión de su familia y expresaba su esperanza de que «por lo menos alguien esté mínimamente informado de la situación aquí […]. Es posible que vengan a por mí en cualquier momento». Fabian, su esposa Sidonia y Lenka, la esposa de József, fueron todos asesinados, pero este cumplió el último deseo de su padre: cuando *Crematorio frío* se publicó por primera vez en 1950, un crítico lo calificó como «la denuncia más dura y despiadada jamás hecha contra el nazismo».

Las obras que József escribió después de la guerra dieron voz humana a la historia. En un poema titulado «Hablo con mi padre», József se pregunta: «¿Dónde está el maldito castigo? ¿No se enfurecen los cielos? […] ¿Quién los vengará?». Tenía una siniestra conciencia de las diabólicas maneras en que el Holocausto podía ser «normalizado» y no reconocido como un crimen singular en que un Estado industrial moderno intentó —y con gran éxito en Europa— exterminar a un pueblo completo. Sabía que para los judíos supuso un antes y un después, y que nunca nada volvería a ser «normal».

Entendió primero que nadie que los perpetradores tratarían de esconderse bajo nuevos «uniformes» y que, tras las manifestaciones de indignación del resto del mundo que siguieron al conflicto, se produciría una tendencia a negar la particularidad y la dimensión del genocidio contra el pueblo judío. En las décadas siguientes luchó contra una perversidad cada vez mayor de aquellos que se dedicaron a explotar la memoria del Holocausto.

Mi tío está enterrado en Belgrado. Su tumba se encuentra coronada por un fénix de bronce obra de Nandor Glid, amigo y también superviviente del Holocausto, más conocido por sus trabajos en Yad Vashem, Dachau y Mauthausen. *Crematorio frío*, como el fénix mitológico elevándose sobre sus cenizas, da testimonio y resulta una advertencia para las generaciones futuras.

Siento una profunda gratitud hacia mi padre, Mirko Bruner, hermano menor de József, pues él, mientras estaba destinado como diplomático yugoslavo en Washington D.C., en la década de 1950 intentó en diferentes ocasiones despertar el interés de los editores estadounidenses por la traducción y publicación del libro en inglés de

este libro, aunque tras cada intento fuese rechazado; a nuestro traductor, Paul Olchváry, por convertir el texto húngaro original en un inglés vívido y accesible; a nuestro agente literario, Marc Koralnik, de Liepman AG de Zúrich, por apreciar de manera intuitiva el amplio atractivo internacional de la obra; a mi esposa, Roberta Presser, por apreciar inmediatamente la enorme calidad literaria de *Crematorio frío*; a mi amigo Steve Ossad, por hacerme ver la importancia de publicar el libro, tanto por razones personales como históricas; a mi hermana, Vanda Bruner Colombini, por apoyar mis esfuerzos, y, por supuesto, a Tim Bartlett, Sally Richardson, Michal Shavit, Kevin Reilly, Charlotte Knight, Dori Weintraub, Mac Nicholas, Kiffin Steurer, Maya Koffiy a sus equipos en St. Martin's Press/Macmillan y Jonathan Cape/Vintage/Penguin Random House, por resucitar esta obra maestra «perdida».

ALEXANDER BRUNER, sobrino de József Debreczeni
(*nom de plume* de József Bruner)



József Debreczeni con su sobrino, Alexander Bruner.

Nota de la traductora

Entre 1867 y 1918 el Reino de Hungría fue parte del Imperio austrohúngaro. Tras la Primera Guerra Mundial, conforme al Tratado de Versalles, Hungría hubo de ceder alrededor de los dos tercios de su territorio a los países vecinos, entre ellos, a Yugoslavia. En 1941, siendo aliada de las potencias del Eje, Hungría recuperó provisionalmente ciertos territorios yugoslavos, como Bačka (en húngaro, Bácska), la tierra del periodista y escritor húngaro József Debreczeni. Por eso, los topónimos del antiguo Imperio austrohúngaro tienen distintas variantes. En la traducción aparecen las versiones húngaras, tal como las emplean en el texto original el narrador y sus compatriotas. Para una fácil identificación, en el Glosario anexo ofrecemos la forma oficial actual de estos topónimos. Del mismo modo hemos procedido en el caso de los nombres de las localidades alemanas que desde el final de la Segunda Guerra Mundial pertenecen a Polonia.

En cuanto a las voces de mando y las órdenes presentes en el libro, las hemos conservado en su forma original en alemán, para reflejar la indefensión y el desamparo que debían de sentir las personas llevadas a la fuerza a los campos de concentración, donde les gritaban en un idioma que muchas de ellas no entendían y sin embargo tenían que obedecer. He aquí la traducción de estas frases:

Achtung! Schmützen ab! – ¡Atención! ¡Gorros fuera!
Also los! Nur rasch! – ¡Venga, venga! ¡Rápido!
Also, was ist denn? – Entonces ¿qué?
Also weiter. – ¡Seguid!
Antreten! – ¡A formar!
Auf! – ¡A levantarse!
Aussteigen! Zur Seite! Los! Los! – ¡Abajo! ¡Para el lado! ¡Venga!
Fertig? – ¿Listo?
Halt! – ¡Alto!
Hier bleiben! Nur zu Fuss! Nur zu Fuss! – ¡Quietos aquí! ¡Solo a pie! ¡Solo a pie!
Jawohl, Herr Kommandant. – Sí, señor comandante.
Lagerarbeiter zu mir! – ¡Los trabajadores del campo, aquí!
Los! Bewegung! – ¡Venga! ¡A mover el culo!

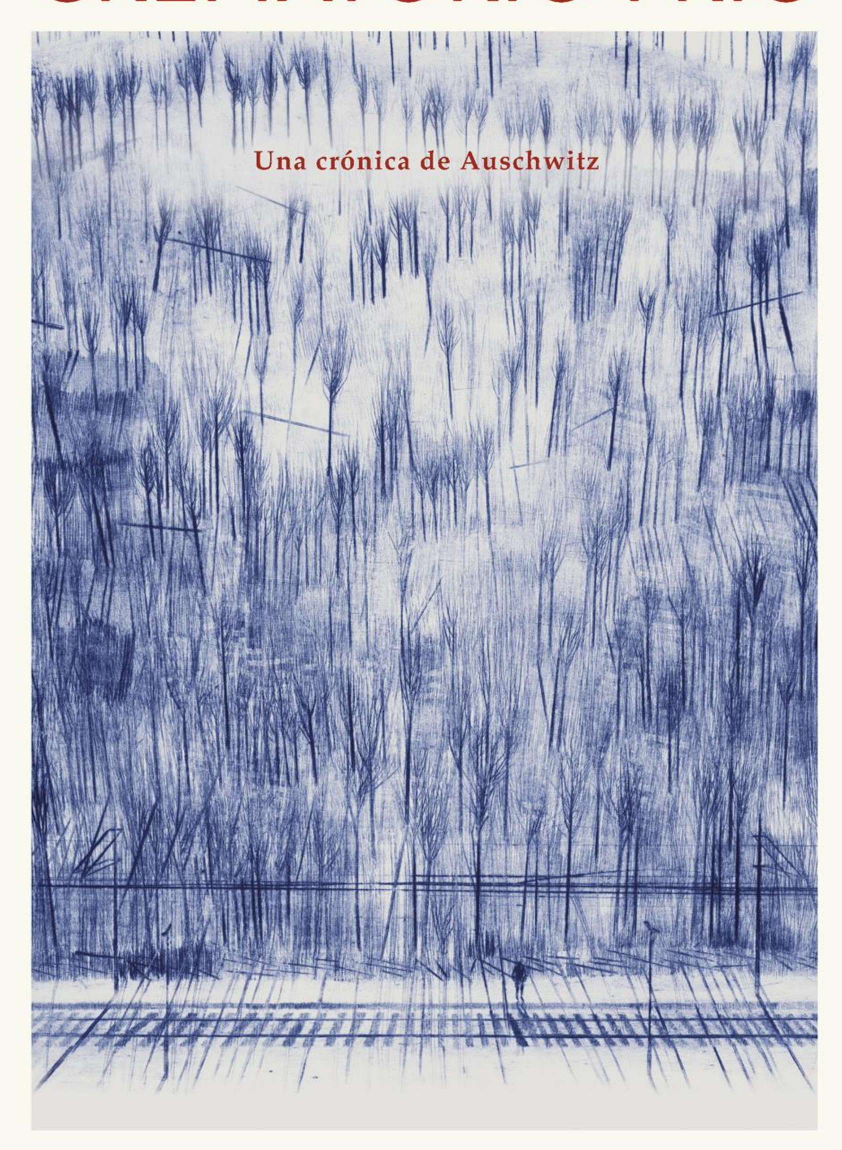
Maul halten! – ¡A callar!
Oh, weh! – ¡Ay!
Sänger und Lanninger! Sänger und Lanninger! – ¡Sänger y Lanninger! ¡Sänger y Lanninger!
Verstanden? – ¿Entendido?

Glosario

Bácstapolya (llamada también Topolya): Nombre húngaro de Bačka Topola, en Serbia. Forma parte del distrito de Bačka (o Bácska) del Norte, en la provincia autónoma de Voivodina, con una población en su mayoría húngara.
Baky, László (1898-1946): Político húngaro fascista, antisemita y proalemán.
Breslau: Hoy Wrocław, Polonia, llamada en español Breslavia.
Dörnhau: Hoy se llama Kolce y pertenece a Polonia.
Endre, László (1895-1946): Político húngaro, estrecho colaborador de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Desempeñó un papel crucial en la deportación de los judíos húngaros.
Érsekújvár: Nombre húngaro de Nové Zámky, en Eslovaquia.
Eule: Hoy Sowina, Polonia. Fue un campo de concentración perteneciente al complejo de Gross-Rosen, en la Baja Silesia.
Fürstenstein: Actualmente se llama Ksąż y forma parte de Polonia.
Gross-Rosen: Hoy Rogoźnica, Polonia. La mayoría de los presos judíos del campo de Gross-Rosen procedía de Polonia y Hungría.
Imrédy, Béla (1891-1946): Político húngaro católico y antisemita, que ejerció de primer ministro entre 1938 y 1939.
Kaltwasser: Hoy Chawlodno, Polonia.
Kassa: Nombre húngaro de Košice, Eslovaquia.
Kolozsvár: Nombre húngaro de Cluj-Napoca, Rumanía.
Munkács: Nombre húngaro de Mukáchevo, Ucrania.
Nagyvárad: Nombre húngaro de Oradea, Rumanía.
Pavelić, Ante (1889-1959): Político fascista croata, líder del movimiento de extrema derecha Ustacha. Entre 1941 y 1945, gracias al apoyo de Hitler y de Mussolini, fue el dirigente del Estado Independiente de Croacia, donde instauró un régimen totalitario.
Pozsony: Nombre húngaro de Bratislava, Eslovaquia.
Schweidnitz: Hoy Świdnica, Polonia.
Szabadka: Nombre húngaro de Subotica, Serbia.
Sztójay, Döme (1883-1946): Militar y político húngaro. Tras la ocupación de Hungría por la Alemania nazi en 1944, ejerció como primer ministro durante unos meses.
Topolya: Véase **Bácstapolya.**
Todt, Fritz (1891-1942): Fundador de la Organización Todt, encargada de las construcciones militares y civiles del régimen nazi, que empleaba a cientos de miles de trabajadores forzados, gran parte de ellos procedentes de los campos de concentración. Fue ministro de Armamento y Munición durante la Segunda Guerra Mundial.
Újvidék: Nombre húngaro de Novi Sad, Serbia.
Ungvár: Nombre húngaro de Úzhgorod, Ucraina.
Wüstegiersdorf: Hoy Głuszyca, Polonia.
Zombor: Nombre húngaro de Sombor, Serbia.

«*Crematorio frío* es una obra literaria esencial y un testimonio histórico de insuperable importancia. Debería ser de lectura obligatoria». Jonathan Safran Foer

Una joya extraviada de la literatura húngara sobre el Holocausto que ha permanecido inédita durante décadas. Un testimonio inigualable de Auschwitz.



József Debreczeni, un prolífico periodista y poeta en lengua húngara, llegó a Auschwitz en 1944 con treinta y nueve años; si hubiera sido seleccionado para ir «a la izquierda», su esperanza de vida habría sido de cuarenta y cinco minutos. «Afortunado», fue enviado «a la

derecha», lo que supuso doce aterradores meses de esclavitud en una serie de campos de concentración, culminando en el *Crematorio frío* — el supuesto campo-hospital de Dörnhau, donde los prisioneros demasiado débiles esperaban su ejecución.
Debreczeni registró sus experiencias en estas memorias, una de las acusaciones más crueles y despiadadas contra el nazismo jamás escritas. Este escalofriante documento, redactado con el estilo conciso y desprovisto de sentimentalismo de un periodista consumado, es un testimonio de calidad literaria incomparable.
Publicadas por primera vez en 1950 en húngaro, nunca se tradujeron debido al macartismo, las hostilidades de la Guerra Fría y el antisemitismo de la época. Ahora, más de setenta años después, esta obra maestra que estuvo a punto de perderse en el tiempo se publica en más de quince idiomas, ocupando finalmente su legítimo lugar entre las más grandes obras de la literatura del Holocausto

La crítica ha dicho:
«Un diamante literario, brillante y afilado. Una crónica estremecedora, de fuerza extraña, desasosegante. Unas memorias sobre el Holocausto dignas de Primo Levi».
The Times

«Un testimonio inmensamente poderoso y profundamente humano del horror de los campos. A través de vivaces descripciones de lo que vio y experimentó allí, Debreczeni sitúa al lector frente al infierno que fue el Holocausto; no como un hecho general que pertenece a la historia, sino como una realidad particular, concreta y devastadora».
Karl Ove Knausgård

«Un oportuno recordatorio de la inhumanidad del hombre hacia el hombre, especialmente para las jóvenes generaciones».
Jung Chang

«Una obra valiosa, mesurada y fidedigna. El autor no es efusivo; sabe ver y hacer ver, dramatiza con destreza, conoce los recursos literarios para realzar el efecto general y entreteje en su historia una serie de finas observaciones psicológicas...».
Gábor Tüskés, Director del Instituto de Estudios Literarios, Academia Húngara de Ciencias

«A excepción de la obra de Primo Levi, no conozco ningún libro de no

ficción sobre el Holocausto tan impactante como éste».
Géza Röhrig, escritor, actor principal de la película ganadora del Oscar *El hijo de Saúl.*

«*Crematorio frío* impresionará por la agudeza de sus observaciones y la precisión y belleza de su lenguaje. Debería leerlo todo aquel que desee comprender la crueldad y la barbarie de la Shoah, pero también el espíritu indomable de sus supervivientes».
Ehud Barak, Ex primer ministro de Israel

József Debreczeni (Budapest, 1905 - Belgrado, 1978) fue un destacado escritor y periodista húngaro que pasó la mayor parte de su vida en Yugoslavia.



Título original: *Hideg Krematórium. Auschwitz regénye*

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-19642-42-4

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
X: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Índice